

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

17
CC

سینوئیس

SINUES



UN LIBRO
PARA LAS
JOVENES

سینوئیس

سینوئیس

PQ6567

.S5

L537

RADE



1020027421



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MARÍA DEL PILAR SINUÉS

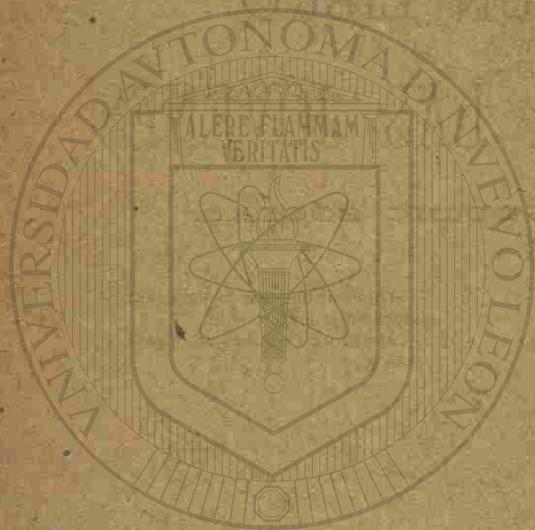
UN LIBRO
PARA LAS JÓVENES

ESTUDIO SOCIAL

RICARDO COVARRUBIAS

Si queréis mejorar la sociedad,
educad á la mujer.

(*Madame Capman, ó Napo-
leon I.*)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADMINISTRACION

Calle del Olivar, núm. 6, principal

MADRID

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

100527

33877



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la autora.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de los Hijos de J. A. García, Campomanes, núm. 6

OBRAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

	Pesetas
Páginas del corazón, un tomo.....	4
La vida real, un tomo.....	4
Isabel, un tomo.....	3'50
Hija, esposa y madre, dos tomos.....	8
Narraciones del hogar, dos tomos.....	8
Dramas de familia, dos tomos.....	8
Una herencia trágica, un tomo.....	4
Verdades dulces y amargas, un tomo.....	3'50
El ángel del hogar, dos tomos.....	7
La dama elegante, un tomo.....	4
Un libro para las jóvenes, un tomo.....	3'50
Mujeres ilustres, tres tomos.....	9

DE TEXTO

La Ley de Dios, un tomo.....	1'50
A la luz de una lámpara, un tomo.....	1

Los pedidos de estas obras se harán al Administrador, D. José María Faquineto, calle del Olivar, número 6, principal, Madrid.

Se halla próxima a publicarse la novela original y nueva

MORIR SOLA

que está terminando la autora, y a la que acompañará un bello retrato de la misma.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

La educación de la mujer ha despertado en mí el más vivo interés, porque tengo la creencia de que no puede haber buenas bases sociales sin que una alta y elevada moral sea guía y consejo de las personas encargadas de formar el tierno corazón de la juventud. Por desgracia, entre nosotros es quizá donde menos importancia se ha dado hasta ahora á tan grave asunto, como lo prueba el contado número de obras españolas que tratan de la educación de la mujer; yo, persuadida de la conveniencia de levantar el prestigio de nuestro sexo con el conocimiento de cuanto atañe á sus deberes morales y sociales, he escrito algunos libros consagrados á este objeto, que por fortuna han sido debidamente apreciados por el público, teniendo en cuenta sin duda el noble propósito que me ha guiado. *Un libro para las damas, La vida íntima,*

Hija, esposa y madre, *Un libro para las madres y La abuela*, no tan solo fueron bien recibidos al ver la luz por la primera vez, sino que algunos de ellos han dado ya varias ediciones en muestra de la benevolencia con que son acogidos mis modestos trabajos en pro de tan justa causa.

El presente libro esta encaminado al mismo fin, esto es, á preparar á las adolescentes á ser buenas esposas, dándoles ideas justas acerca de los deberes de su sexo, y á hacer ver á las jóvenes casadas que las ilusiones son enemigas de la felicidad doméstica y de la tranquilidad de la conciencia, y que solo la razon y la virtud son las guías que le convienen.

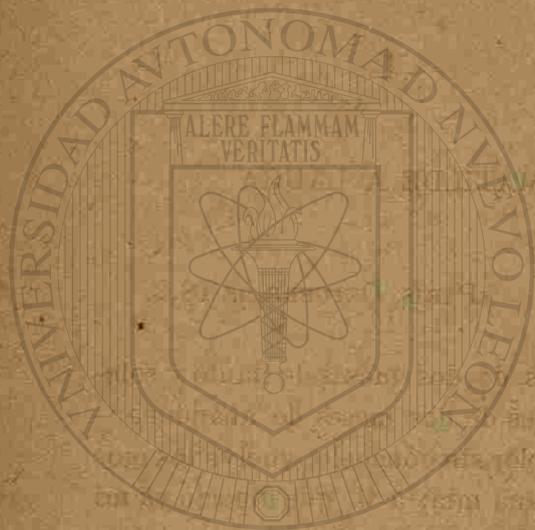
Tal es el sencillo, pero saludable propósito, á su parecer, de

La autora.

PARTE PRIMERA

CORRESPONDENCIA DE DOS HERMANAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
fdo. 1825 MONTERREY, MEXICO



I

MATILDE A LAURA

«PARÍS, OCTUBRE DE 18...

Después de dos meses de llanto y soledad, después de dos meses de abandonarme á un dolor sin consuelo, vuelvo los ojos á tí, hermana mia; á tí, que muerto ya mi adorado esposo, y después de mis hijos, eres lo que amo más en el mundo.

Nuestras edades difieren bastante para explicar el cariño maternal que por tí siento: tú acabas de cumplir quince años, yo cumpliré en breve veintiocho, casi el doble de los tuyos; todos nuestros hermanos y hermanas están casados, y todos lejos del hogar materno: solo la mayor y la menor,

solo la primera y la última quedan en una situación análoga: yo, viuda y sola con mis dos huerfanitos; tú, casi niña, bajo la tutela de nuestra madre enferma y de nuestra anciana abuela. Laura mía, la rama más antigua y más marchita del árbol busca á la más joven, á la más fresca y florida. Las ilusiones de tu encantadora edad harán nacer en mi alma el consuelo, y acaso la alegría, que por ahora se halla sepultada con mi digno y excelente marido. Cuéntame tus inocentes alegrías, y yo te aconsejaré con el auxilio de mi experiencia. La vida, Laura, no es siempre de color de rosa; tiene amarguras y decepciones; yo te ayudaré á sobrellevarlas.

Cuando formo votos por las futuras perfecciones de mi pequeña Irene, solo anhelo que se parezca á ti: recuerdo, mi dulce hermanita, aunque hace cinco años que no te veo, cuando dormías conmigo, y que por la mañana, al despertarme, pasaba largo rato contemplando tu tranquilo sueño; tus negros ojos tenían, aun cerrados, la ex-

presion de la más dulce y profunda sensibilidad; tu blanca y dulce carita, de mejillas redondas, me recordaba la de los ángeles que los escultores colocan para sostener los altares de los templos; tus cabellos castaños se rizaban con una gracia infinita al derredor de tu frente; en medio de todas las aflicciones que abrumaban á nuestra familia, al lado de nuestra madre, agobiada por las penas de la vida, tú eras el ángel de paz que alumbraba la oscuridad del cielo doméstico.

En el dolor de mi irreparable pérdida, me he acordado de que entras en la edad más peligrosa para la mujer; y como nuestra madre, siempre enferma, y nuestra anciana abuela no pueden educarte moralmente, tomo sobre mí esta árdua, pero grata tarea, que me distraerá y acaso te será útil.

Temo, mi pobre Laura, que á la vista de la enfermedad y de la decrepitud te formes de la vida una idea demasiado triste: acaso la veas aun más mala y más amarga

de lo que es en realidad; anhelo precaver-
te del error de hallarla demasiado sombría,
ó del deseo de encontrarla siempre bella
y risueña.

La vida tiene su lado bueno, y hay un
medio infalible de alcanzar la dicha: el de
ocuparse de la ventura de los demás; el
pensar en la felicidad ajena, dedicarse á
consolar á los que sufren, llevar con pa-
ciencia los defectos de las personas que tra-
tamos, y conservar la conciencia limpia y
pura de toda mancha.

Además de la suya propia, la mujer tie-
ne en su mano el secreto de la ventura de
su familia: para dársela no necesita sacri-
ficios heroicos ni sobrenaturales, sino esas
virtudes dulces y modestas que embalsa-
man el hogar, como el aroma de las viole-
tas embalsama un hermoso jardín.

Ya hablaremos de esto.—Ahora, adiós,
mi amada Laura: mis hijos te envían un
abrazo, y otro para nuestra madre y abue-
la; yo os envío á las tres todo mi cariño.

Matilde.»

II

LAURA A MATILDE

«MADRID, OCTUBRE DE 18...

Tu carta, mi querida hermana, me ha
llenado de alegría; parece como que un
rayo de sol ha penetrado en mi alma, pues
á la verdad, me hallo muy triste al lado de
nuestra madre enferma y de nuestra anciana
abuela; tanto, que mi espíritu afligido
se abate más cada día, y no sabía á quién
volver los ojos para referirle mis pequeñas
penas.

Ahora te las diré á tí: ahora tú serás
mi confidente, tú me alumbrarás en el ca-
mino de la vida con la luz de tu experien-
cia, y tú resolverás las dudas que se me
ocurran.

Ante todo, dime cómo haré para hallar tiempo en las multiplicadas obligaciones que me asedian cada día; algunas veces, al ver que no puedo alcanzar á la mitad de mis quehaceres, me desanimo y lo dejo todo, tomando un libro y poniéndome á leer.

A la verdad, para mí sola es demasiada fatiga el cuidado de una casa; las criadas no me obedecen ni me respetan. A cada instante se están cambiando en casa, y esto ocasiona mucho desórden y mucha agitación.

Siento á veces desalientos repentinos, tristezas que me agobian; á nuestra madre, á nuestra abuela, no las complazco siempre: si estoy desaliñada, me reconviene; y si cuido de vestirme, me falta el tiempo para todo lo demás.—¡Ah! ¡qué falta me haces aquí, querida Matilde! ¡tú serías á la vez mi guía, mi amiga y mi protectora!

En esa ciudad encantada disfrutarás de todas las felicidades de la vida. — Los tea-

tros, los paseos, las diversiones de todo género, llenarán tus horas: dicen que París es tan hermoso, que solo con salir á la calle ya se disfrutan mil distracciones.

Yo, ¡ay de mí! para colmo de males, me iré á sepultar dentro de pocos días en un pueblecito situado algunas leguas de Madrid, y esto á la entrada del invierno! El Marqués de B..., que, como sabes es amigo antiguo de nuestra familia, ha dicho á mamá que allí pasaremos el invierno mejor que en Madrid, porque las habitaciones destinadas á la estación de los frios son muy cómodas y están guarnecidas de espesos tapiés.

¡Ya ves qué perspectiva! Valdepaz es una aldea situada al pié de una colina y en la hondonada de un valle que la preserva de la crudeza de los frios.

¿Qué porvenir!

¿Qué haré yo sepultada allí durante todo un largo invierno?

¡Dios mio, solo al pensarlo siento horror! — ¡No tendré ni con quién hablar, ni

sabré qué hacer durante las eternas noches!

¡Yo que soy tan propensa á fastidiarme, que me aburro tanto de todo!

Mamá, lejos de compadecerme, me riñe porque estoy descontenta y triste, y esto es una injusticia, porque no hay comparacion entre su edad y la mía; y bien se puede acordar de que, cuando contaba los años que yo tengo ahora, se divertia mucho y era muy feliz...

En fin, me consolaré leyendo, y para este fin me llevo todos los libros posibles, y he llenado ya un cajon muy grande; todo cuanto dinero he podido reunir, lo he empleado en comprar novelas bonitas y libros entretenidos.

Tambien me dedicaré á estudiar la música, á pesar de lo poco que me gusta el estudio; y eso será un bien para mí, porque aquí jamás hallaba un momento que dedicar al piano. — Lo reconozco; soy perezosa y descontentadiza; pero es porque la suerte me ha colocado en una situacion muy mala y muy desdichada!

En mis horas de soledad comparo frecuentemente mi suerte con la de Luisa, mi única amiga: tampoco tiene padre; pero su madre, jóven y hermosa todavía, y que adora en ella, la lleva á todas partes; su vida es una cadena no interrumpida de delicias; se levanta muy tarde, y pasa en el tocador dos horas; tiene siempre convidados á almorzar; recibe despues en el salon de su madre; si no tienen visitas, salen á paseo en un soberbio carruaje; vuelven á comer, y por la noche asisten al teatro ó reciben en su casa.

¿Se puede imaginar más dichosa vida?

Y para cada una de estas salidas, trajes, sombreros nuevos, encajes, guantes, joyas y flores!

Esta suprema dicha, esta dulce vida, es hija de la riqueza: ¡nuestra madre ya no la posee! La colocacion de tantos hijos, la muerte de nuestro padre, las enfermedades, las pérdidas, han echado por tierra nuestra antes opulenta fortuna: lo mismo tú que todas nuestras demás hermanas, ha-

heis disfrutado mejores días que yo: la muerte solo ha dejado para mí la escasez y las privaciones!

Dicen que la riqueza no es la dicha: yo estoy segura de que se engañan los que tal afirman: tal vez ellos mismos no lo creen así. ¡Oh! la riqueza es la dicha, porque proporciona todos los goces y evita todas las penas.

Mamá está triste algunas veces, y es porque le falta dinero.—Si no me da en algunas ocasiones el vestido, el sombrero, los guantes que deseo, es porque no tiene medios para comprármelos.

Matilde, yo no comprendo por qué te casaste con un hombre casi pobre, cuando, según dice mamá, tuviste varios partidos ricos donde elegir.

No haré yo semejante cosa, te respondo de ello; me casaré con un hombre rico, aunque tenga tanta edad que parezca mi abuelo.

Si por algo me alegro cuando oigo decir que soy bonita, es porque, siéndolo, acaso podré hallar lo que se llama un buen

partido: ¡acaso me amará un hombre rico, quizá millonario!

¡Tener carruaje, abono en los teatros, casa magnífica, suntuosa mesa, una turba de camareras y una legión de criados! ¡Tener en el invierno el salón adornado con vasos del Japon llenos de las más hermosas flores! ¡Comer todos los días con amigos de ambos sexos, alegres, galantes, amables y de buen tono! ¡Dar bailes en mi propia casa y asistir á los que den los demás! ¡Llevar el cetro del lujo, de la elegancia, de la distincion!... ¡Ah, eso debe ser la suprema, la infinita felicidad!

Por supuesto, hermana mía, que cuando yo sea rica no me olvidaré de los pobres, y sobre todo, de las desgraciadas familias que como la nuestra están en la escasez: yo buscaré el medio de socorrerlas delicadamente.

Adiós, hermana mía: esta carta te parecerá demasiado larga, y está llena de puerilidades: necesitaba un poco de expansión, porque estoy muy triste!

Laura.

III

MATILDE A LAURA

«PARÍS, OCTUBRE DE 18...

Tienes razón, mi pobre y querida hermanita; todos tus hermanos han conocido días de más próspera fortuna que tú; nuestro padre tenía un gran caudal, que empezó á perder cuando ya estábamos todos casados; se arruinó por completo, y el pesar le costó la vida; no pudo hacerse superior á la desgracia, y dejó sumergida en la soledad y casi en la pobreza á su madre, á su esposa y á ti, último é inocente fruto de su unión, aun de muy corta edad.

Nuestras hermanas Amalia y Carolina han seguido siendo las hijas mimadas de

la fortuna: yo he experimentado reveses muy semejantes á los que ha sufrido nuestra buena madre: me casé con un hombre digno y honrado, pero sujeto á un sueldo modesto; sin embargo, fuí dichosa, porque le amaba y él me amaba también; murió, y jamás me consolaré de su pérdida, ni el vacío que él ha dejado en mi corazón se llenará con otro amor. Me ha quedado una corta viudedad y dos pobres niños de quienes cuidar; y si vivo en París y no al lado de mi querida familia, es porque está aquí establecido un hermano de mi esposo, que favorece á sus sobrinos y me ha prometido costear su educación.

Acaso tú, hermanita mía, no estabas enterada de todas estas particularidades, y te las digo para que me mires como á tu amiga, para que conozcas mi pasado y mi presente, y para que sean más eficaces los consejos que te he de dar, guiada por mi experiencia y por mi deseo de verte dichosa.

La felicidad, mi querida niña, reside so-

lamente dentro de nosotros mismos: el que se contenta con su suerte, el que no desea bienes mayores que los que posee, aquel es el ser completamente dichoso.

¿Crees tú que el dinero es el primer elemento de ventura, y te equivocas mucho: el dinero, Laura mía, no puede nada para las penas del corazón, no cura ninguna herida, y en cambio abre muchas llagas.

Ya que tienes tan laudable y decidida afición á la lectura, permíteme que te recomiende la lectura de una preciosa novela de M. Henri Conscience, tan dulce y moral como todas las tuyas, y que se titula *La dicha de ser rico*; verás en ella cómo una familia, muy feliz en tanto que fué pobre, llegó á ser muy desgraciada desde el instante en que adquirió la riqueza que ansiaba; verás cómo, paso a paso, perdió la paz del alma, las santas alegrías del hogar, y hasta la tranquilidad de la conciencia. Una modesta medianía que nos preserve de los enervantes placeres de la vanidad y de los temores de la pobreza, es lo que más nos

acerca á la felicidad; es verdad que la opulencia proporciona una casi completa ociosidad; mas ¿tú crees que la ociosidad es un bien? No, Laura mía. Dios, al darnos el trabajo como ley, nos dió en él un elemento de dicha y el mejor amigo que podemos tener.

El trabajo nos proporciona una satisfacción interior que ninguna otra cosa puede darnos; oye lo que dice el excelente escritor francés Octavio Feuillet:

«Bajo la corteza del trabajo más duro y más ingrato existe un fruto de un sabor delicioso, que el pobre conoce y que el rico debería deplorar no conocer: es la satisfacción de una ley cumplida y el contentamiento de sí mismo.»

No te desanimes porque ves que el tiempo es corto para tus ocupaciones: te sucede hallarle insuficiente, porque no tienes señaladas horas fijas é invariables para todo; levántate temprano, y llevarás un gran adelanto todo el día; y cuando por la noche, á la hora del reposo, pases revista en tu in-

terior á las cosas de que te has ocupado, al decirte que has empleado bien el día, sentirás una alegría deliciosa y una calma perfecta.

Laura, nuestro destino no es brillar, sino cuidar de la dicha del hogar doméstico: no debe ser la mujer, dentro de su casa, el blando que deslumbre hiriendo los ojos, sino la dulce y pura lámpara que alumbre hasta los más escondidos rincones; nuestra tarea es modesta, silenciosa, vulgar algunas veces, y otras dolorosa; mas en cambio, de nosotras dependen la paz, la alegría y el bienestar de la familia, y si no obtenemos aplausos, alcanzaremos bendiciones. No sé por qué te quejas de ir á vivir á Valdepaz. ¡Qué feliz sería yo si pudiera ir á vuestro lado con mis dos huerfanitos! Conozco esa aldea, que es un oasis de paz y de verdura, comparado con la aridez de los campos que rodean á Madrid; parece que algún genio benéfico le ha hecho brotar á la vista del Guadarrama, como contraste de sus nieves y de sus eternos frios; pare-

ce que aladas ninfas le visten de flores y arrojan sobre él mantos de verdura y arroyos de agua pura y azulada. Valdepaz es una encantadora anomalfa de las áridas llanuras de Castilla, y la vista reposa sobre él como sobre un bello paisaje después de haber contemplado el desierto durante largo rato.

Se entra en la aldea por un largo paseo de tilos, que en el verano forman arcos de un verdor y una espesura impenetrable, y que cuando nieva parecen gigantes de mármol que guardan un primoroso nido de alondras: al fin de esta larga calle está la iglesia, en el centro de una plaza, y luego se extiende el pueblecillo, blanco con los tejados vestidos de encarnado.

El palacio de los Marqueses de B... no puede ser más hermoso; nuestra abuelita sentirá apenas el frío en un gabinete que hay en el ala derecha, y que era el que ocupaba la Marquesa: de tal espesor son las paredes, que en el hueco de cada ventana había formado un pequeño aposento: tenía

colocada en el uno su mesita de labor, y del otro había hecho un pequeño oratorio; esta dama, joven y bella, ha pasado allí muchos años de su vida, á la vista de una corte que la brindaba con todos sus atractivos, y únicamente dedicada al cuidado de su esposo doliente y de sus hijos; y sin embargo, se hallaba tan dichosa cumpliendo con su deber, que jamás salieron su pensamiento y sus deseos de las paredes de su casa.

Las grandes chimeneas, los espesos y ricos tapices, no dejan temer los rigores del frío; en cuanto al fastidio que tanto temes... permite que te diga que tu temor es infundado: tienes obligaciones que cumplir; tienes á quién amar, y el estudio de la música y de la pintura te proporcionarán útil distracción: no te quejes, pues; y si lo haces, permite que no te compadezca.

Matilde



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C.P. 1625 MONTERREY, MÉXICO

IV

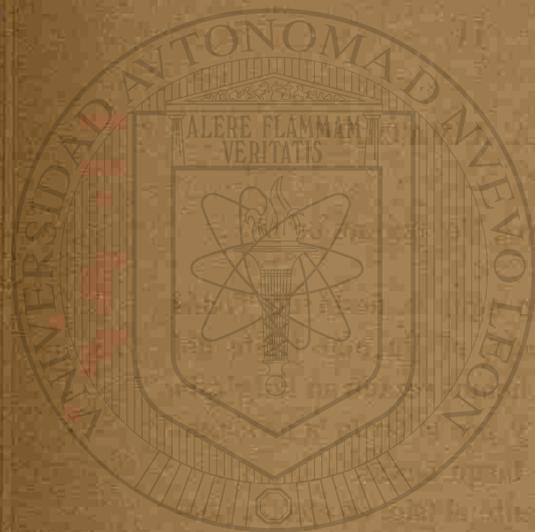
LAURA A MATILDE

«VALDEPAZ, NOVIEMBRE DE 18...

Hemos pasado aquí la fiesta de Todos los Santos, es decir, el día más triste del año; mamá y yo hemos rezado en la iglesia toda la mañana, y por la tarde la he acompañado a dar un largo paseo.

Aquí no se siente el frío, en efecto, pues la montaña, como una madre benéfica, protege este valle de la crudeza de los temporales y de los rigores del invierno; algunos olivos, eternamente verdes, crecen a la falda del monte, y todo anuncia que en el estío ha de ofrecer esto un paisaje encantador.

Me parece que mi alma ha hallado aquí



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la paz de que antes carecía; en Madrid, y en el centro de las diversiones, deploraba el no asistir á ellas, y más cuando oía á Luisa hablar de lo brillante que había estado el teatro la noche anterior, y de lo mucho que se había divertido en la Castellana. Luisa, te lo confieso, era el perpétuo tormento de mi vida: casi había llegado á detestarla, y al mismo tiempo ejercía sobre mí una atracción que no me sé explicar; una fascinación de la que no podía huir, y que me perseguía constantemente: aquí no la veo; y aunque echo de ménos su presencia, me hallo también tranquila sin ella.

¿Será eso lo que se llama envidia? Vergüenza me daría el que me dijeras que sí; y no obstante, cuando recuerdo que la envidia es *ver con pesar el bien ajeno*, me digo con dolor que yo envidiaba á Luisa todas las ventajas que tiene sobre mí.

Hay aquí también algunas personas á quienes tratar. Una de ellas, el señor cura, que es una persona joven aún, muy instruído y muy amable; este señor podía vivir

en Madrid, y rehusa hacerlo porque su madre ha nacido en este pueblo y le tiene gran cariño; él también ama á todos los habitantes, les ayuda en sus trabajos y les consuela en todos sus disgustos, como un padre cariñoso.

Vive con ellos una hermana del señor cura, que apenas cuenta diez y ocho años, y que es una muchacha muy agraciada, y además un ángel de bondad; ésta es mejor amiga para mí que Luisa, porque yo la soy superior en todo, y ella me profesa una sincera admiración y está siempre deseosa de complacerme.

El ejemplo de esta joven es muy á propósito para fortalecer mi paciencia; ella trabaja mucho, cuida de su madre y de su hermano, y excepto las faenas más rudas, que desempeña una criada, todo lo demás de la casa está á cargo suyo.

Se llama Fernanda, y tiene una figura muy bonita y muy distinguida.

Yo me digo algunas veces, mirándola con curiosidad:

—Hé aquí un sér dichoso y que hace la felicidad de cuantos viven á su lado; y sin embargo, tiene ménos elementos de dicha que yo; jamás ha salido de esta aldea; acaso no se casará en ella jamás, ni tiene otras distracciones que cuidar de sus flores y sus aves. ¿Por qué está siempre tan alegre, y yo tan triste? Por lo que dice mi hermana: porque cumple con su deber.

Hay aquí tambien un señor de edad avanzada, que tiene un hijo de veinticuatro años de edad; este jóven, que estudia en Madrid y está en los últimos años de su carrera de abogado, viene todos los sábados por la tarde y se marcha todos los domingos por la noche, para no faltar á la clase del lunes; es como un eco de la civilizacion y del mundo que nos llega cada semana, porque él va á los teatros y á paseo, y además nos trae libros y periódicos; dícese que el médico le quiere casar con una de sus hijas, alta y meliflua señorita cuyo retrato quiero hacerte.

Esta jóven, que se llama Agueda y que

se hace nombrar en latin *Agatha*, pasa por tener tanto talento como caudal, y á fe que no es poco decir; pero yo pienso que es una marisabidilla y nada más; llama á todas las cosas con los nombres más sonoros que puede hallar, y tiene siempre un porte tan erguido y desdeñoso como Juno, la orgullosa reina del Olimpo.

Verdaderamente, esta jóven es bastante instruída: ha leído mucho y tiene una gran memoria, circunstancia que hace aparentar talento aunque no se posea: el que tiene memoria se adorna con los conocimientos ajenos como si fueran propios, y hace gala de lo que ha aprendido; mas yo quiero pasar mejor por ignorante que por marisabidilla, huyendo de hablar un lenguaje que pocas veces es el comprensible.

Todas las jóvenes huyen de ésta, que parece dedicada á motejar la ignorancia de los demás con la perpétua exposicion de sus conocimientos; ella habla de arte, de ciencia, de política, y creo que de todo habla bastante bien y sabe lo que dice; pero

ignora por completo lo más esencial en una mujer; no sabe ser amable, sencilla y cordial, y como nadie la comprende, todos la temen y la miran como un fenómeno.

Su hermana es también un tipo original, pero más desagradable todavía; es la primera en burlarse de la marisabidilla Agata; así la llama ella; dice que la conviene mucho más saber coser y bordar bien, que no andar siempre entre libretos y papeles; está además muy sentida porque su hermana no se cuida de nada y es ella la que tiene que llevar todo el peso de la casa.

El médico adora á su hija mayor; la cree un sér superior y casi sobrenatural, y todo su afán es casarla con el abogado cuando lo sea.

Este jóven es muy cortés y tiene una educacion muy distinguida; á nosotras nos visita todos los domingos con su padre, anciano alegre y de condicion pacífica y bondadosa; se llama Andrés Sandoval, y quiere á su padre con la mayor ternura.

Adiós, mi buena hermana; ¿qué te parecerán estos retratos al leerlos en ese hermoso y dorado París? Bien pobres y bien insignificantes.

Te abraza con todo su corazón

Laura.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

Gran merced te ha hecho el cielo, mi querida hermana, al separarte del lado de Luisa, tu opulenta amiga; pero trata ahora de vencer la envidia culpable y vergonzosa que te inspiraba, para que cuando vuelvas á verla puedas también ver con una noble serenidad del ánimo las ventajas que ella posee, y que el cielo no ha querido en sus altos juicios concederte.

Porque era envidia, mi pobre y querida hermana, lo que tú sentías por Luisa; indigna y vergonzosa envidia. ¡Ay, Laura mía, qué terribles estragos hace en nues-

tra sociedad esa ruin pasión! ¡Y cómo reina en nuestra patria, y cómo aniquila toda grandeza, toda iniciativa generosa, todo proyecto noble y elevado!

Yo no he conocido jamás la envidia, por una razón acaso egoísta, puesto que en la pobre naturaleza humana, á los instintos sanos y buenos va siempre mezclada alguna debilidad censurable; no he envidiado nada jamás, porque sé que en esta vida está todo compensado y que nadie hay completamente dichoso.

Tu amiga Luisa tendrá, sin duda alguna, más penas en su opulencia que tú en tu modestísima medianía. ¿Crees acaso que las personas que se dejan dominar por los goces de la vanidad, las que consagran su vida entera al pueril objeto de *producir efecto*, no sufren mucho también? ¿Crees que no tienen decepciones y desengaños? Te equivocas mucho si eso piensas, mi amada Laura: en el lujo, en la ostentación hay siempre un *más allá*.

La vida tiene un objeto más serio y más

noble que el de la vanidad; el que no halla la dicha dentro de sí mismo, en primer lugar, y después, dentro de las paredes de su casa, es inútil que la busque en ninguna parte, porque jamás la encontrará.

La gran ciencia de la vida es la resignación; sabe, Laura mía, vivir con poco y estar contenta con lo poco de que vivas; piensa, cuando al volver á Madrid veas á Luisa, no en lo dichosa que ella es, sino en los que son mucho más desdichados que tú, en los que no tienen pan ni albergue, en los que ansian lo que no pueden alcanzar; son dos clases distintas de mendigos, y creo que los segundos son más dignos de compasión que los primeros.

En todas partes tenemos elementos de ventura, si sabemos utilizarlos; ahí mismo, en Valdepaz, has hallado para tu corazón una calma deliciosa; nuestra madre y nuestra abuela se complacen en la amistad, en el ameno y sencillo trato del señor cura y de su madre, de ese sacerdote ilustrado y de esa anciana que ha pasado su vida en la

33877

santa paz de los campos, sólo atenta al cumplimiento de su deber, pero cuya clara razón y entendimiento penetrante alejan de ella toda vulgaridad y hacen su conversacion variada y discreta.

Trata de parecer amable á Fernanda, la hija de esta excelente señora, que debe ser muy modesta y muy buena. En Inglaterra, donde los ministros de la Iglesia son casados, ofrecen las familias de éstos los más gratos cuadros de la paz doméstica y de la virtud ilustrada y amable; muchas jóvenes de la clase media se casan con pastores protestantes, y una mujer ilustre por su talento, Mistris Enriqueta Beecher Stowe, autora de *La Cabaña de Tom*, de *La rosa the* y de otras novelas de primer orden que le han dado mucha gloria y gran fortuna, era solo la esposa de un ministro protestante; ella misma dirigia una escuela, y no se desdenaba, en tanto que escribia, de mirar el asado que daba vueltas sobre las ascuas y que debia servirse en la alegre mesa donde se sentaba con su marido y sus hijos

La honrada familia del señor cura me parece tambien que ha de presentar un interior agradable, tranquilo y lleno de alegría; esa niña que vive amparada por la religion y por el amor maternal; ese jóven sacerdote, convertido por su noble carácter y por los merecimientos de estudios brillantes en padre de sus feligreses; esa anciana que ama y venera á su hijo, y le cuida á la vez que le respeta, son tres seres buenos, ejemplares, que no pueden ménos de producir un hermoso conjunto.

Mi amada hermana, aprende la virtud en el gran libro de la vida; lejos de imitar á esos infelices seres que van buscando afanosos la cizaña, procura hallar en el extenso campo de la existencia el dorado grano de trigo, y utilízalo para sembrarlo en tu alma, donde dará rica cosecha para tu edad madura; aprende de cada una de las personas que trates lo que tenga de bueno, y huye de sus defectos; y sobre todo, lleva este principio ante los ojos de tu razón: sé severa para tí é indulgente para los demás.

No será extraño que vaya Luisa á ese pintoresco pueblecito, que este año está de moda, segun nuestra madre me escribe; si va, sepárate algun tanto de su trato, pero sin herirla y sin que ella lo conozca; tus estudios, el cuidado de aliviar á nuestra madre en los quehaceres de la casa, te servirán de motivo plausible; no se debe chocar con nadie en la vida, porque si es peligroso herir ideas, lo es más el herir personas; pero se puede siempre retirarse políticamente de un trato que no nos conviene.

Sobre todo, Laura mia, ahoga ese vergonzoso sentimiento de la envidia que ha empezado á germinar en tu corazon; esa atraccion, esa fascinacion de que me hablas, era el ansia de contemplar una riqueza que te estaba vedada por el destino; ese dolor era hijo de no poderla poseer. Vé poco á Luisa si va á Valdepaz, y vé mucho el campo; la contemplacion de la naturaleza, siempre bella, siempre pura, siempre joven y tranquila, eleva el alma y nos hace

pensar en nuestro Padre celestial, creador de tantas maravillas y del alma que puede y sabe admirarlas.

Un abrazo te envia con todo el corazon tu hermana

Matilde.»

VI

LAURA A MATILDE.

» VALDEPAZ, 18...

Ya han llegado, en efecto, Luisa y su madre, mi querida hermana. Mamá lo sabía sin duda cuando te lo ha escrito; pero á mí me lo calló, conociendo como tú lo que sufría al ver la dicha perpétua en que creo vive mi amiga; y digo *creo*, porque aun no se ha alejado de mi espíritu esta convicción.

Ayer estaba yo asomada con mamá al gran balcon de piedra que cae sobre la puerta del palacio, y vimos pasar á Luisa á caballo, acompañada de la condesita de G..., amiga suya, y de algunos caballeros;

Luisa vestía una elegante amazona de merino verde oscuro y un sombrero á la inglesa con velo del mismo color; por la abertura que dejaba la amazona en el pecho se veía un chaleco blanco y una rica pechera de encaje; sus cabellos rubios flotaban en largos rizos por su espalda, y en su pequeña mano, cubierta con un guante anteado, llevaba un látigo con puño de oro.

Luisa alzó la cabeza y me saludó amablemente; siempre ha sido conmigo muy afable, y desde que ha llegado pienso en que de ningún modo me conviene dejar su amistad, que puede tener base sólida á causa de que desde hace tiempo se visitan nuestras madres. Figúrate que la que sea amiga de Luisa, más amiga de lo que yo quería ser, podrá ir con ella al teatro todas las noches, porque su madre está siempre abonada á dos de los mejores de Madrid; irá á paseo con ella en un soberbio carruaje, asistirá á los bailes y conciertos que se dan en su casa, y disfrutará, en una

palabra, de una serie no interrumpida de diversiones.

Luisa es amable, expresiva, cariñosa, si bien un poco dominante: su madre la adora, porque es su hija única, aunque tiene también un hijo que ahora se halla en un largo viaje. Y sin embargo de todas sus ventajas, Luisa no tiene ninguna amiga de confianza: ¿no es esto extraño, reuniendo circunstancias tan brillantes?

Huyendo de unas calenturas epidémicas que reinan en Madrid, se han refugiado aquí algunas otras familias; vienen en busca de aire puro y de quietud para su ánimo, agitado desde hace algunos dias por un continuo terror; por lo que toca al sosiego, no les ha de faltar aquí, pues esto se asemeja al valle del silencio.

Algunas de las jóvenes recién llegadas solicitan mi amistad: dos, sobre todo, me hacen conocer de todos los modos posibles que desearían conmigo la intimidad del afecto, y yo, hermana mia, siento en el corazón como una sed de simpatía y de ex-

pension que hasta ahora no había experimentado. Tú, la más querida y la más indulgente de mis hermanas, estás lejos de mí, ¡y deseo tanto una amiga! ¡me parece que ha de ser tan dulce la intimidad del pensamiento!

Pero á la vez que deseo el trato cariñoso con una jóven de mi edad, lo temo: he oído decir tantas veces que la amistad no existe, que temo mucho un amargo desengaño.

Una de las jóvenes á cuya familia hemos visitado, y que se muestra conmigo muy amable, vive con su padre y con una tía, hermana de éste, pues perdió á su madre hace ya algunos años. Amalia, que así se llama, es muy alegre y tiene una gracia inimitable y un chiste tan lleno de encanto, que disipa la tristeza de todo el que la oye; esta jóven no se ocupa de otra cosa que de los cuidados domésticos, y esto dice que lo hace *para pasarlo mejor*; es decir, que se cuida del arreglo de la casa para su comodidad, y del buen orden de la cocina para tener mejor mesa.

Me dice que ni la lectura le interesa, ni las labores le agradan, ni el teatro tiene para ella ningun atractivo; no quiere leer historias que le hagan llorar ó sentir; no le gustan labores delicadas que fatigan la vista, ni quiere ver obras teatrales que le hagan conocer desdichas que ignora.

Amalia es bonita, pero nada concede á la coquetería, al deseo de adornarse, tan natural en las jóvenes: á la edad en que todas deseamos un traje ó un adorno, ella desea solamente que la dejen dormir una hora más ó saborear un plato delicado.

La otra jóven recién llegada es hija de una viuda que depende de una pension muy corta de Monte-pío; esta señora está dotada de una distincion que ha comunicado á su hija Lucila. Madre é hija inspiran aquí generales simpatías. Lucila borda todo el día telas muy delicadas para uno de los más lujosos almacenes de lencería que hay en Madrid, y su madre, cuya salud es siempre endeble, se ocupa en arreglar la casa con la ayuda de una aldeanita

que han tomado para criada y que desempeña los quehaceres más rudos.

Lucila no asiste á ninguna de las comidas de campo, á ninguno de los bailes y conciertos que aquí tienen lugar; es una jóven dulce, modesta y de carácter algo tímido; van á misa los domingos madre é hija, tan elegantes como la que más, con unos sencillos trajes negros de seda, muy bien hechos y adornados con gusto y sobriedad; los encajes, los guantes, la lencería que usan es de primera calidad: nada vulgar, nada que indique el *quiero y no puedo*, se ve en ellas; algunas tardes pasean madre é hija, siempre solas, pero hablando como dos amigas que se comprenden bien, que se aman con el alma.

La criadita de esta señora ha regalado á Lucila dos macetas, una de sándalo y otra de reseda; entre estas dos plantas se ve por la tarde la rubia cabeza de Lucila inclinada sobre la batista que borda. Mamá y yo hemos visitado á estas señoras ya dos veces, y ellas nos han devuelto las visitas; pare-

ce que les somos simpáticas, quizá ¡ay! porque nuestra pobre fortuna es aquí la más semejante á la suya! ¡Porque ellas y nosotras estamos muy lejos de la riqueza que hace brillar á Luisa lo mismo aquí que en Madrid!

Laura. >

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

MATILDE A LAURA,

«PARIS, 18...

No me escribas con tanta frecuencia, hermana mía; casi todo lo que me dices necesita respuesta, y antes de manifestarte mi parecer en algunas cosas, es inútil y hasta peligroso el que me hables acerca de otras: mi silencio podría parecer aquiescencia ó tolerancia que no debo tener contigo, porque alimentas ideas muy erradas, y en algunos puntos muy dignas de censura.

Tu manía de ser rica, y la especie de adoración que rindes al dinero, son, á mi modo de ver, tan ridículas como culpables.

La bella, discreta y elegante Condesa de Genlis decia, dirigiéndose al que tiene en su mano todos los tesoros de la tierra:

— ¡Señor, libradme lo mismo de la opulencia que enerva y sumerge en la ociosidad, que de las angustias de la miseria, y dadme la dulce y suave medianía que impide la ambicion y mata la hidra de los deseos codiciosos!

La que esto pedia, Laura, la que esto consiguió—porque el amoroso Padre que está en los cielos acoge siempre los deseos justos,—era una mujer tan distinguida, tan delicada, tan encantadora, que cuando despues de la época del terror subió al trono de Francia Napoleon I, la llamó para que abriese un salon á los restos diseminados de la nobleza.

—Reunid á vuestros amigos, señora—le dijo,—y vuestro ejemplo reanimará el gusto de la cortesía, de la elegancia y de la cultura, que se ha extinguido bajo rios de sangre, oprimido por los desórdenes del populacho.

Así se hizo. y bajo la dulce influencia de una mujer distinguida volvieron los suaves y elegantes modales, la conversacion amena y el agradable trato olvidado durante largo tiempo.

Ya en otra carta te encargué leyeras la preciosa novela de Mr. Conscience, titulada *La dicha de ser rico*, y verias adónde puede conducir una gran fortuna; creo que no has seguido mi consejo, y que, por el contrario, lees todo cuanto llega á tus manos, sin discernimiento y sin admitir direccion.

Dejemos esto por ahora, y hablemos de la amistad y de esas dos jóvenes que parecen desear la tuya, y á las que tú á tu vez desearias dar tu afecto.

Toda mi vida he oído afirmar que la amistad no existe, y creo, en efecto, que es rara en el mundo; mas ¿por qué causa? Sin duda porque la base en que se suele apoyar es tan falsa como la que tú imaginas para la tuya. La desigualdad de las posiciones es mortal para la amistad, por-

que de esta desigualdad resulta una multitud de choques, una multitud de sufrimientos para la una parte y de pequeños triunfos para la otra, que son otros tantos enemigos de la cordialidad y del cariño.

No, Laura mía; no quieras estar colocada en la escala social ni más alta ni más baja que tu amiga; no quieras, en amistad, ni hacer honor ni recibirlo; no te conviene la amistad de Luisa, á pesar de cambiarse algunas visitas entre su madre y la nuestra, porque su posición es más alta y ventajosa que la tuya, y porque la altivez de su carácter no le ha permitido jamás una afección durable.

En amistad no debe recibirse sino lo que se puede devolver; lo contrario es caer en un rebajamiento moral que nos enajena la estimación de los mismos cuya amistad deseamos; es someterse á una dependencia que tiene mucho de humillante, y que tu carácter delicado y susceptible no podría soportar durante largo tiempo.

Queda, pues, resuelto lo que concierne

á tu intimidad con Luisa, y permite que te aconseje lo mismo acerca de la que pudieras tener con la señorita Amalia.

El tomar la vida solo por el lado material y egoísta, es censurable en el hombre y dice poco en favor de la elevación de su alma. Pero es odioso en la mujer, que debe vivir solo por el sentimiento y para el sentimiento.

Amalia es una triste anomalía en su sexo y en su edad. Más simpática es á mis ojos la marisabidilla Aghata ó Agueda, porque ama una cosa grande y buena. Agueda ama el estudio y tiene la noble ambición de sobresalir por su talento. Agueda, si se casa con el abogado, será una buena esposa y ayudará con sus consejos á su marido.

Las mujeres de la especie de Amalia se inmolan á lo más material, á lo más miserable que existe. ¡No querer pensar ni sentir! ¡no desear más que comer y dormir lo más posible! ¡Ah! ¡esto es vivir en lo más oscuro y deleznable de la tierra, sin mirar jamás al cielo, patria del alma!

Piensa además, Laura, qué ternura puede existir en el corazón de una mujer que se ríe y se burla de todo! ¿Qué habrá para Amalia de sagrado, de noble, de bello, de interesante? La reputación de *chistosa* es mortal para una joven, porque se halla en completa oposición con todas las leyes del pudor, de la dulzura y de la reserva. Prefiero que seas una mujer sentimental y que tengas á cada instante los ojos llenos de lágrimas, á verte reír de todo y de todos, porque la risa destemplada, *brutal*, por decirlo así, es tan estúpida como mala y como enemiga de la distinción y del decoro.

No des nunca ni la menor parte de tu corazón á una mujer de ese carácter; no la desees ni la aceptes por amiga: la insensibilidad es hermana del egoísmo, y tú, que tienes un corazón noble y tierno, serías su víctima.

Comprendo, Laura mía, la necesidad de afectos que sientes: cuando el corazón se despierta en la mujer, desea la amistad; tiene aun más necesidad de amar que de ser

amada; y es que sintiéndose aún bajo el dulce calor del ala maternal, bajo la tierna protección del cariño paterno, ansía dar alguna parte de aquello que recibe.

Yo deseo tanto como tú el que tengas una amiga; una amiga que te ame y te comprenda; una amiga cordial, de corazón sensible; y que tome en tus penas una parte activa y verdadera, como yo sé que la tomarás en las tuyas.

Creo que esta amiga podría ser la amable y modesta Lucila; su posición es parecida á la tuya; sus virtudes, su amor á su madre, su culto al trabajo, hacen su apología, y por cierto muy bellamente; su distinción, su afición á las flores, te responden de la delicadeza de sus gustos, de la ternura de su corazón: hay pequeñeces que recomiendan á una persona, y que tratándose de una mujer, son muy significativas.

Imita su ejemplo, hermana mía; admira la dulce intimidad que la une á su madre; ¡qué santo y tierno lazo, qué noble simpatía la que viene aún á soldar el afecto

de esos dos seres! ¿Qué desgracia puede abatir á esas dos almas, así apoyadas la una en la otra? ¿Qué tormentas, qué sombras en el cielo de la vida pueden entristecerlas? ¡Oh sublime lazo del cariño materno y filial! ¡Feliz la que une á tí su existencia entera, la que halla en tí su amparo, su fuerza, su consuelo y su descanso!

Matilde.»

VIII

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

En mi anterior carta, mi querida Laura te hablé de la amistad; ahora voy á hablarte del amor, empezando por esforzarme de nuevo en desimpresionarte de tu afán de ser rica.

No creas que exagero al decirte que la pena oprime mi corazón cada vez que leo en una de tus cartas que te casarás con un hombre que pueda ser tu abuelo, á condición de que sea muy rico; que ansias, sobre todo, tener abono en los teatros, carruaje, criados, joyas, y que tu bello ideal es la opulencia.

de esos dos seres! ¿Qué desgracia puede abatir á esas dos almas, así apoyadas la una en la otra? ¿Qué tormentas, qué sombras en el cielo de la vida pueden entristecerlas? ¡Oh sublime lazo del cariño materno y filial! ¡Feliz la que une á tí su existencia entera, la que halla en tí su amparo, su fuerza, su consuelo y su descanso!

Matilde.»

VIII

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

En mi anterior carta, mi querida Laura te hablé de la amistad; ahora voy á hablarte del amor, empezando por esforzarme de nuevo en desimpresionarte de tu afán de ser rica.

No creas que exagero al decirte que la pena oprime mi corazón cada vez que leo en una de tus cartas que te casarás con un hombre que pueda ser tu abuelo, á condición de que sea muy rico; que ansias, sobre todo, tener abono en los teatros, carruaje, criados, joyas, y que tu bello ideal es la opulencia.

Si te *vendes*, como hoy deseas, renuncias á mi estimacion y á la de todas las personas que piensen con rectitud y nobleza.

Habrás oído decir que la sociedad rinde culto ante todo al becerro de oro; pero yo puedo afirmarte que he visto honrar y estimar altamente á personas colocadas en una posicion muy modesta, y despreciar á otras que disfrutaban de todos los esplendores de la fortuna.

La virtud, la pureza de costumbres, la dignidad en todas las situaciones de la vida, es lo que conquista el aprecio universal: la bondad, la gracia de las maneras, la dulzura del carácter, eso es lo que nos adquiere las simpatías y el afecto de las gentes.

Se rinde culto á la riqueza, y nunca faltan para ella muchos aduladores; pero su corte la componen los parásitos y los tontos, á no ser que vayan unidas á la riqueza las bellas cualidades del alma. ¿Te sería agradable estar rodeada de gentes que no profesan afecto ni á ti ni á nadie y que pasan su vida en explotar y adular á todos?

Creo que no, y sé que te hago justicia. Por otra parte, no pienses que la vida consiste en una cadena no interrumpida de placeres y diversiones; esas existencias vacías, sin objeto alguno noble, sin ocupacion alguna seria, solo convienen á los caracteres frívolos, á las naturalezas vulgares y heladas. La mujer ha nacido para la dulce intimidad de la familia, y la que se halla mal en su casa, la que no encuentra ocupacion constante y agradable dentro de su hogar, será en vano que busque en las distracciones exteriores la dicha y el bienestar del ánimo.

No te digo que renuncies á toda diversion, ni que porque una mujer se case, se haya de constituir en guardadora eterna é inamovible de su casa; pero si te ocupas de ésta, si te hallas bien en ella, no estarás constantemente buscando distracciones fuera, y te dedicarás á embellecer tu morada y á cuidar de tu familia.

Mujeres veo á las que compadezco profundamente, y cuya vida, lejos de envi-

diarla, me parece un suplicio continuado; no obstante, estas mujeres tienen palco en los teatros, carruajes, alhajas, rentas muy crecidas, todo aquello, en fin, que tú anhelas y que te parece la suprema dicha.

Si vieras bostezar á esas mujeres en el teatro y en el fondo de sus carruajes; si vieras el desaliento, el cansancio, el fastidio pintados en su rostro, variarías de opinion y no creerías que las grandes riquezas constituyen la suprema felicidad.

¿Qué dicha hay posible cuando está el corazón vacío?

En cambio, veo algunas jóvenes casadas que, aunque colocadas en una posición muy modesta, llevan escritas en el rostro la felicidad y la alegría.

Yo tengo dos vecinas que son como los ejemplos vivos de lo que te estoy afirmando: una de ellas, casada con el anciano Duque D..., es joven y bella; su hermosura le alcanzó tan elevado rango, pues pertenecía á una clase modesta: pensaba como tú, y creyó una gran dicha el ceñirse una

corona de Duquesa; mas ¡cuánto, cuánto debe pesar hoy á su frente! ¡Pálida, triste, abatida, apenas alguna vez se dibuja en sus labios una melancólica sonrisa! ¡No tiene la dicha de ser madre, y la helada soledad de su casa le hace huir de ella y buscar en el torbellino del mundo la distracción al fastidio que la consume! ¡Yo la veo en el teatro, siempre sentada de espaldas al escenario y diciendo claramente con su triste indiferencia que asiste solo *para matar el tiempo!* ¡Terrible frase, propia solo de la opulencia ociosa!

En un pequeño pabellon situado en el patio de la misma casa habita un matrimonio joven; la esposa, más agraciada que bella, posee el irresistible encanto de la virtud alegre, tranquila y contenta de sí misma: el esposo es elegante, grave y afectuoso á la vez: cuando sale para ir á desempeñar su destino en un Ministerio, su mujer cuida de todo, vigila á la criada, arregla los muebles, sacude el polvo y ordena su nido, cantando como un pájaro; luego bor-

da al lado de la cuna de una preciosa niña que aun no cuenta un año; todas sus galas consisten en un sencillo vestido de seda negra, y todas sus alhajas en un peine y unos pendientes de coral; mas cuando estos dos jóvenes esposos salen del brazo conversando alegre y amorosamente, la Duquesa, medio oculta entre los suntuosos pliegues de sus cortinas de raso, los sigue con una triste mirada, y dos gruesas lágrimas se desprenden de sus ojos.

¡El amor! ¡Hé aquí la palabra mágica que encierra toda la dicha de la mujer!

Ama y sé digna de un amor serio, profundo y basado en una alta estimación de tus virtudes; así serás á la vez la amiga y la amante de tu esposo; así conseguirás la felicidad doméstica, que es la sola positiva de la tierra, y que ninguna riqueza puede dar.

Matilde.»

IX

LAURA A MATILDE.

«VALDEPAZ 18...

Siguiendo tu orden, bien cruel para mí, he dejado de contestar tu anteúltima carta y he recibido otra despues; pero aunque me prohibes que te escriba con mucha frecuencia, no puedo resistir á mi deseo de hablar contigo durante algunos instantes que tengo de soledad. Nuestra abuela y nuestra madre se hallan aquí muy bien, porque, en efecto, el palacio de los Marqueses de B... no puede ser más hermoso; nuestra abuela ocupa, como tú suponias muy bien, el gabinete de la Marquesa; nuestra madre, sin abandonar el cuidado

de la casa, pasea por el jardín, lee y cuida muchas flores; hay en el corazón y en los gustos de nuestra madre una eterna juventud. ¡Cuánto la envidio! ¡En el mío hay una vejez anticipada! Cuando apoyada en el antepecho del gran balcón de piedra que ocupa el centro de la fachada del castillo, extendiendo la vista por el largo paseo de tilos, por la majestuosa avenida que forma en el estío arcos tupidos de verdura, mi corazón se oprime y las lágrimas vienen á mis ojos. ¡Qué contraste entre esta grandeza y la escasez de nuestra fortuna! ¡Y cómo las comodidades que momentáneamente disfrutamos nos harán parecer después más amargas nuestras privaciones!

Te lo confieso, hermana mía. ¡La apacible alegría de nuestra madre es incomprendible, es enojosa para mí! Ella, que ha disfrutado de todos los dones de la fortuna, ¡no echarlos menos ahora! ¡Disfrutar del día presente sin pensar en mañana! ¡Ah! esto es, ó mucha grandeza de alma, ó una gran ligereza de carácter!

— Luisa me ha escrito dos veces que vaya á su casa; pero siguiendo tus consejos, me he excusado con ocupaciones perentorias: en cambio, Lucila ha venido con su madre á pasar la velada con nosotras. Mamá ha hecho el té, con el mismo buen gusto sencillo que si estuviera en el gran salón del tiempo de su opulencia; la velada ha sido agradable. Lucila y yo, un poco separadas de nuestras madres, hemos hablado íntimamente; no obstante, es muy reservada; he dado por supuesto que tendría relaciones de amor, que tendría novio en Madrid, y me ha contestado sin rubor y con una sencillez digna y sentida:

— Está tratado mi casamiento, querida Laura; pero mi prometido no se halla en Madrid.

— ¿Y ese casamiento es de su gusto de usted? le pregunté.

— Sin duda; de lo contrario no se llevaría á cabo: mi madre es muy buena y me quiere mucho para violentarme.

No me atreví á preguntarle si su futuro

esposo era tan pobre como ella, porque en ese caso no puedo acertar de qué vivirían; sin embargo, no sé por qué creo que ha de estar escaso de bienes de fortuna; hay en Lucila una dignidad y una reserva que á pesar mio me imponen respeto.

Y ahora que trato de cuestiones de amor, quiero que sepas que me persigue con sus miradas amorosas y con sus insinuaciones el jóven que estudia en Madrid y que está próximo á concluir la carrera de leyes: ya te dije que su padre vive aquí, que él viene todos los sábados por la tarde y se vuelve á Madrid todos los domingos por la noche; va á cumplir veinticinco años; se llama Andrés, y es de bella figura y distinguidos modales: ya te he dicho que el médico quiere casar con él á su hija, la marisabidilla Agueda, porque de esta suerte se reunirían dos fortunas regulares que harían una bastante rica para los esposos: tambien el padre de Andrés entra gustoso en la idea de este enlace.

Agueda le ama, segun dicen, y ya sabe

desde hace dos años que ha de casarse con él; halaga á sus pretensiones de talento el saber que iria á vivir en Madrid si se casa con Andrés, porque éste piensa abrir allí su bufete de abogado; pero el futuro, segun me parece, no opina como los demás: desde que yo llegué anda distraído y triste, y Agueda, que es bonita, no hace nada para atraerle de nuevo, sino que, por el contrario, le trata con extremada frialdad, siendo lo más raro y risible que á mí me trata tambien con desvío y encono: ayer, al salir de misa, Luisa, que salía tambien con su aya, se detuvo conmigo y me dijo riéndose:

—¿Sabes que tus hermosos ojos han deshecho una boda? Creo que la *Doctora* — así llaman á la hija del médico, — tendrá que esperar otro novio: no importa; ¡que rabie! Para ti es un gran triunfo, porque ella es rica y está poseída de tal vanidad, que piensa valer más que nadie! ¡Mírala qué cara de vinagre trae! ¡Ahí viene, y Sandoval solo tiene ojos para tí!

En efecto, salían de la iglesia Agueda,

su hermana y su padre; al lado de la primera venía Andrés Sandoval, y Agueda le hablaba con animación; pero al verme, el semblante de ambos cambió. Agueda se puso roja de cólera. Andrés se puso pálido y se quedó mirándome fijamente.

Mamá y yo saludamos con la cabeza al médico, á sus hijas y á Sandoval; nos despedimos de Luisa y volvimos á casa. Agueda apenas nos contestó. Andrés, dejando ya miramientos á un lado, se despidió de ellas y nos siguió hasta el palacio. Mamá lo notó, se quedó mirándome y me dijo con su dulce voz de siempre:

—Laura, me causarás una gran pena si te veo inclinada á la coquetería; no alienates las veleidades de Sandoval, porque ya sabes que está tratado su casamiento con Agueda; no des lugar á que digan que por tí se deshace.

—¡Oh, mamá!—exclamé afligida.

—Calla—prosiguió mamá—y no te disculpes; hasta ahora, hija mía, no has hecho nada que sea digno de una censura severa,

pero te veo propensa á hacerlo; tu abuela dice que la vanidad te dará muchos disgustos; has hecho cuestión de amor propio el oscurecer á todas las jóvenes del pueblo, y todas te van á aborrecer... ¡ten cuidado!

¿Qué culpa tengo yo de que me mire y me siga Sandoval? Yo cuento diez y seis años, Agueda veintidos; ella es tan alta como él, que es bien alto, y yo soy pequeña y delicada; sus pretensiones de talento, su pandería aburren á todos; yo no anhelo el que me admiren, sino solo ser agradable; ya ves, Matilde, que lo que sucede tiene su explicación y que es muy natural.

Laura.

X

MATILDE A LAURA

«PARÍS 18...

Nuestra madre me escribe hablándome de tí, y aunque con la abnegación propia del cariño procura disculparte y evita la queja, yo comprendo demasiado que se halla descontenta de tí y que sufre con los defectos de tu carácter.

¡A pesar de mis consejos, á pesar de tus promesas, no puedes resistir al deseo de hacerle el satélite de ese astro que llaman Luisa, y solo su amistad es la que te agrada! ¿Es, pues, tu vanidad incorregible? ¿Te has propuesto decididamente salir de la suave y dulce esfera que el cielo te ha señalado?

¡Ah! ¡Tu ambición solo puede producir resultados muy fatales, sinsabores muy amargos.

Además del dolor, generosamente disfrazado, pero muy visible, de nuestra madre, me escribe una amiga de la infancia que se halla accidentalmente en ese pueblo, y me habla de ti en unos términos que me han causado vivo sentimiento; te veo con los ojos del alma, uniendo con un penoso trabajo los detalles que me dan y lo que tú me escribes, y te lo confieso, Laura, no quisiera hallarte así!

¿Es posible que hayas notado, á no ser para verlos con indignación, los alardes de galantería de ese joven, que sabes ha de ser el esposo de otra? ¿A dónde te lleva el amor propio?

¿Dónde está aquel aire tímido y reservado, aquellas dulces maneras, tan complacientes y tan encantadoras?

Ahora te presentas con aire intrépido, hablas mucho, te ries de todo y temes que se confunda tu timidez con la torpeza.

¡Cuánto te equivocas, mi pobre Laura! La seguridad, la osadía del lenguaje, la libertad de las maneras, envejecen á la mujer, le quitan las gracias de su sexo, le arrebatan el atractivo de la juventud y no le dan la autoridad y la consideración personal de la edad madura.

Sabe, hermana mia, que para distinguirse de las gentes vulgares, ha sido y será siempre necesario conservar el tono y las maneras que anuncian la modestia, la reserva, la bondad, la indulgencia, el decoro, la dulzura y la elevación de los sentimientos; el buen gusto hace conocer que para agradar es preciso ostentar las virtudes, ó á lo ménos la apariencia de las virtudes amables.

Se quejan los que te tratan de tu propensión á criticar; la maledicencia está proscrita entre las personas de solo mediana educación; su acritud no puede aliarse con la dulzura y la indulgencia propias de la mujer. Los juicios decisivos acerca de ideas ó de personas, la confianza presuntuosa en

sí mismo, y todo lo que anuncia la vanidad, está condenado por las leyes del buen tono y del buen gusto.

La distincion perfecta es muy difícil de poseer, y sin embargo, está en completo acuerdo con las leyes de la caridad. San Pablo nos ofrece en sus acciones y en sus escritos el modelo de la dulzura amable que habia aprendido en la escuela de Cristo; lee sus epistolas, y verás cómo en medio de la gravedad evangélica se halla una cordialidad suave, un respeto sincero por el prójimo, un recuerdo afectuoso para sus amigos.

El Apóstol insiste con mesura, suplica con dignidad, da gracias con efusion.— ¡Qué tacto hay en sus discursos al pueblo de Atenas! ¡Cuánta gracia y amabilidad en su respuesta al rey Agripa! Él mismo confiesa que *anhela agradar á todos para ganar á todos!*

No; no es el buen tono el acento despreciativo é insultante, las maneras desdeñosas, la insaciable necesidad de sobresalir entre los que nos rodean, el afán de hallar

defectos en todos; no es el buen tono el ostentar galas costosas y dejar á los modales en una completa *negligé*; la distincion tiene sus reglas: es la dignidad sin altanería, la cortesía sin pesadez, la cordialidad sin atrevimiento, la elegancia sin afectacion, la reserva sin disimulo, la alegría sin alarides ruidosos, la instruccion sin pedantería y el talento sin pretensiones.

Otra muestra de distincion perfecta en una jovencita de tu edad, es ser atenta con las personas ancianas; éstas son las que, elogiándola, le forman una sólida reputacion; es preciso tambien que demuestres interés á todas las personas olvidadas en tu círculo, porque son extranjeras á él ó poco favorecidas de la fortuna, porque es muy fácil así el adquirir excelentes amigos entre aquellas personas desconocidas que acaso valen mucho.

Si sigues haciéndote desapacible y orgullosa, si tratas á todos con desdén, si no quieres complacer á nadie, si eres insoporable y orgullosa, ¿cómo has de ser amada?

La hermosura despierta la admiración á primera vista; pero el cariño, las afecciones íntimas y tiernas, solo se fundan en el conocimiento y la estimación de las bellas cualidades del alma y en la nobleza de los sentimientos.

¿Qué pensarán de tí, qué dirán de tí Agueda, su padre y su hermana? Sin duda alguna que echan la culpa á tus coquetearías de las veleidades de Sandoval, y debo decirte que te acusarán con razón; si la primera muestra de su galantería te hubiera hallado fría y severa, de seguro que no hubiese seguido en unas demostraciones que tanto te comprometen, porque estoy segura de que eres pasto de la murmuración de todo el pueblo.

No hay hombre, por osado que sea, que insista en sus pretensiones con una mujer, si ésta desde el principio le quita toda esperanza; así, pues, es indispensable que la primera vez que llegue á hablarte le digas seriamente que tomas como una falta á tu decoro sus demostraciones, y que las supri-

ma por completo; si sigue en ellas, yo escribiré á nuestra madre para que volvais á Madrid. Es lo que debes á tu dignidad, porque Andrés está ligado con un compromiso formal á otra mujer á quien das la mano y el título de amiga.

En vano te recomendé el trato con Fernando, la jóven hermana del párroco, y con Lucila, esa hija tan buena y amante, esa hija ejemplar y modesta. ¿Qué has ganado con tu incurable afición á Luisa, es decir, á la vanidad y á la coquetería? ¡Ay, mi pobre Laura! ¡Hacerte áborrecible á todos! ¡Crear al derredor tuyo una atmósfera de animosidad y un caudal de antipatías!

Matilde.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

XI

LAURA A MATILDE

«VALDEPAZ 18...

En todo cuanto me dices en la tuya tienes razón, mi querida hermana. ¡Sí; hay hacia mí cierta hostilidad sorda que me desespera! ¡Me he creído con más mérito que nadie, y he quedado la última de todas!

¡Ahora conozco todos mis yerros! Cuando llegué á este pueblo, me pareció desde luego que cuantas jóvenes habitan en él estaban muy por bajo de mí en elegancia, instrucción, talento y hermosura; este parecer me hizo tratarlas con despego; pero ellas, que se conocían y se amaban desde la infancia, se unieron en contra mía y se

convinieron en la manera mejor de hostilizarme.

Verdad es que me quedaba la simpatía y la preferencia del sexo fuerte, y que éste se inclinó á mí casi por completo; mas ¡qué poco duró esta preferencia! Los que desdeñé me criticaron y volvieron á dedicarse á las señoritas del pueblo, y los que se dedicaban á mí se cansaron de lo que llamaban mi extrema cultura ó *mi tontería*, pues se dividieron en ambos pareceres.

Las muchachas hicieron causa común con ellos, y ya me tienes sola, aislada, excitando á la vez la envidia y la antipatía general, lo que parece una paradoja, pero es una triste realidad.

Nuestra madre y nuestra abuela deploran amargamente esta desgracia mía. Luisa, que empezaba á envidiarme, se da el parabien por ella. Amalia ha demostrado su satisfacción por lo que llama *mi derrota*, y todas las jóvenes del pueblo se unen á las mil maravillas para hacerme desaires de todas clases.

Cada domingo por la tarde se reúnen en casa de una; juegan, cantan, bailan, leen, y al anochecer, cada una se retira á su casa, para más tarde ir con su familia á la tertulia.

A mí no me invitan jamás á esas reuniones, ni tampoco me atrevo á pedir á mamá que me permita invitarlas para que vengan á casa, porque ninguna aceptaría.

Solo la buena y dulce Lucila se ha dedicado á mí; solo ella me demuestra afecto y amistad; y ¡cosa extraña! ella, que es la más pobre, la que tiene menos posición de todas las jóvenes de este pueblo, se halla tan considerada, que todas desean y buscan su amistad.

Sé que ha sido duramente increpada porque me demuestra cariño é interés; pero ella, con tanta modestia como dignidad, ha dicho que siéndole yo simpática y no habiéndola ofendido en cosa alguna, no hallaba motivo para dejar de tratarme.

Hermana mía, tenías mil razones cuando me recomendabas la amistad de esta ex-

celente joven. ¡Qué bien comprendes el mundo, y cuán agradecida te estoy! La amable Lucila se empeña en consolarme de la hostilidad general, y con una fuerza de raciocinio que sorprende en su corta edad, me asegura que llegará día en que toda esa gente me ame.

—La sociedad—me dice—es loca: detesta lo que ayer adoró, y dentro de un breve espacio estima y desprecia; si usted, amiga mía, sabe conceder a tiempo, ganará de nuevo todas las voluntades.

—¿Qué he de conceder, si nada me piden?

—Llegará día en que lo hagan: una linda labor, un traje nuevo, un dibujo, una pieza de música, excitan los deseos de todas las jóvenes de nuestra edad; antes de que lo pidan, ofrézcalo usted.

—¡Lo rehusarán! respondí tristemente.

—O lo aceptarán: hay tantas probabilidades de lo uno como de lo otro; mas en el caso en que lo rehusen, será con política y cortesía, y en ese caso no se dé usted por sentida; habrá día en que le pidan las mis-

mas que rehusan sus ofertas, y entonces hay que conceder sin rencor por las pasadas sinrazones.

—¿De modo—le pregunté—que se pueden volver benévolas las voluntades hostiles?

—Sin duda—contestó Lucila;—pero cuesta mucho trabajo, amiga mía, y así vale más no provocar hostilidades.

—Y cuando no se puede evitar, ¿qué se hace?

—Se puede siempre: para eso hay una regla fija que observar, sobre todo los seres débiles como yo.

—¿Cuál es esa regla?

—La de procurar hacerse amable á todos; la de complacer, escuchar, ayudar y servir á cada uno.

—¿Qué terrible trabajo!

—Aun es más doloroso el de sentir el peso de la animadversión general. Además, toda persona que no está dotada de un mérito relevante, que no posee un talento de primer orden, está obligada á este trabajo. —¿Cómo, sino así, se explican las

grandes simpatías que obtienen algunas personas completamente insignificantes, feas y pobres?

—¡Pero esos seres—exclamé—no son amados de nadie!

—Se equivoca usted—respondió Lucila;—conozco á una señorita, solterona, muy fea y muy escasa de bienes, que tiene los mejores amigos del mundo; de tal modo son buenos, que si los quisiera poner á prueba, los hallaria dispuestos á favorecerla.

Yo quedé suspensa, y casi puedo decir avergonzada de mi falta de talento. ¿Qué mal genio, enemigo de mi ventura, me habia conducido por el camino que debia llevarme á excitar la antipatía de cuantos me conocen?

—La estimable y simpática criatura de quien estoy hablando á usted—continuó Lucila—es de la edad de mi madre y amiga suya; y para ser amada de todos no ha empleado otros medios que la modestia, la complacencia y la bondad de corazón, medios que, créame, amiga mia,

son los mejores y más poderosos de todos.

—¡Oh! ¡Yo me corregiré de mi necia vanidad, Matilde! ¡Sí, yo me corregiré! ¡Ganaré de nuevo el terreno que he perdido, porque es muy triste ser el objeto de la antipatía de todos!

—Tambien he empezado ya á tratar á Andrés Sandoval con seriedad: me ha escrito una carta de amor, diciéndome que solo yo le agrado... Y ¿sabes lo que he hecho? Para prohibirme toda coquetería, toda debilidad, se la he dado á nuestra madre, que me ha abrazado y me ha llevado delante de nuestra abuelita, alabando las dos mi confianza y mi dignidad. Mamá ha leído la carta, y nuestra abuela mecía la cabeza al oír su lectura, en muestra de desaprobacion; terminada la lectura, mamá me ha hecho sentar delante de su *buró* y me ha dictado la siguiente breve contestación:

«Sr. D. Andrés de Sandoval.

»Muy señor mio: Ruego á usted suprima toda clase de exterioridades que signifi-

quen hacía mí una preferencia á la que no estoy dispuesta en manera alguna á corresponder; advirtiéndole que si vuelve á escribirme, su carta irá sin abrir á manos de mi respetable amigo el Sr. Doctor, padre de Agueda, á fin de que sepa que si usted tiene el triste valor de faltar así á su compromiso, no soy de ninguna manera cómplice de su deslealtad hácia una persona que amo y estimo.

»Soy de Vd. atenta S. S.

Q. B. S. M.,

Laura de Monteverde.»

Con la copia de esta carta finaliza la de tu

Laura.»

XII

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

¡Cuánto bien me ha hecho la lectura de tu última carta, hermanita mía! ¡Sí, mucho bien, porque nada es más triste que el sentir que se desestima á las personas que amamos!

Más que los honores, más que el rango, más que todas las riquezas de la vida, vale la pública consideracion, el decoro del nombre, el aprecio de la sociedad; y esto es tan positivo, que verás en el discurso de toda tu vida que hasta los seres más abyectos, hasta los que menos merecen la estimacion, la desean ardientemente, y es lo que más echan de ménos, por muchas dichas

aparentes y materiales de que estén colmados.

Piensa, pues, si estaré contenta de tí, y piensa de qué buena gana te abrazaría si tuviera la dicha de tenerte á mi lado; páreceme como que un grave peso se ha separado de mi corazón y como que respiro con más libertad.

Ante todo, te felicito por la carta de contestación á Sandoval, al cual no impide el ser un hombre de talento el ser también un hombre muy informal; no se debe jugar así con el corazón de la mujer, y es muy fácil que ocasione dos desgracias con sus veleidades.

Porque para premiar tu docilidad y la victoria que has alcanzado sobre tu amor propio, te diré, Laura mía, que en nada me extraña la preferencia de Andrés Sandoval hacia tí: cuentas ménos años que Agueda, eres más bonita, é hija y habitadora de ese Madrid elegante que ya conoce y ama el estudiante en Derecho; tampoco extrañaría que hubiera en tu corazón

alguna inclinación hacia él; pero ¿qué podrías esperar jamás de un marido que da muestras de tan poca delicadeza de corazón, que sin romper ni eludir el compromiso formal que tiene con otra mujer, se dirige á tí?

No tiene nuestra familia tan fuertes lazos de amistad con el Doctor y sus hijas, que pudiera rehusar el que fueras dichosa por atención á ellas; pero no es así tampoco como se puede aceptar un compromiso, y todo lo que había que hacer para esto, está de parte de Sandoval y no de la tuya.

El hombre debe saber lo que le corresponde hacer en todas las ocasiones de la vida; no es una ruptura repentina é imotivada lo que debería separar á Andrés de su prometida, no; es una explicación seria y leal con Agueda y con su padre, donde les diese un pretexto decoroso para no llevar adelante el pensamiento de esa unión; es, después, el llevar dos ó tres años de una vida de trabajo y de estudio,

hasta concluir su carrera con brillantez, y terminada ésta, pedir tu mano á nuestra madre; pero no romper con Agueda porque es rica, y galantearte á tí por pasatiempo y porque eres bonita, lo creo una indignidad, que podrá creerse frívola en la apariencia, pero que á mí me basta para calificar á un hombre. ¡Librenos Dios siempre de verte esposa de un semejante suyo!

Y ahora, Laura mia, si, como sospecho, has vertido algunas lágrimas en la soledad de tu virginal cuartito pensando en la carta que le has contestado para obedecer á nuestra madre, enjúgalas con la convicción de que, si ese hombre te quiere, su corazón le enseñará lo que ha de hacer para ganar el tuyo; porque á los hombres es bueno guiarles cuando hallan dificultades, que descubre antes que el suyo, nuestro instinto; pero no se puede conducirles por completo á través de las sinuosidades de la vida, ni la mujer debe aceptar ese papel, que trueca todas las leyes de la natu-

raleza, siendo ella un ser débil y que necesita ser dirigido por el que elija por compañero.

Vengamos ahora á los consejos, ó, por mejor decir, á los consuelos de Lucila, tan llenos de prudencia y de ternura. Conserva esa amiga, querida mia, como uno de los más inapreciables tesoros de la vida: la amistad es una flor delicada y rara, que se halla pocas veces en toda su pureza y hermosura, y que cuando la encontramos, debe cuidarse como un bien precioso.

Tiene razon esa encantadora niña: la sociedad es versátil, y hoy adora á los ídolos que ayer quemó; pero sin embargo, se acuerda de todo, y á cada falta nueva recuerda las que ya tiene contadas al desdichado que la ofende.

La brusquedad de modales, el desden y la soberbia es lo que proporciona más enemigos: un dia oí alabar en coro á una mujer como la más amable criatura que pudiera hallarse; solo una que permanecia callada dijo cuando todas cesaron de hablar:

--Pues no tiene palabra mala ni obra buena.

Un silencio glacial acogió esta observación mal colocada en medio de un entusiasmo general, y no faltó quien la achacase á envidia; muchas miradas frías y hasta acusadoras se fijaron en la que había pronunciado aquellas palabras; pero ella sostuvo impávida la muda aunque terrible protesta de la asamblea, y añadió:

--Lo repito: esa persona no tiene palabra mala ni obra buena.

Entonces se levantó el coro de las defensoras, y cada una dijo lo más duro ó lo más burlon que se le pudo ocurrir en aquel momento.

--Yo no he pedido nunca á esa señora que se sacrifique por mí, dijo una.

--Ni yo, añadió otra: es amable y dulce en su trato, y esto me basta.

--No se parece á las que acusan á todo el mundo, observó una tercera.

--No conoce la envidia.

--No sabe más que alabar.

--A lo ménos excusa, y si ni aun esto puede, se calla.

--¡Es tan benévola, tan amable!

La desdichada á quien así contradecían todas las demás señoras presentes, tomó el partido de retirarse, lo que hizo con ademán altivo y desdeñoso, que redobló la hostilidad no bien salió del salón, cebándose todas en ella con un placer poco digno de emulación y llamándola *envidiosa, murmuradora y enemiga de toda alabanza*.

Sin embargo, aquella dama había dicho la verdad; la persona de que se trataba no tenía *palabra mala ni obra buena*; pero era sumamente amable y dulce, y jamás decía nada desagradable, nada en contradicción con la opinión general. El luchar contra la corriente trae inconvenientes muy graves, y si no te recomiendo una complacencia servil, te aconsejo, hermana mia, que evites el decir verdades amargas, por nadie agradecidas, por todos acusadas, y cuyo esclarecimiento no ha de servirte de nada, á no ser para proporcionarte enemigos.

Descendamos ahora, por conclusion, á otra cosa que parece secundaria y que no lo es en manera alguna: á la cuestion del atavío de tu persona, que han de admirar sin dar lugar á la crítica, único medio de excitar por medio de él las simpatías de las demás mujeres.

No gastes jamás lo que no esté en armonía con tu fortuna y con la posicion de tu familia; los alardes de ostentacion son odiosos; una gran sencillez y una gran elegancia reunidas, hé aquí la norma de tu traje; una gran modestia y una extrema benevolencia, hé aquí lo que debe ser la regla fija de tu conducta.

Matilde.

VIII

LAURA A MATILDE

«VALDEPAZ, 18...

Paréceme que de algunos dias acá he adelantado un poco de terreno, y estoy loca de alegría; para debilitar la mala impresion que mis anteriores imprudencias habian producido, he estado algunos dias sin salir de casa; me hallaba indispuesta á causa de la profunda tristeza de mi espíritu, y solo salí el domingo para ir á misa muy temprano.

Mi eclipse total llamó la atencion, y preguntaron á Lucila qué era lo que me sucedia, y si habia resuelto desaparecer del

todo, desdenándome de tratar con miseros mortales.

—Nada de eso, respondió Lucila. Laura está enferma.

—¿Enferma? Acaso se le habrá indigestado la vanidad, dijo una de las jóvenes, pues esta conversacion tenía lugar en la reunion del domingo.

Segun me han dicho, Lucila miró con una tristeza mezclada de asombro á la que así le hablaba, como si no hubiera alcanzado á comprender aquella hostilidad, y guardó silencio.

—En verdad, dijo otra de las jóvenes, que no debíamos ni aun enviar un recado de atencion. Laura no nos hace caso alguno.

—¿Qué es hacer caso? ¡Nos desprecia!

—Señorita, repuso Lucila, están ustedes en un error; Laura no desprecia á nadie; por el contrario, hace de todas ustedes una gran estimacion.

El silencio siguió á estas palabras, pudiendo Lucila conocer que habian causado

gran efecto. Esta jóven se deja ver pocas veces en las reuniones de los domingos; pero es muy estimada de todos, aunque su humilde posicion la separa de las diversiones. Su distinguida educacion, el amor que profesa á su madre, su elegancia en el vestir, le han conquistado la simpatia, difícil de adquirir, de todas estas muchachas superficiales y maliciosas; porque ya he llegado á comprender, hermana mia, que la bondad del corazon, la dulzura y elevacion del carácter y la pureza de las costumbres, enamora y atrae hasta á las personas que hacen alarde de despreciar todo esto.

Lucila es además tan primorosa en toda clase de labores, que todas las señoritas del pueblo acuden á ella cuando desean hacer alguna, ya para que les proporcione modelos, ya para que las ayude y las dirija con sus consejos.

Algunos dias despues de haberme defendido Lucila tan generosamente, vino á verme, y yo, que sabía lo que habia hecho en mi obsequio, pues no faltó quien vinie-

se á contármerlo, la abracé, dándole gracias con toda la efusion de mi alma.

—Creo, en efecto— me dijo con dulce dignidad, — que algo he suavizado el mal concepto que de su carácter de usted tienen aquí; y es tan verdad, que para una excursion al campo que tratan de hacer las cuatro ó cinco familias de más posición en el pueblo, van á invitarla á usted con su señora madre.

—¡Ay, Dios mio!— exclamé llena de terror; — ¡cuánto más quisiera que no se acordasen de mí; porque si algo les disgusta de lo que haga, volverán á ser mis enemigas!

—Mi querida Laura— me dijo mi amable defensora, — tan malo es el tener demasiada confianza en sí propia, como el no tener ninguna; yo he dicho que usted amaba con pasion el campo, y he hecho todo lo posible para que la inviten.

—No les agradezco semejante favor... ¿Pero usted irá tambien?

—No, amiga mia: tengo que terminar

precisamente una obra de bordado lo más pronto posible.

—¿Y no iría usted de buena gana?

—Con el mayor placer; adoro el campo, pero el deber es primero que todo.

—Mi madre irá á convencer á la de usted para que la permita venir.

—Mi buena mamá tiene ya por sí misma grande empeño en que vaya; soy yo quien lo rehusa, y no es necesario que la de usted oiga de mis labios una negativa que me sería muy sensible.

—Entonces, yo tambien voy á negarme.

—No haga usted semejante cosa; antes bien, procure usted que desaparezca esa muralla que la separa de todas las jóvenes de su edad; vaya usted, y sea cordial, amable, sencilla: en una palabra, rehábilitese usted á los ojos de todos, pues ha de saber usted que han hecho una apuesta conmigo.

—¡Una apuesta!

—Si; esperan hallarla á usted insoportable, y es preciso que las dé un chasco; la prueba será larga y difícil, pues la invita-

ción se hará, no para una comida, sino para ocho días.

En efecto, Matilde, la invitación ha llegado hoy; vamos á pasar ocho días á la casa de campo del Marqués de*** una parte de las gentes que residimos en este pueblo y que formamos la sociedad de la casa; despues, en segundo turno, irán los demás.

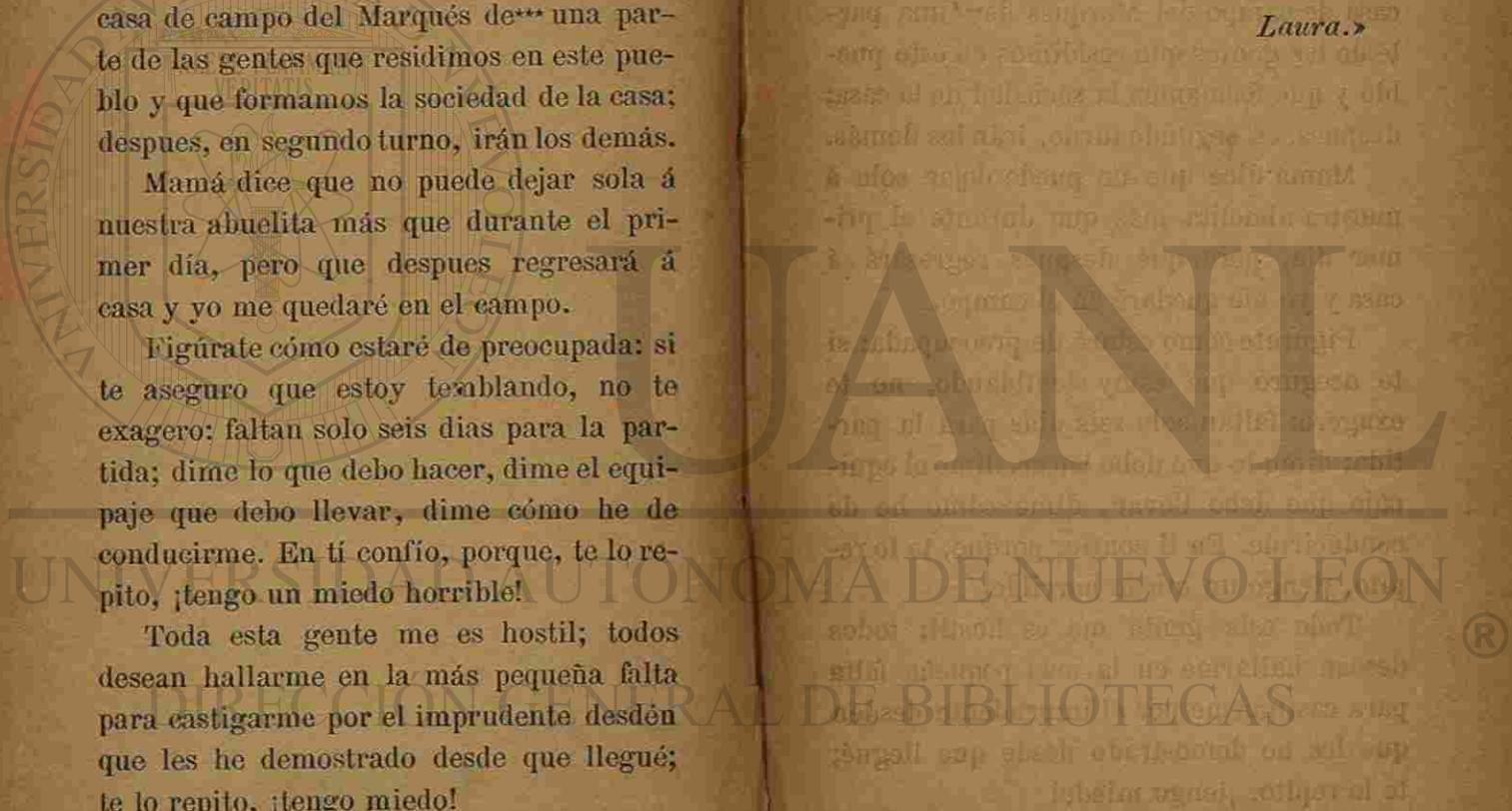
Mamá dice que no puede dejar sola á nuestra abuelita más que durante el primer día, pero que despues regresará á casa y yo me quedaré en el campo.

Figúrate cómo estaré de preocupada: si te aseguro que estoy temblando, no te exagero: faltan solo seis días para la partida; dime lo que debo hacer, dime el equipaje que debo llevar, dime cómo he de conducirme. En tí confío, porque, te lo repito, ¡tengo un miedo horrible!

Toda esta gente me es hostil; todos desean hallarme en la más pequeña falta para castigarme por el imprudente desdén que les he demostrado desde que llegué; te lo repito, ¡tengo miedo!

Adiós, hermana mia; espero tu carta con ansiedad: haz que no tarde, y tu prontitud en contestarme será un nuevo motivo de gratitud para tu hermana, que te abraza.

Laura.



XIV

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

Me apresuro á escribirte, según deseas, á fin de tranquilizarte. Ten valor, pues tanto daña la timidez excesiva como el gran atrevimiento; la vanidad es odiosa, pero la dignidad es muy bella y realza el mérito de la persona que la posee.

No hay nada peor que estimarse en poco; para que nos respeten es necesario que empecemos por respetarnos nosotros mismos, sin lo cual no lograremos jamás la estimación ajena.

Pasemos á hablar del asunto que te preocupa tanto. Toda invitación debe aceptarse con un sentimiento de gratitud que nos

predisponga á mirar con benevolencia lo que nos ofrecen; no se puede llevar un humor displicente á ninguna parte, y ménos á una partida de campo. Procura hallarlo todo bien, todo bueno; la casa, el jardín, el aposento que te destinen, los criados que te sirvan, todo cuanto te rodee, en una palabra: adopta completamente los usos de la casa para las horas de levantarse, de comer y de acostarse, trata de causar á los que te albergan la menor pena posible, conformándote con sus costumbres, y evita á los criados todos aquellos servicios que tú misma puedas prestarte; no les des encargos importunos, no reclames á cada instante sus cuidados; no dejes tu aposento en un estado de desórden que les haga murmurar; mancha lo ménos posible el pavimento y los muebles; obra, en una palabra, con una prudencia y una discrecion más grandes que de ordinario, y bajo el pretexto de hallarte en casa de personas opulentas y de que sus criados están pagados para servir, no te dejes llevar de tus caprichos.

Esta moderacion, esta dulce modestia en las costumbres de cada día, te conquistarán las simpatías del ama de la casa y las de los criados, que tampoco son de despreciar, pues ellos publican lo mismo lo malo que lo bueno, y ayudan más de lo que nos figuramos á la buena ó mala fama de una persona con la atmósfera que crean.

Sé económica con los objetos que pongan á tu disposicion; no enciendas muchas bujías en tu cuarto; no gastes con exceso agua de Colonia y jabon de tocador; no cojas en el jardín ni flores ni frutas, á ménos de una invitacion expresa, pues se puede muy bien disfrutar de la libertad y de las delicias del campo sin salir de los límites de la buena educacion que se observa en la ciudad.

Sucede algunas veces que la alegría comunicativa de los demás inspira á las jóvenes una animacion de la que es forzoso desconfiar; el aire libre, las bromas, las carcajadas, producen una suerte de embriaguez, y entonces vienen los juegos turbu-

lentos, se trastorna todo en la casa, se abandona cada uno á una especie de locura, y con frecuencia resultan querellas.

¿Crees acaso que los dueños de la casa se complacen en esta grosera alegría?

¿Crees que les gustá el ver sus muebles desarreglados, sus armarios abiertos, sus alfombras manchadas de agua y polvo, sus flores destrozadas y sus caballos maltratados? La buena educacion les obligará acaso á sonreirse; pero en el fondo de su ánimo reinará el descontento y desearán que se aleje lo antes posible la alegre turba de sus amigos.

Espero, mi amada Laura, que cuando veas estallar esa alegría ruidosa, sabrás quedarte un poco apartada de ella, sin afectacion, pero sin dejarte arrastrar ni por el ejemplo, ni por las instancias de los demás; sepárate de las jóvenes que se divierten así, y aun á riesgo de *reir un poco menos*, no te expongas ni á bajar del pedestal de castas flores en que debe apoyar su planta una jóven, ni á disgustar

á tus huéspedes. En esas ocasiones es cuando debes demostrar cierta dulce firmeza, y hasta cierta entereza de carácter. No es en la belleza del rostro y del talle, no es en llevar un traje de más ó menos precio, donde se debe apoyar la vanidad. El pudor de una jóven es una flor delicada, un cristal purísimo, que la más leve sombra empaña para siempre; y sin hacer una ridícula ostentacion de severidad, se puede huir de ciertas cosas que, á la verdad, no están, aunque sean agradables á primera vista, más conformes con el buen tono que con la pura moral cristiana.

Lleva al campo bastante cantidad de trabajo, á fin de no ser molesta á los dueños de la casa y á tí misma los dias de lluvia y durante las horas que hayas de pasar en tu aposento; es de buen gusto el que las señoritas ofrezcan á la señora de la casa alguna obra de bordado ó de tapicería como recuerdo agradecido de la amable hospitalidad que reciben; para esto hallarás bellísimos modelos en los periódicos de modas.

Sin embargo, sería muy feo y de muy mal gusto hacer ridícula ostentación de una laboriosidad incesante; el trabajo se debe dejar para aquellas horas en que todas las señoras se ocupan igualmente, ó para aquellas en que la libertad individual que se disfruta en una casa montada bajo el pié de una grande opulencia, destina cada uno á la soledad de su cuarto; mas por la noche, cuando se hace música, se baila, se lee, se conversa ó se toma té, sería ridículo y descortés aislarse con un bordado para hacer alarde de aplicación.

No me es posible continuar, hermana; una amiga enferma reclama mi compañía; pero esta noche, en tanto que la estoy velando, continuaré hablándote acerca de este asunto y te remitiré otra carta por el correo de mañana. Hasta la noche, pues. Te abraza de todo corazón tu.

Matilde.»

XV

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

Continúo, sin separar los ojos de la pobre enferma, que se halla adormecida, mis consejos, para que tu estancia entre las personas que te han invitado les sea agradable, y sientan cuando te ausentes de su lado.

En todas las situaciones de la vida, mi amada Laura, lo que has de procurar ante todo es el no ofender á nadie; no hay enemigo pequeño, ni amigo inútil: así, pues, no quieras singularizarte con perjuicio de los demás, y si sobresaes, que sea por alguna cosa buena y útil para los otros.

En la intimidad con que se vive en el

Sin embargo, sería muy feo y de muy mal gusto hacer ridícula ostentación de una laboriosidad incesante; el trabajo se debe dejar para aquellas horas en que todas las señoras se ocupan igualmente, ó para aquellas en que la libertad individual que se disfruta en una casa montada bajo el pié de una grande opulencia, destina cada uno á la soledad de su cuarto; mas por la noche, cuando se hace música, se baila, se lee, se conversa ó se toma té, sería ridículo y descortés aislarse con un bordado para hacer alarde de aplicación.

No me es posible continuar, hermana; una amiga enferma reclama mi compañía; pero esta noche, en tanto que la estoy velando, continuaré hablándote acerca de este asunto y te remitiré otra carta por el correo de mañana. Hasta la noche, pues. Te abraza de todo corazón tu.

Matilde.»

XV

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

Continúo, sin separar los ojos de la pobre enferma, que se halla adormecida, mis consejos, para que tu estancia entre las personas que te han invitado les sea agradable, y sientan cuando te ausentes de su lado.

En todas las situaciones de la vida, mi amada Laura, lo que has de procurar ante todo es el no ofender á nadie; no hay enemigo pequeño, ni amigo inútil: así, pues, no quieras singularizarte con perjuicio de los demás, y si sobresaes, que sea por alguna cosa buena y útil para los otros.

En la intimidad con que se vive en el

campo, una jóven se halla obligada á una grande atencion sobre sí misma; á cada instante, en el comedor, en una escalera, te puedes hallar con alguno de los convidados del sexo fuerte. Trata de que no se multipliquen esos encuentros: cuida de llevar contigo, al salir de tu cuarto, el sombrero, la manteleta, la sombrilla, la cesti-lla de la labor, y deposita todos estos objetos en la antesala, donde los hallarás al necesitarlos, sin volver á tu habitacion: evita, en fin, las ocasiones de dejar el salon donde estén todos, y si la casualidad te hace encontrar á alguno de los huéspedes, no te muestres ni familiar ni confusa; saluda y pasa.

No te pasees sola ni en el jardin ni en el campo; vela, en una palabra, sobre tu reputacion, tesoro precioso de una niña bien nacida y bien educada.

No te apures, no llores porque tu equipaje sea reducido y modesto; pocos vestidos y bien hechos bastan; que todos sean muy sencillos y muy sin pretensiones, co-

mo conviene á una jóven sin fortuna, pero que las telas sean apropiadas y la hechura irreprochable.

Dos batas de percal listado, para levantarse; un traje de lana gris, para el campo, con paletó ó manteleta igual, y para la reunion de la noche uno blanco de muselina y otro listado de sedalina ó fulard, bastarán para que te presentes siempre vestida con buen gusto y elegancia; además llevarás un vestido de seda negro para ir á la iglesia ó para devolver alguna visita si tienes que acompañar á la señora de la casa; un traje de seda negro es la representacion de la elegancia modesta y graciosa, y nada hay que sea á la vez más útil y más distinguido.

Que te hallen siempre pronta á secundar todos los proyectos de paseos, de excursiones, de conciertos y de bailes: para ser amada es preciso ser amable; la simpatía nace espontánea, pero no resiste á la displicencia del carácter, á la frialdad de los modales, al temple helado y egoísta

del alma; canta y toca el piano cuando te inviten á ello; acompaña de buena voluntad á los demás que canten, si no hay quien lo haga, y no desdeñes tampoco el tocar para que bailen, si esto puede contribuir á la complacencia general.

Si agrada á alguna otra señorita la hechura de tu traje, el dibujo de tu tapicería, la pieza de música que has ejecutado, el crochet en que ocupas tus dedos á ratos perdidos, ofréceselo con buena voluntad, con una cordialidad sincera, y ayúdala á vencer las dificultades que se la ofrezcan; ella te devolverá ese pequeño servicio y acaso algún otro mucho mayor; siendo, en último caso, la complacencia un bien que ponemos á interés, y cuyo rédito es seguro por el placer que se siente al servir de algo á los demás.

Es muy fácil hacerse amar, pero más fácil todavía hacerse detestable, desgracia terrible y á veces sin remedio; para lo primero basta la benevolencia, la amabilidad y el deseo de complacer; para lo se-

gundo ayudan mucho la vanidad, la presunción y el desdén con que miramos á los otros.

Si alguna cosa merece la pena de nacer y la fatiga de morir, es el saber inspirar afectos verdaderos y el sentirlos.

Mas para eso, ¿qué de tolerancia se necesita, qué de abnegacion, de complacencia, de sufrimiento!

Es imposible ser completamente amable cuando no se está dotada de una grande benevolencia natural; todos los esfuerzos que se hagan son inútiles: si estos esfuerzos encubren un fondo de acritud y de sequedad, este fondo sale en todas ocasiones, por mucho talento que se tenga.

Busquemos los medios de *obligar* á los que nos rodean; no desdeñemos ninguna de esas pequeñas atenciones que son imposibles de enumerar, pero que nos conquistan y nos guardan el corazón de nuestros amigos.

Sobre todo, Laura, no olvides que todos tendrán la vista fija en tí; que te han con-

vidado para estudiar tu carácter; sé sencilla, benévola, bondadosa; son tus únicas armas para luchar con la maledicencia que has provocado, y lo que has perdido lo tienes que recuperar á fuerza de poseer las cualidades opuestas á los defectos que te han hecho temible.

De esta prueba depende el que te hagas querida á todos, ó á todos antipática; y aunque te cueste algun esfuerzo el conseguir captarte la benevolencia, te ayudará para conseguirlo el buen deseo que manifiestas y que veo claro en el contenido de tus cartas.

Adiós, hermana mía; ten confianza en tí misma y diviértete; la alegría es á tu edad bella y natural; una jovencita triste es una triste anomalía en la naturaleza; la virtud es risueña, suave y encantadora; si nos la pintaran con sus verdaderos colores, todas las mujeres la adoraríamos.

Matilde.

XVI

LAURA Á MATILDE

«VALDEPAZ, 18...

¿Cuándo y de qué modo te pagaré yo, hermana mía, el bien que me has hecho? ¡Ah! ¡La persona que nos instruye, que nos guía por la senda del deber, nos da más que la vida!

¿Qué es la vida material, en efecto, comparada con esa otra que nos encamina á las regiones del afecto, de la amistad y de la simpatía?

Tu Laura de hoy no es ya la que todos han conocido, y aquella cuyo carácter altanero y desapacible te mortificaba, no; esta Laura en nada desea asemejarse á la otra,

y creo que es tan distinta como si hubiera vuelto á nacer.

Desde que yo me estimo en poco, todos me estiman en más de lo que valgo; por más que se hable mal de la sociedad, hay en ella como un instinto de rectitud y de justicia que conoce siempre la verdad, que penetra los pliegues del corazón y hasta los del pensamiento. ¿Cómo toda esta gente ha comprendido la variación que tú has dado al mío? ¿Cómo ha comprendido la distinta dirección de mis ideas y de mi espíritu? No puedo explicarlo, y sin embargo siento el beneficio de que es verdad.

Las madres no me temen, las hijas no me envidian, los hombres se acercan á mi con más respeto y á la vez con más confianza, y la simpatía que logré conseguir durante la estancia en el campo, donde seguí puntualmente tus consejos, la conservo aquí, en este pueblo donde tan amarga había llegado á ser mi vida.

Volvimos todos, y aquí siguen manifestándome afecto y simpatía, pues yo pro-

curó á mi vez ser modesta y complaciente.

Ahora veo poco á Lucila; me convidan á todas las pequeñas fiestas á que ella no puede asistir por su vida ocupada y trabajosa; la pobre niña no deja su bordado de la mano, pero es dichosa; ama y es correspondida; desde la infancia ama á un primo suyo, marino, que le es fiel, y con el cual se casará.—¡Qué bella y qué pura es la vida de esta jóven, llena por el amor que profesa á su madre y á su prometido, y por un trabajo asiduo! ¡Si yo fuera capaz de envidiar alguna cosa, envidiaría esta apacible existencia, enteramente consagrada al trabajo, al deber y á la piedad!

Lucila va á misa por la mañana muy temprano, y yo la he visto algunas arrodillada y rezando en un ángulo de la iglesia; su dulce y juvenil figura lo parece mucho más, vestida modesta y casi pobremente de negro; su rubia y graciosa cabeza, inclinada sobre su libro de oraciones, apenas se distingue más que de medio perfil; de vez en cuando la veo cerrar el devo-

cionario y elevar al cielo su plácido rostro revestido de una expresión celeste.

—¿Por quien rezas con tanto fervor?—le pregunté un día.

—¿Por mamá y por él!—me respondió.

—¿Y por tí, no?

—Nunca me acuerdo de eso. ¿Acaso pensando por los que amo, no pido también por mí? ¿Si ellos muriesen, moriría yo!

—¿Te acuerdas de tu primo?

—Como si estuviera delante de mis ojos.

—¿Cuánto hace que no le ves?

—Cuatro años.

—Luego tenías tú cuando él se marchó...

—Doce.

—¿Y te escribe?

—Siempre que viene correo de América, recibo un paquete que contiene diez pliegos de letra menuda.

—¿Y tú?

—Yo le escribo todos los días una página antes de acostarme, contándole mis impresiones del día, que traducidas dicen esta frase: «Te amo.»

—¿Y no piensas en que te puede ser infiel estando tan lejos?

—¡No! ¿Y por qué había de serme infiel? ¿quién le amará más que yo?

—¿Y si te olvidara?

—No puede ser.

Esta sublime confianza me admiró; ella comprendió en la expresión de mi rostro lo que pasaba en mi interior, y tomándome la mano me dijo con una dulce y bella sonrisa:

—Mi querida Laura, cuando el amor es libre, es más durable, y cuando es verdadero, es eterno; ¿por qué he de amargar yo el dulce recuerdo que él tiene de mí, con reconvenções, con desconfianzas, con sospechas que tengo la seguridad de que son infundadas?

—Pero ¿y si no te ama?

—Si no me amase ya, ¿me escribiría todos los días cuatro páginas? ¿le escribiría á mi madre?

—Así y todo, puede serme infiel.

—¡Oh! Laura—exclamó Lucila echando-

me los brazos al cuello; — ¡si eres mi amiga, no me quites estas ilusiones que son mi vida. ¡Si me engañase mi primo, el amigo de mi infancia, el esposo elegido por mi corazón, me moriría de pena! Sí, ¡no podría sobrevivir á un desengaño que desgarraría mi corazón! ¡Pero hoy no creo posible que llegue! ¡él me ama! ¡una cadena eléctrica une su alma á la mía! Y yo, además de la dicha de ser amada, cuento por mucho la de amar!... ¡soy tan feliz queriéndole, pensando en él! ¡Mi pensamiento vuela siempre en torno suyo como pajarillo que ha perdido el nido! No sé si él me querrá como yo; pero sé que le amo con toda mi alma, y la mayor parte de mi dicha consiste en creerlo digno de mi cariño!

Esta sublime confianza, esta ternura serena, firme, noble y grande, me han llenado de admiración. Yo quisiera amar y ser amada como Lucila, hermana mía! Pienso que es tan grande dicha lo uno como lo otro. Si he de casarme algún día, será solo amando así: el matrimonio creo que no debe

apoyarse solo en el amor, sino en la mútua estimación, en la confianza recíproca.

¡Cuánto he variado en mi modo de pensar, gracias á la dulce influencia de tu cariño, á la prudente severidad de tus consejos! ¡Ah! ¡Bien puedo terminar esta carta como la empecé, porque es el pensamiento que domina en mi corazón!

¡Cuándo podré pagarte todo lo que te debo? ¡Haciéndome mejor de lo que era, me has hecho mucho más feliz! Dios te bendiga, como se lo pide tu amantísima

Laura.»

XVII

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

Nuestra madre me escribe dándome una noticia que no me ha sorprendido gran cosa: ésta es que Andrés Sandoval ha tenido una explicación con el médico y con su hija y que ambos le han eximido del compromiso que tenía adquirido de casarse con Agueda.

Por los informes que yo había tomado, preveía que esto iba á suceder. Andrés te ama; él mismo me lo ha escrito, pues desairado en sus pretensiones hácia tí por nuestra madre, hace tiempo que su padre me escribió, y desde entonces padre é hijo están en correspondencia frecuente conmigo.

Sin embargo, que no se enorgullezca tu

amor propio; á Sandoval le ha costado poco trabajo el romper definitivamente con Agueda; esta jóven, á pesar de sus apariencias de pedante, tiene un juicio sólido, un verdadero talento y una gran dignidad; desde que se vió olvidada por tí, el amor tierno y sincero que profesaba á Sandoval se fué disminuyendo, y poco á poco se ha extinguido como una llama falta de alimento; no puede ella comprender sino el amor completo, exclusivo, y solo á ese puede corresponder; así me lo ha escrito su padre, el buen doctor, al que conocí en París, á donde él hizo un viaje hace algunos años, y trajo para mi marido cartas de recomendacion.

Perdona, mi querida Laura, el que te haya callado esta circunstancia; si te la hubiera dicho antes, te mortificaría al saberla: tampoco he querido que supieras que Sandoval había buscado un apoyo á su amor en mi influencia contigo, porque deseaba que tuvieras toda la posible libertad de accion.

Y bien, hermana mia, ¿qué es lo que piensas hacer ahora? ¿Qué es lo que te aconsejan la delicadeza y la dignidad? En esta ocasion no quiero aconsejarte; quiero que me digas tú lo que piensas hacer, ó lo que ya has hecho, porque creo que á tu buen juicio no puede ocultarse la premura de dar algun paso muy necesario.

Nuestra madre no te dirá tampoco nada; ella, como nuestra anciana y respetable abuela, como yo, esperamos que tu corazon y tu lealtad no han de necesitar consejos, sino aprobacion por una conducta noble y digna.

Dejemos esto por hoy, y hablemos un poco de mí y de mis niños; no te puedes imaginar cuántas y cuán varias son las ocupaciones que me rodean. Yo sola educo á mis dos hijos; en París los colegios buenos son muy caros, y ya sabes que yo vivo solo de la modesta pension que me ha dejado mi marido, y de dar algunas lecciones de pintura en mi casa.

Tu sobrina Irene no tendrá jamás otra

preceptora que su madre; yo, que si hubie-
ra quedado viuda y sin hijos, hubiese bus-
cado una colocacion para institutriz, ¿no
he de saber educar á mi hija? Poseyendo
bastantes conocimientos para educar niñas
que fueran extrañas, ¿no habian de bastar-
me para la mia? Mi modestia sería excesiva
si lo dudase.

Lo mismo me sucede respecto de mi
hijo. Raimundo, de edad de seis años hoy,
puede aún tomar mis lecciones durante
cuatro más: no hay criaturas más dóciles
ni más tiernas que mis dos hijos, y es
acaso porque el cariño maternal suaviza
la aspereza de los preceptos que les im-
pongo para educarlos.

Mi vida es ocupadísima, casi fatigosa, y
sin embargo, es muy feliz: me levanto
muy temprano y ayudo á vestir á mis dos
ángeles; tomo parte en su tocador, aun-
que les acostumbro á servirse á sí propios
todo lo posible; en tanto que ellos repasan
sus lecciones, arregló yo mi pequeña vi-
vienda, ayudada de una aldeanita que nos

sirve por poco precio; doy una vuelta al
comedor, á la cocina, y paso á todo la
ojeada del ama de casa; á las once almor-
zamos; Irene se pone á coser, ó se ocupa
de alguna labor de crochet, y Raimundo
estudia la Geografía y la Historia; de la
una á las cuatro tengo mis lecciones de
pintura; mis hijos, sentados en un ángulo
de la sala donde están los caballetes, no res-
piran ni se mueven, para no molestar ni
á mí ni á las discípulas, pero atienden á
mis explicaciones y sonrien á aquellas; de
las cuatro á las seis, dan ellos sus leccio-
nes; les enseño pocas cosas á la vez y en
pequeñas dosis; dejamos para las prime-
ras horas de la noche la música y la con-
versacion; á las seis comemos, y en el
buen tiempo les llevo una hora á paseo.

Peró mis horas felices son las de la ve-
lada; estudiamos la música, cantamos,
charlamos; mi hija lee un poco en voz
alta, y su hermano arregla la brida de su
caballo de madera; á las diez tomamos té,
que Irene hace bajo mi direccion, y que

sirve con mucha gracia á su madre y á las pocas personas que alguna noche nos acompañan; es bueno el acostumbrar desde temprano á las niñas á las buenas maneras, y á la elegante cultura que la sociedad exige y que aprecia en alto grado.

La sirvienta acuesta á mis hijos después que se toma el té; y la tertulia, que empezó á las nueve, es decir, á la hora en que ellos terminan sus lecciones, concluye á las doce, á cuya hora voy á buscar un sueño reparador.

Como solo me acompañan algunas personas las veladas de los martes, los demás días empleo esas horas de sosiego en la costura; las noches de los domingos llevo á mis hijos al teatro ó á casa de una amiga donde hay otros niños. Esta es mi vida, que pasa apacible, aunque severa y trabajosamente, entre Dios, mis hijos y la ocupación continua.

Pero ¡qué dulce vejez me espera! ¡Cómo mis hijos anhelan ya *ser grandes para hacerme mejor compañía y ganar dinero*

para que yo no trabaje! ¡En la profunda mirada de este niño de seis años brilla ya una ternura, una gratitud, un amor tan inmenso para su madre, que me responde de todo un largo porvenir de dicha infante!

¡Oh Laura! si algun dia eres madre, separa de tí lo ménos que puedas á tus hijos! ¡sé su amiga, su compañera, y serás tierna, profunda y eternamente amada!

Matilde. »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII

LAURA A MATILDE

«VALDEPAZ, 18...

Ni por un instante, mi querida hermana, he vacilado en lo que, á mi parecer, debia hacer respecto de Andrés Sandoval. Al noticiarme nuestra madre su ruptura con la hija del médico, que él mismo le participó, le dije mi intencion de escribir á Agueda ó de pedirle una entrevista, á fin de saber por ella misma si este suceso influía en su vida de un manera violenta y que la proporcionase un verdadero pesar.

Esto debe ser lo que todos esperábais de mí, porque mamá me abrazó y alabó la nobleza de mis sentimientos: si he obrado bien, te aseguro que lo he hecho natural-

mente, y que lo hecho es lo primero, ó mejor dicho, lo único que se presentó á mi imaginacion.

Nuestra madre me preguntó si yo sentía amor hácia Sandoval, y yo le dije con toda lealtad que si era amor el pensar en una persona á todas horas, seguramente le amaba, y que no conocía otro sér con el cual quisiera pasar mi vida, fueran alegres ó tristes las horas de que Dios quisiera formarla.

—En ese caso—dijo mamá—mañana iremos las dos á casa del doctor, y tendremos una conferencia con él y con su hija; sin embargo, mi querida Laura, sabe que no consentiré te cases antes de cumplir diez y ocho años; pasarán dos á lo ménos, en cuyo tiempo Andrés y tú podeis conocer si verdaderamente os amais; debemos tambien esta dilacion á la dignidad de nuestras relaciones con la familia á la cual debia enlazarse ese jóven; si Agueda está triste, si su salud se altera, si descubrimos en su alma alguna pena secreta que ha disfrazada-

do por orgullo, ereo que desistirás de esa union hasta que ella encuentre en otra la felicidad y el sosiego. Porque tú, hija mia, no eres culpable por amar á Sandoval: el corazon no se manda; pero lo serías, y mucho, al fundar tu dicha en las ruinas de la ventura de otra desgraciada jóven: lo mismo tú que Sandoval sois bastante jóvenes para esperar á saber lo que pasa en el corazon de Agueda, y esos dos años de dilacion son precisos para saberlo. Ya ves que no me opongo á una union que puede hacerte dichosa, por vanos y rutinarios escrúpulos: no tienes tú la culpa de haber amado á un hombre que creía amar á otra, ni él la tiene tampoco de haberte amado despues de contraído con otra un formal compromiso: en esas contrariedades, en esos inesperados juegos de la suerte, que algunos llaman fatalidad, veo yo casi siempre los designios de la Providencia; pero así como no creo que debas renunciar á ser dichosa por aprensiones exageradas que nadie te habia de agradecer, así tampoco quiero que

cedas á una precipitacion indigna, y que podia ser inhumana para esa pobre jóven.

Así me habló nuestra madre. Así seguramente me hubieras hablado tú, Matilde; por la tarde fuimos ambas á casa del doctor.

En tanto que mamá hablaba en un ángulo de la estancia con este digno padre, Agueda y yo, retiradas en el opuesto, hablábamos tambien; yo la insté á que me abriese confiadamente su corazón, asegurándole que nada me costaría renunciar á lo que ella amase, y que deseaba me dijese si era cierta la ruptura de sus relaciones con Sandoval.

—Sí—me contestó,—mi querida Laura; la ruptura es cierta, y debo añadir que hace largo tiempo la deseaba yo: las veleidades de Andrés cuando usted llegó aquí me disgustaron de él y rebajaron mucho la estimacion en que le tenía; lo encontré superficial y ligero y empecé á pensar que yo, que tengo el carácter grave y entero, iba á ser condenada al papel de superior

en todas las circunstancias de la vida; este papel no me agrada, ni me parece natural ni aceptable para la mujer, que debe ser protegida por todos, y ante todos por su esposo; cuando supe la digna manera de obrar de usted y la carta que le dirigió, esto hizo nacer en mí alma una viva simpatía hácia usted, pero no hácia él. Andrés me pareció indigno de las dos, é imposible para mí. Hoy no le amo, y aunque le amase mucho, no me casaría con él, porque no le estimo nada; y se puede casar una mujer con un hombre á quien ame poco, pero no con un hombre á quien no estime altamente. Puede usted, pues, admitir las protestas de su cariño, en la seguridad de que Sandoval es ya para mí del todo indiferente.

—Mientras usted no se case—le dije estrechando su mano,—yo no me casaré tampoco.

—¿Y por qué? Acaso yo permaneceré toda mi vida soltera; no tengo gran vocacion al matrimonio; y si acaso algun dia elijo marido, será algun sabio, aunque sea

viejó y excéntrico; el talento me enamora, y la superioridad es lo único que me domina.

Así seguimos hablando durante algun tiempo; el doctor dió á mamá las mismas seguridades, y le dijo que su hija hacía ya tiempo que miraba á Sandoval con la más perfecta indiferencia, y que, á su parecer, jamás le habia amado, siendo sus caracteres y sus gustos del todo distintos.

Te confieso, Matilde, que mi amor propio se halla bastante herido: ¿he de aceptar yo lo que Agueda desdeña de tan buena fé y con tanta serenidad de ánimo?

¿Será un lazo que me tienda para que mi vanidad se ofenda? ¡Pero no, no se debe renunciar á la esperanza de ser dichosa por estas vanas suceptibilidades! No; la felicidad legítima es una cosa sagrada, y la sola que se debe buscar. Agueda y Sandoval no se convenian; es ella demasiado varonil, es él demasiado sentimental para que se entendieran bien; yo valgo mucho ménos que ella, y sé lo poco que valgo, por lo

cual mi orgullo y el de Andrés no chocarán jamás

Pero ¿á quién debo lo que hoy puedo llamar mi modestia? ¡Ah! ¡solo á tí, á tí, que me has enseñado el camino de la moderacion, y por lo mismo el de la felicidad!

Laura. >

XIX

MATILDE A LAURA

«PARIS, 18...

No discutamos ya la conveniencia de aceptar tu compromiso de corazón con Andrés Sandoval; le amas, y ante esta razón callan mil pequeños escrúpulos que así nuestra madre como yo pudiéramos tener acerca de este asunto; después de cumplir con el deber, hay también que pensar en la felicidad, y tu familia ha cumplido escrupulosamente con todos los deberes que la lealtad de sentimientos y la dignidad del alma imponen. Tú misma has interrogado á la joven que estaba prometida á Andrés, y te ha dicho que había dejado de amarle. Temes, según me dices en tu última

carta, que esta cesion, hecha con tanta indiferencia, sea un lazo que Agueda tiende á tu vanidad para que se ofenda... No, hermana mia; cuando se ama á un hombre, no se reflexiona al renunciar á él con la frialdad necesaria para hacer combinaciones; si Agueda realmente quiere ofenderte, si ha formado un plan en su cerebro, es que no amaba á su prometido, y puesto que le amas tú, debes aceptar la cesion.

Hablemos de cosas que no son ménos importantes; dos caractéres sentimentales y algun tanto románticos harian muy mal *menage*, Laura mia; y puesto que Andrés peca un tanto por ese lado, necesitas reflexionar en lo que voy á decirte: tienés que pensar en la parte material de la vida, y á la vez rodearte, más bien, envolverte en un idealismo que no desdiga de la extrema delicadeza de sus gustos, y que no te presente á sus ojos inferior á él, porque eso traeria para tí las más funestas consecuencias.

Por el contrario, la mujer debe poner

un estudio exquisito, sostenido, incansable, en halagar el amor propio de su marido; porque, créeme, Laura, en el amor de los hombres entra por mucho... por la mayor parte, la vanidad.

Dificilísima tarea es, pues, para tí el no desmerecer de la elegancia exquisita de tu marido, de su cultura, de la distincion extraordinaria de sus maneras, de su lenguaje y de sus aristocráticas costumbres, y á la vez separar de su camino toda la prosa de la vida que pudiera chocar con su organismo privilegiado.

Gran fortuna para tí es que la prevision maternal haya tomado dos años, para que aprendas lo que te falta saber, no de la ciencia de la vida, que esa jamás se posee por completo, sino de los más precisos rudimentos de esa ciencia dificilísima.

¡Y hay en la vida tanta prosa! La casa, es decir, *el hogar*, se compone de mil cuidados materiales: para su arreglo y buen orden hay que vigilar á los criados, y á veces hay que ayudar á la camarera, y hasta

á la cocinera, cuando es ignorante ó torpe; el hogar se compone de objetos materiales, todos hechos para la vida material. El lecho mullido, la chimenea alegre y abundante, las flores puestas en vasos limpios de cristal, la mesa blanca y bien servida, los cómodos sillones, las cortinas de abrigo, el dulce perfume que se quema en la copa de luciente cobre, llena de rojas ascuas, todo esto compone el hogar y el bienestar doméstico que el hombre necesita, y que nada en el mundo reemplaza para él.

Pues bien, Laura, todo esto cuesta fatigas y trabajos mil el arreglarlo; tendrás que atender á todo, que vigilarlo todo, que saber hacerlo, para que sepas mandarlo; porque la jóven casada que ignora cómo se hacen las cosas, no deja el tiempo suficiente á los criados para hacerlas, ó bien les abandona demasiado y les deja malgastar el tiempo que debían ocupar en otra cosa.

¿Y cuál es el resultado? El perpétuo reñir y reconvenir á los criados, y el eterno

cambio de los mismos, cambio molestísimo y perjudicial por más de una razón.

El desórden de la casa trae la ruina material de los intereses, y trae tambien amarguísimos disgustos para la mujer, porque los maridos que no hallan en su casa bienestar, paz, alegría y buen órden, huyen de ella, van á otras, porque no se han de pasar la vida entera por las calles, y en alguna de las que frecuentan tardan poco en hallarse muy bien... ¡demasiado bien!

Perdóneme tu inocencia, Laura mia, si acaso con mano un tanto brusea descorro ante tí las cortinas que te ocultan el panorama, rara vez alegre, de la mujer casada, y oye aún otra verdad que te parecerá bastante dura: el papel de la esposa es muy bello, muy brillante, muy lisonjero, de las puertas afuera de su casa; pero de puertas adentro es doloroso, es triste, es desairado, si no cuida mucho de guardar su sitio, de conservar su dignidad.

¿Y que remedio hay? El matrimonio es una cruz para la mujer; así lo han instituido

á la vez la religion y la civilizacion.—Porque la civilizacion no está en desacuerdo, como algunos espíritus estrechos creen, con las leyes de la más pura y de la más alta moral cristiana, sino todo lo contrario: lo que es bueno, lo que es honroso, lo que es meritorio, lo es siempre, á pesar del progreso incesante de la idea, y quizá lo es por consecuencia de este mismo progreso.

«¡La familia se va!—¡El hogar se acaba!»

Hé aquí el grito fatídico que oigo elevarse al derredor mio; y ¿porqué se va? Porque la mujer deja apagar el sagrado fuego, á la manera de aquella vestal de Roma que condenaron á ser enterrada viva; la mujer de nuestros dias sufre tambien ese tremendo castigo, porque bajo las cenizas de la sagrada llama de su hogar entierra ella misma todas sus esperanzas de dicha.

Sé tú, hermana mia, como yo lo he sido, como yo lo seré mientras viva, una de las sacerdotisas fieles de la dulce dei-

dad que llamamos *paz doméstica*; hagamos nuestra cruz suave y ligera como la pluma, y no fria y pesada como si fuera de plomo; y esto solo lo conseguiremos con el amor; yo amé á mi esposo seria y profundamente; amo á mis hijos con apasionada ternura; y tú, Laura, amarás como yo, y en tu corazon hallarás fuerzas para cumplir el deber silencioso y modesto, pero nobilísimo y dulce, que Dios nos ha señalado.

Matilde.»

XX

LAURA A MATILDE

MADRID, 18...

Ya estamos de regreso en nuestra casa de esta corte, mi querida hermana, y aunque tan modesta, he entrado en ella con alegría indecible. Mucho han cambiado mis ideas: tus gratos y nobles consejos me han enseñado verdades que luego se han iluminado con la luz del amor; ya no deseo ser rica, sino ser feliz, y sobre todo, hacer dichoso á mi marido, á mi madre, á toda mi familia.

Comprendo bien lo que me dices: todas las cualidades brillantes que me han enamorado en Sandoval, se van á convertir en cualidades exigentes para mí, y deberé yo

tenerlas todavía en grado mayor que él; su distincion, su elegancia, la cultura de su espíritu, la delicadeza de sus gustos, chocarian con una mujer vulgar, y Andrés, que tiene la imaginacion viva y acostumbrada á los refinamientos de la buena sociedad, se cansaria muy pronto de mí.

¡Qué horrible tormento debe ser para una mujer el ver á su marido cansado de ella! Ahora es cuando recuerdo algunas cosas en que antes ni aun reparaba. Recuerdo que algunas veces veía en el teatro matrimonios que ni se dirigian la palabra en toda la noche, ni aun se miraban; pero recuerdo tambien que era el esposo el que casi siempre hablaba, y que la esposa le respondia con desdén ó con acritud.

¿Por qué sería eso? Acaso por quejas y disgustos anteriores; sí; ¡acaso esas pobres mujeres están tan amargadas, tan heridas, que ya no brota de sus labios ni una palabra dulce para el compañero de su vi-

dá! ¡Ah! ¡antes de llegar á ese caso, más valia que el lazo fatal fuese desatado por la mano de la muerte!

El padre de Sandoval no quiere que tardemos dos años en casarnos; desea que la boda tenga lugar dentro de uno: vivirá á nuestro lado; ¿y cómo no, si Andrés es su único hijo? Yo lo he propuesto, y el pobre señor, al aceptar, me abrazó con lágrimas en los ojos; yo no podría ser dichosa al pensar en la soledad en que mi casamiento dejaria á ese anciano; seremos dos á quererle, porque yo, en vez de robarle el cariño de su hijo, le amaré tambien.—Dice Federica Bremmer, la escritora sueca que tú me has enseñado á querer, que «el corazon es como el cielo, que cuantos más ángeles, hay más sitios.»

No tengas cuidado por mí, hermana mía; en este año aprenderé todo lo que sea necesario para hacer agrable la vida á mi marido; ¡quiero tanto, tanto á Andrés! El primer amor debe ser el más profundo, casi siempre el que dura toda la vida; su

primera mirada me volvió de niña mujer, porque su primera mirada me hizo pensar y sentir; cuando oí el eco de su voz, le estuve escuchando todo el día dentro de mi alma, y por la noche no me era posible conciliar el sueño; y cuando veía á Sandoval al lado de Agueda, la hija del doctor, me daban tales deseos de llorar, que apenas podía contener en el corazón las lágrimas, prontas á venir á los ojos! Pero cuando me hallaba sola, me desquitaba bien, y pasaba las noches llorando sin cesar.

Yo no puedo expresar lo que hallo en Andrés, que jamás he encontrado en ningún otro hombre, y eso que los hay de más hermosa figura; pero la suya, la expresión de su semblante, su mirada y el eco de su voz forman un conjunto que me atrae y me encanta de una manera invencible; es, sin duda, el alma que envía sus reflejos al exterior; es la soberana luz de la inteligencia la que ilumina de ese modo toda la persona de Andrés; cuando habla, cuando ríe, cuando está pensativo, cuando calla, cuan-

do mira, siempre es elocuente y siempre hay en él indefinible encanto.

No es alegre mi novio, y hasta esto me agrada en él; los hombre decidores y bromistas me han sido siempre antipáticos: la noble condición varonil le inclina á ser grave, y todos sus estudios lo son también; apenas creeria yo en el amor de un hombre ligero, y desde luego no le concederia gran corazón; creo que los hombres así no se hallan bien en su casa, sino que solo desean estar fuera para lucir sus agudezas.

Estudio, con verdadero deseo de perfeccionarme en ella, la música, en la que estaba ya bastante adelantada; el italiano y el francés, para poder leer en voz alta á los buenos autores de esas dos cultas naciones; el Tasso y el Dante son los poetas favoritos de Andrés, y dice que leídos por mí le parecerán más bellos que nunca, y que mientras él pinta en sus ratos desocupados, yo leeré en alta voz; también quiere que me dedique algo al canto, y no al piano solamente; he aprendido, pues, los *ron-*

dós de *La Sonámbula* y de *Lucia*, que es la música que está bien á mi voz, y ahora estudio las dos lindas *canzonettas* de Zerlina en *Fra Diavolo*; mas no por eso dejo de repasar las bellas sonatas de Beethoven y de Mendhelson, de Gounod y de Mozart, cuya melodía es incomparable. Andrés sabe bien la música y canta de barítono; ¡qué bellos duos vamos á aprender! ¡y cómo la armonía de nuestras aficiones soldará el lazo dulcísimo de nuestro amor!

Ya te veo, mi amada Matilde, hacer un precioso gesto de desagrado que aun recuerdo, y con el que reprobabas mis travesuras de niña; pero no temas; no daré toda mi vida al ideal y al culto del arte, porque esto podria tambien cansar á mi marido; así lo he comprendido en tu última carta; sabe que estoy decidida á trabajar y hacer mover el cordaje de la máquina doméstica en tanto que él duerme por las mañanas; contaré con mi cocinera, dispondré las comidas del dia; ordenaré, corregiré, y él tendrá su gabinete de tra-

bajo elegante y ordenado, el salon agradable, con buen fuego en invierno y flores en verano; y el comedor confortable, con la mesa del centro servida segun sus gustos, de los que ya me he informado.

Laura. >

XXI

MATILDE A LAURA.

«PARÍS, 18...

Mis hijos juegan á mi lado, hermana mía; la tranquilidad y el reposo imperan en esta pequeña casa, y yo tomo la pluma para hablar contigo con esa dulce confianza de quien sabe que es siempre comprendido.

Ahora se me ocurre decirte una cosa que te encargo no olvides jamás: la más pura, la más grande dicha que podemos obtener en este mundo, es la de tener bastante vida interior, y á la vez bastante tranquilidad en la conciencia, para estar bien *á solas con nosotros mismos*.

La ventura que colocamos en los senti-

mientos de los demás, no puede ser más insegura y más efímera; todo es mudable bajo el cielo, y sobre todo, lo es el corazón humano; los que hoy nos aman, pueden mañana mostrárenos indiferentes y aun hostiles; solo el espejo de la conciencia no se empaña jamás con el hálito mundano, y permanece terso, limpio y brillante cuando hemos seguido las leyes del deber y del honor.

Cámple siempre con este último, y cuidate poco de los juicios del mundo; obra bien, y no pienses demasiado en el *¿qué dirán?* porque los murmuradores de oficio dicen siempre, y si no tuvieran que decir, lo inventarian.

Segun la sociedad, yo he sido, mi querida Laura, muy castigada por la suerte; hace algunos días me decía una de mis amigas:

—La Providencia parece que se duerme cuando ha de pensar en ti; excelente esposa, buena madre, hija modelo, la desgracia sin embargo te ha perseguido siempre y parece que se ha sentado á tu puerta.

—No me quejo—contesté apaciblemente.

—¡Por puro orgullo, por vanidad, porque no quieres que nadie te compadezca!

—No, amiga mía—le dije;—¡es porque no sé quejarme: ¿y de qué me quejaría? Mi salud y la de mis hijos es excelente; tengo bastante que trabajar, y esto me da medios para sostener sus queridas existencias sin grandes apuros; en mi corazón hay paz como en mi hogar; y cuando me siento sola al lado de mi mesita de labor, experimento dentro de mi alma una tranquilidad deliciosa y casi inexplicable.

—Es preciso ser tonta para hablar así!—exclamó exasperada la envidiosa;—¡qué vida la que llevas! ¡Jóven y bonita, te hallas abrumada con dos muchachos de ocho y seis años: si vas cada seis meses dos veces á paseo ó al teatro, es con ellos!

—Y soy feliz, porque ellos son mi más grata compañía; ellos son la dulce herencia que he recibido de su padre, único amor de mi vida.

Mi amiga se fué riendo, y su risa me dió

lástima. ¡Pobre mujer! Si yo quisiera alegrar mi hogar con un nuevo amor, ¡qué fácil me sería hacerlo! Pero créelo, Laura; cuando se ama bien una vez, es muy raro el que se pueda volver á querer; aquella dulce é inalterable armonía en que viví con mi marido, aquel respeto mútuo, aquella recíproca estimación, aquella dulce y noble confianza, no es posible hallarlas de nuevo.

Me parece, mi querida hermana, que en toda división profunda de un matrimonio tiene la mayor parte de la culpa la mujer; ante todo, estudia el carácter de tu marido; y no marcharás á ciegas en la senda de la vida; desde el primer día debes colocar los cimientos de tu felicidad; que tu opinión sea igual á la suya, siempre que esto te sea posible; la lisonja más delicada para el hombre es el ser siempre de su parecer; pero si alguna vez este parecer fuese á tus ojos desacertado ó erróneo, díselo con franqueza, porque el engañarle dándole siempre la razón, sería ofensivo para él y denigrante para tí.

Podrá en el primer momento resentirse algo, porque el hombre es débil, sobre todo ante la contradicción; pero pasado aquel momento, cuando vea que tienes razón, que tu entendimiento halla el sentido recto de las cosas, entonces estimará tu dictámen, lo atenderá y lo solicitará quizá con frecuencia.

Aunque seas en todo condescendiente, no caigas, mi querida Laura, en el extremo que toca ya á una empalagosa dulzura; de nadie he desconfiado tanto en el mundo, desde que tengo uso de razón, como de esas personas eternamente suaves, eternamente melosas y que jamás tienen opinión propia, sino que se limitan á hacer coro á la mayoría; generalmente esas personas son inútiles para amigas, pero no dejan de ser malas, envidiosas, mezquinas en el fondo; me son simpáticas, por el contrario, las personas que sienten y expresan con vehemencia; las que defienden con valor sus opiniones cuando las creen justas, porque estas personas tienen calor en el corazón, tienen entusias-

mo, creen y aman: el espíritu, como el cielo, tienen sus tempestades, y la eterna calma y la eterna dulzura deben precisamente ser mentidas.

No seas nunca para tu marido el Lazarrillo de *La Pata de Cabra*, cuyo papel está limitado á decir que sí con la cabeza á todo; no seas tampoco un maniqui que vuelva y maneje á su capricho, porque así no te estimaría; cede siempre ante su voluntad, porque ese es tu deber, este es el papel de la esposa; pero al ceder, ó despues de haber cedido, que conozca lo has hecho para evitar disgustos y cuestiones, y no porque dejes de conocer su sinrazon ó su despotismo.

Evita siempre el primer disgusto serio, porque al primero siguen muchos otros: no digas en un acceso de cólera lo que, pasando aquél, te ha de pesar ó te ha de causar rubor: no hay excusa más grosera que el decir:

—No sabía lo que decía, pues estaba enfadada.

Debemos saber siempre lo que decimos, ó resignarnos á que nos traten como á locos ó maniáticos, si nos damos nosotros mismos el título de tales.

Quando una mujer *sabe* hacer compañía á su marido, no hay para éste compañía más dulce; las cualidades de los dos sexos son opuestas, y el matrimonio no las cambia; poned cada uno vuestro lote en la dicha conyugal, y ya que tu marido te da amparo, decoro y proteccion, devuélvele tú amor, gratitud, fidelidad, abnegacion profunda, la bondad que perdona y la generosidad que olvida.

Laura mia, en la sociedad conyugal es la esposa quien tiene todas las ventajas, y el marido los más árdulos deberes; pero tú sabrás hacerle á Andrés estos deberes tan caros, que los bendecirá todos los días.

Matilde.

XXII

LAURA A MATILDE

«MADRID, 18...

Algunas veces temo, mi querida hermana, que la dicha que veo cerca no se logre para mí, y que se deshaga como la columna de humo azulado que barre y deshace el aire fresco de la mañana: tan mala opinión tengo de la inestabilidad de las venturas humanas, tan inseguras las creo, que jamás experimento algunos momentos de dicha y bienestar, sin que piense en que muy pronto va á llegar el dolor.

Ya me parece ahora que alguna cosa triste é inesperada va á impedir mi casamiento con Andrés; ya, que éste me ama menos que antes; como apenas le había

tratado, descubro ahora que su carácter tiene una gran inclinación á la melancolía, como todos los jóvenes que crecen sin madre; es poco expansivo, calla mucho más de lo que dice, y une á esta reserva un carácter orgulloso que le hace también callar muchas cosas, como, por ejemplo, que es extremadamente celoso, y hasta el punto de no agradarle que tenga amigas.

Pero no importa; tus consejos y mi amor han aclarado mi razón y la han iluminado con una luz nueva y que nunca se apagará, porque yo la alimentaré; yo amo á Andrés, y amando sincera y profundamente, hay fuerzas para todo: la naturaleza ha puesto en el corazón de las mujeres una necesidad insaciable de afección y de sacrificio, y creo que solo las que están privadas de todo lazo son las que conocen la desgracia en toda su amargura.

Cuando una mujer está absolutamente desposeída de todos los afectos naturales, puede y debe crearse una familia de adopción: la soledad y el egoísmo son inconci-

liables con la dicha, y para atraerse aquí abajo el cariño de criaturas siempre imperfectas por algún lado, es preciso darles todos nuestros cuidados, todo nuestro afecto; es necesario perseverar en la vía de la abnegación, que eleva por el sacrificio y purifica por el ejemplo.

No es esta, sin embargo, mi situación respecto de Andrés; los sacrificios, si necesito hacerlos, me serán pagados con una suma centuplicada, por su alma ardiente sin exaltación, dulce sin ser inflexible; porque á través de los lunares de su carácter, que solo á tí señalo, Andrés tiene cualidades serias y sólidas que nunca estimaré bastante.

No olvidaré los consejos de tu última carta, mi querida hermana; no temas que jamás me ponga en lucha con mi marido; ni su carácter ni el mío son susceptibles de violencia. Evitaré á toda costa el primer disgusto, para no abrir la puerta á muchos otros y para no llegar á la cólera; porque mi carácter es vehemente como

los que tú prefieres, y por lo mismo propongo á la excitacion nerviosa, que no anda muy acorde con los preceptos de la razon.

Lucila se casa tambien dentro de pocos dias con su primo, que viene de la isla de Cuba para establecerse en Madrid y unirse á la dulce amiga de toda su vida; pero hasta que llegue el novio, Lucila y su madre seguirán viviendo en Valdepaz, donde la vida es mucho mas económica que en Madrid; madre é hija vinieron el sábado para comprar ya algunas telas, á fin de empezar el equipo de Lucila, y mamá ha conseguido que se detengan aquí diez ó doce dias y que vivan en casa; nuestros equipos son igualmente modestos; utilizando los excelentes modelos y las clarísimas explicaciones de los periódicos de modas, Lucila y yo confeccionamos, con la ayuda de la bonita máquina que tú me has enviado de París, toda nuestra lencería; el cajon de entredoses y tiras bordadas que Irene me envió de regalo, provee tam-

bien de adornos para las dos; ¡qué buena eres al enseñar á tu hija á amar y á ayudar á los demás! Dáale un tierno abrazo en mi nombre, y dile cuánto le agradezco su memoria.

Te conozco, Matilde, y creo que no te enojará el que comparta con Lucila las riquezas que te debo; su madre ha recibido del prometido esposo una cantidad para los primeros gastos; pero tiene la orgullosa delicadeza de no tocar á ella, y creo que lo mismo hubiera hecho nuestra mamá; esa suma está intacta y la gastarán los esposos, pues despues del lazo conyugal será bien de entrambos, y que entra en la dulce comunidad del verdadero matrimonio.

Cada dia hallo en Lucila nuevos tesoros de virtud y de modestia; la nobleza en el pensar y la ternura en el sentir son en ella tan naturales como el aroma en la flor; á través de los años, su primer amor ha permanecido intacto en su corazon, como el perfume en un vaso de alabastro;

es una de esas almas bellas que solo quieren una vez en su vida.

Mi *trousseau*, por lo modesto y casi humilde, haría reír á una opulenta dama; pero estará muy bien cortado todo aquello de que se componga, y muy bien hecho. Con grabados que nos son precisos sobre la mesa de labor, Lucila y yo pasamos la velada en coordinar y disponer, ya un canesú para una camisa, ya una enagua ó una chambra, copiando fácilmente los lindos modelos de lencería que nos ofrecen. — ¡Cuánto dinero nos ahorra nuestro periódico, y cuán grande es su utilidad!

Esperando tu carta, se despide y te abraza

Laura.»

XXIII

MATILDE A LAURA

«PARÍS, 18...

¡Qué pronto pasa el tiempo, á pesar de las contrariedades que trae consigo! Parece que fué ayer cuando se decidió tu casamiento, y ya han pasado diez meses, y tu enlace va ya á verificarse, adelantado todo lo posible por el padre de tu esposo. Sé una hija, una verdadera hija, para ese amable anciano, mi querida Laura: desde que te conocí, te amé tiernamente y te deseé para esposa de su hijo; págale su afecto con creces, divierte sus ratos de soledad, léele en voz alta los periódicos, y juega con él por la noche su partida.

No puedes figurarte la consideracion y respetabilidad que presta á una casa la presencia de un anciano, y cuán dignamente aparecerás en la sociedad bajo la noble égida del padre de tu esposo; eres jóven y muy bonita, Laura; Andrés tiene ocupaciones, y la compañía de su padre te librárá de un cautiverio forzoso y te dará una dulce libertad, porque con él podrás ir á todas partes.

Has hecho muy bien al rehusar el vivir con tu marido en union de Lucila y del suyo, así por tí y tu esposo como por el padre de éste; la independencía y una libertad razonable son los primeros elementos de la dicha conyugal; la vida en *comunidad* debe componerse de sacrificios mútuos é incesantes, y es muy raro que un poco de acritud no se mezele en ese trato diario y entre personas que no tienen ni pueden tener los mismos gustos. Yo misma, mi querida Laura, si fuese á Madrid, rehusaria vivir en tu compañía y tambien en la de nuestra madre; sí, tendria el valor

de resistirme á vuestros deseos, por cariño y por prudencia á la vez.

Esas asociaciones de existencia chocan con los peligros más diversos; si hay oposicion en los caracteres, si los unos se inclinan á la personalidad, en tanto que los otros están siempre dispuestos á la abnegación, los primeros exageran cada dia más las exigencias que no hallan oposicion, y no alcanzan más que el descontento de sí propios, inseparable del egoismo.

Si, por el contrario, ambas partes llevan al convenio generosidad igual, delicadeza minuciosa y sacrificios mútuos, se llega á un resultado muy preferible al primero sin duda, pero que trae tambien algunos inconvenientes; se abdica toda independencía, á fin de evitar todo choque desagradable, y por todas partes se hacen grandes sacrificios, siempre meritorios, pero muchas veces inútiles. No, mi querida Laura; debes vivir sola con tu esposo, con el padre de éste, y dedicarte á hacerles la vida agradable y feliz.

No tengas tampoco tan estrecha amistad con Lucila, que sea como una tercera persona, siempre adherida á todos tus negocios y cuidados domésticos y familiares; no debes tener intimidad completa más que con tu marido: la amistad, aun entre personas de tu mismo sexo, debe tener sus límites, ó te expondrías á serios disgustos.

Los matrimonios á tres tienen tales inconvenientes, y son éstos de tal magnitud y trascendencia, que no puedo ménos de indicártelos.

Si tu amiga íntima es antipática á tu esposo—y es lo mejor que te puede suceder—le incomodará el verla perpétuamente á tu lado, el que se lo consultes todo y el que la hagas partícipe de todos los asuntos de la casa y hasta de tus sentimientos é impresiones. Esa intimidad del espíritu, esa completa participacion de la vida, no puede tenerse más que con un esposo, con una hija, con un hijo, cuando su modo de ser moral é intelectual está acorde con el

de la madre, lo que desgraciadamente sucede pocas veces.

En el caso de que tu amiga sepa hacerse agradable á tu esposo, los daños pueden ser mucho mayores: un marido ve siempre á la amiga íntima de su esposa bajo un prisma mucho más favorable que á ésta, porque á no ser una mujer muy cuidadosa de su persona y de su casa, á no tener gran fuerza de voluntad, la prosa doméstica asoma á cada instante la cabeza, como para avisar que está allí, pronta á contrarrestar todo encanto y toda seducción.

La amiga íntima va á la casa, siempre que quiere, armada de todas las ventajas, porque todas las posee; tiene la libertad de deslizarse á todas horas en el hogar doméstico, y siempre bien vestida, agradable, fresca, alegre, sonriente; también en su casa hay prosa, pero la deja en ella, y á la casa de su amiga lleva solo lo agradable del lenguaje, lo insinuante de las miradas, la páfida dulzura de la adulacion; apenas habrá esposa en el mundo que no haya pa-

sado esa estacion de su calvario, llamada *la amiga íntima*; con calculada y aviesa intencion, la amiga elige siempre la ocasion de presentar el contraste, sobre todo en favor suyo; si se queja la esposa de alguna dolencia, ella enseña su fresco rostro bañado de la alegría de la salud, porque no ignora que las enfermedades son antipáticas á los maridos; si la esposa regaña á los criados, ella tararea la melodía de moda, ó bromea dulcemente con el esposo; si la esposa se entrega á alguna ocupacion material, como vestir á los niños, arreglar un vestido ó quitar el polvo de las mesas, la amiga se sienta al piano y elige la más sublime de las sonatas que sabe; en fin, Laura mia, la amiga *íntima* es la enemiga mortal de la esposa, porque el marido mejor, lo que hace es no buscar devaneos amorosos; pero si se ve halagado, adulado, *buscado*, aunque sea indirectamente, por una mujer que no es la suya, se deja encontrar, pues le parece que haciéndose el virtuoso está ridículo.

Creo á Lucila la mejor de las amigas

para tí, pero á cierta distancia desde que te cases, pues el matrimonio es la casta, la noble comunidad de dos espíritus, [de dos corazones, donde no se debe admitir tercero.

Motilde.

XXIV

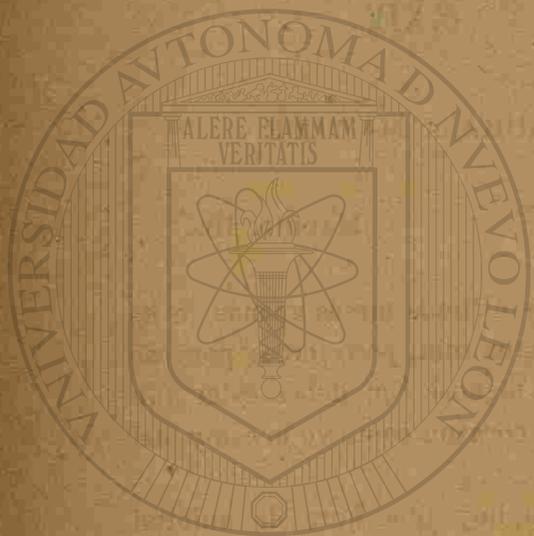
LAURA A MATILDE

MADRID, 18..

En los dos últimos meses apenas te he escrito, hermana mía; pero ¿crees por eso que te quiero menos? No; debes estar tan segura de mi corazón como yo lo estoy del tuyo.

Aprovecho hoy una hora de quietud para hablar contigo; los convites, los bailes y los conciertos se han sucedido casi sin interrupción desde mi casamiento, que, como ya sabes, se efectuó hace un mes, y esas fiestas me han dejado una grata idea de benevolencia y de amable y afectuosa acogida.

Tenía prisa, sin embargo, por volver á



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la vida regular y ordenada, de entrar, por decirlo así, en mí misma; cuando estoy sola, nada me distrae de mi dicha; puedo contemplar con serenidad mi porvenir, y decir que he elegido bien, que soy feliz y que hay en la vida días hermosos!

Andrés me ama y se halla bien á mi lado; mañana es domingo, y nos escaparemos al campo como dos pájaros amantes; ¡está ya tan hermosa la campiña! Las violetas asoman entre el follaje su cabeceita morada; los árboles se engalanan con su ropaje verde; las avecillas cantan en las elevadas copas, y el agua deja oír su dulce murmullo al pié de los grandes árboles que fecundiza; la naturaleza entera canta un himno al Señor de todo lo creado, en los primeros días de la primavera.

Ya el pasado domingo Andrés y yo corrimos al campo, dichosos, libres y respirando con embriaguez el aire embalsamado de mil flores.

El día era magnífico; en los prados, abiertos de verdor, brillaban el cáliz de pla-

ta de las margaritas y el oro de los guisantes de olor; los espinos nos enviaban su perfume, y las adelfas ostentaban sus ramilletes de color de rosa; todo, en las campiñas que atravesamos, respiraba el reposo y la alegría del domingo, del día de descanso, tan dulce á los que trabajan; llenos de alegría nosotros, dimos limosna á los mendigos que encontramos, y pasteles á una niña que guardaba, con aire melancólico, una cabra que pacía á la orilla del camino; yo deposité al pié de una cruz de madera un lindo ramillete de flores campestres.

Comimos, sentados sobre la yerba, las provisiones que habíamos llevado, y á las cuales la mujer de un guardia rural añadió huevos frescos, leche y manzanas del último otoño; la comida fué de ermitaños, pero nuestros alegres corazones eran dignos del festín de un rey!

Después de haber descansado durante largo tiempo, leímos juntos en un libro que yo había llevado; era uno de esos li-

bros amigos que las mujeres queremos tanto y que siempre tenemos cerca; otro rato hablamos Andrés y yo, y otros, en fin, dejábamos hablar á nuestros corazones en tanto que los labios guardaban silencio.

Volvimos por el camino más largo, asidos del brazo y hablando, porque jamás se nos acaba la conversacion. Andrés me referia cómo habia pasado su juventud sin madre, y cómo el cariño de su buen padre habia llenado el inmenso vacío que aquella habia dejado junto á su cuna. Formamos mil alegres proyectos, entre otros el de no separar jamás de nuestro lado á este padre excelente. y examinando con la visita algunos lindos hoteles con jardin, de que se van poblando los barrios nuevos, nos dijimos:

—Dentro de algunos años, nosotros tendremos tambien un delicioso nido para descansar en compañía de los que amamos.

Volvimos á casa, y nuestro padre, que no habia querido acompañarnos, nos abrazó y nos dijo tiernamente:

—¡Venís todos perfumados de aire y libertad! Yo he tenido una idea luminosa: he dicho á la sirvienta que preparase una buena cena á la que hareis honor.

En efecto, nunca una idea feliz fué tan aplaudida; cenamos muy bien los tres; y despues, muy cansados y muy contentos, tras una larga sobremesa, nos despedimos de nuestro padre y nos fuimos á dormir, para volver al dia siguiente, Andrés á los cuidados de su bufete, yo al cuidado de la casa, á mis costuras y á la compañía de este amable anciano, al que cada dia amo con más ternura y profeso mayor gratitud.

Ya palpita mi corazon al pensar que mañana nos acompañará nuestro padre, pues no queremos dejarle solo repetidas veces.

Habrá tres ó cuatro dias que un caballero de edad madura vino al despacho de Andrés; yo bordaba al lado de la ventana, pues cuando está solo acostumbra á llamarme para que le haga compañía; al verle quise retirarme, mas me suplicó que no me molestase, y me quedé por cortesía.

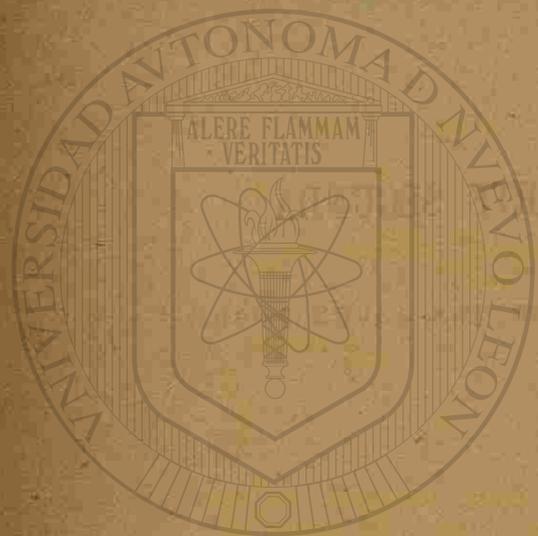
Hablando á mi marido de un asunto ya tratado sin duda, empezó á lamentarse de su matrimonio, y dijo que anhelaba el divorcio como la sola felicidad de su vida.

—¡Pobre hombre! — exclamó Andrés cuando hubo salido; — se casó enamorado de su mujer, y ella le amaba tambien; pero su pasión no era de las que resisten al tiempo; se apoyaba solo en la hermosura de su esposa, que era muy notable, y no en la armonía de sus corazones y en la mútua estimación; deseóla él como un objeto bonito, y ella, confiada en su belleza, no trató de conservar el cariño de su marido con otras dotes más sólidas y más permanentes; secas las flores, solo ha quedado el hierro de la cadena, y éste se les ha hecho insoportable.

Al oír hablar así á Andrés, pensé en tí, hermana mia, y en lo que tantas veces me has dicho, en tus cariñosos consejos y avisos. ¡Ah! Si no marchó recta y alegre por el camino de la vida, no merezco perdón, porque Dios ha puesto á mi lado no-

bles corazones en quienes apoyarme, y que me sostienen en las asperezas de la jornada. ¡Gracias á vosotros, gracias á tí, sobre todo, Matilde, podré caminar con seguridad y alegría!

Laura.»



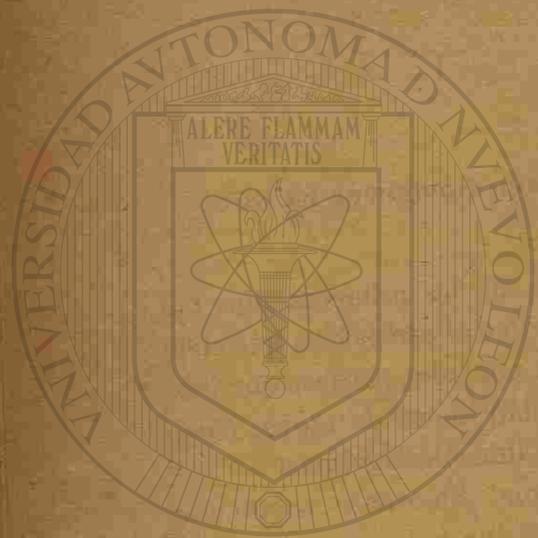
PARTE SEGUNDA

DIARIO DE UNA JOVEN POBRE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

«MADRID, NOVIEMBRE DE 1875.

¡Qué tristes son los primeros días del invierno! ¡Qué glacial atmósfera, qué cielo tan opaco y tan nublado! ¡Diríase que esos celajes grises están llenos de nieve, como mi corazón está lleno de lágrimas!

¡Oh madre mía! ¡Solo hace veinte días que te guarda la tumba, y ya me parece que hace un siglo te has separado de mí! ¡Qué tristes y qué largas son las horas del dolor solitario y sin consuelo!

Ayer me llamó mi tía y me dijo dura y friamente:

—Elisa, tal abatimiento y tanta desesperación tocan en la ridiculez; sosiégate ya, y piensa cómo has de ganar tu vida;

yo era solamente prima de tu madre, y te traje á mi casa compadecida de tu aislamiento; pero los dias pasan, yo tengo tres hijos de quienes cuidar, y ya sabes que el sueldo de tu tío es muy corto; piensa, pues, en ocuparte de algo; que el que ha nacido pobre no tiene otro remedio que trabajar.

Yo escuché este discurso en silencio; estaba inmóvil y abatida mortalmente; mi tía prosiguió:

—Tu madre te ha dado la educacion de una duquesa, y esto es ahora un mal para tí... La música, el dibujo, el francés y el inglés... ¿para qué sirve todo esto? Si te hubiera enseñado á barrer, á disponer la comida, á lavar y á aplanchar, hubiera sido mucho mejor.

—De todo eso sé un poco, tía mía—le dije, enjugando las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas.

—¿De veras? ¿Sabes cocinar, lavar y aplanchar ropa?

—Mientras mi buena mamá iba á dar sus lecciones de música, yo ayudaba á nuestra

vieja Juana á asear la casa y á arreglarlo todo.

— ¡Otra majadería! ¿mantener criada, cuando tenía que estar trotando todo el dia con sus lecciones!

— ¡Juana ha sido la nodriza de mamá, y la queria ella tanto!...

— ¡Como tú, que aun te la tienes al lado! Parece que no puedes pasar sin ella! Hagamos claro de una vez, sobrinita, ya que sabes hacer algo de la casa, te puedes quedar con nosotros y despediré á la criada; al cabo tienes diez y siete años, uno más que la muchachuela que nos sirve; pero esa vieja indigesta y gruñona se irá al instante de casa, porque no sirve para nada.

— ¡Separarse Juana de mí! ¡abandonarla! —yo exclamé indignada; — ¡eso jamás!

— Pues yo á ella no la quiero tener; con que verás de qué modo se arregla este asunto.

Mi tía, dichas estas palabras, salió dando un portazo y llena de enojo.

— ¡Oh, mi buena, mi tierna madre! ¡Cómo

debe llorar tu corazón, al ver el desamparo de tu pobre hija! ¿Por qué no me llevaste contigo?

He llorado mucho; he elevado mi corazón á Dios, y ya estoy más tranquila y me siento más fuerte; además, me parece que trasladando mis impresiones al papel descanso como en el seno de un amigo grave y verdadero; sí, el papel es el amigo de quien no tiene ningun otro; mi pobre mamá me ha leído algunas veces una bella historia, que era el diario de una pobre mujer abandonada de todos, y acordándome de aquel y sintiéndome tan aislada como la heroína del libro, he empezado también mi diario.

Mi madre era una criatura distinguida; amó apasionadamente á su marido, que la adoraba á su vez; se casó con ella así que abrió su bufete de abogado, y dos años despues murió, dejándome á mí en el mundo cuando apenas contaba uno. ¡Mi padre murió á los veintiocho años! Mi ma-

dre quedó viuda á los veintidos, y ya no pensó en volverse á casar; daba lecciones de música, y por la noche, cuando me despertaba en mi cuna, la veía bordar á la luz del quinqué... ¡Qué santa, noble y laboriosa juventud la de mi madre! ¡qué hermoso ejemplo me ha legado de virtud, de dignidad, de resignacion! ¡No, no faltaré á él, no faltaré á lo que debo á la memoria de mi buena madre!

Ya más tranquila, fui al encuentro de mi tía y la hablé con calma y entereza, —Nunca agradeceré bastante— la dije— la caridad de usted, mi querida tía; yo estaba sola y llorando al lado del cadáver de mi pobre madre; apenas tenia medios para hacerla un entierro en extremo modesto... Usted me trajo consigo, y mi tío se ha enridado de todos los tristes pormenores que yo no entendia... hace quince dias que como su pan, y embargada por mi pena, sólo he pensado en llorar... esto es mal hecho... y le pido á usted mil perdones... —¡Pero, mujer, pareces un Jeremías! —

exclamó mi prima Joaquina, que tiene cuatro años más que yo; ¿por qué hablas ahora llorando?

—No lo puedo remediar... En fin, mi querida tía, oiga usted lo que voy á proponerle...

—Habla—repuso mi tía con aire desdenoso.

—Puede usted despedir á la criada, según me ha dicho, y yo haré todos los quehaceres de la casa lo mejor que pueda; mas para eso he de imponer la condición siguiente: Juana tiene sesenta años, apenas puede ya hacer nada, y yo no quiero abandonarla; la miro como un legado de mi pobre mamá...

—¿Volvemos á los lloros?—exclamó impaciente mi tía al oír mis sollozos.

Yo me enjugué los ojos y proseguí con más firmeza:

—Si no quieren ustedes dar albergue y alimento á Juana, nos iremos las dos; nos instalaremos, vendiendo mi relojito y mis pendientes, en la más pobre boardilla

que encuentre; ya en ella, buscaré que co-ser, y á la vez una casa para servir de doncella, y así que la encuentre, dejaré á Juana en la boardilla y le daré todo mi salario, con el que, y ayudándose con algunos mandados que hará, podrá mantenerse.

—¿Cómo? ¿y servirías para mantener á esa vieja gruñona?—exclamó Joaquina bur-lonamente.

—Como lo digo, y con toda la tranquilidad que da el deber cumplido y la conciencia satisfecha; si tu mamá no quiere mantenernos á las dos, saldremos de esta casa, aunque me cueste mucha pena, é iré á otra extraña á ofrecer mis servicios.

—¿Y quién os vestirá?—preguntó mi tía con acritud.—¿Piensas que además de manteneros he de tener yo ese cuidado?

—Pero, tía mia—dije tímidamente;—á Blasa la mantiene usted y le da un salario...

—La manutención de Blasa debo con-tarla con la tuya; su salario por la manutención de esa estantigua que te empeñas en tener á tu lado.

—Sea como usted quiera—dijo con resignación;—y ahora decida usted si hemos de quedarnos ó no.

—¡Sí mamá, que se queden!—exclamó César, mi primo, que solo cuenta doce años;—detesto á Blasa porque siempre me está regañando, y deseo que se vaya cuanto antes.

—Puedes quedarte—dijo mi tia,—y tambien tu dueña quintañona; pero ya lo sabes, solo por la comida, y harás todas las haciendas de la casa.

II

MADRID, NOVIEMBRE DE 1875.

Mi tia es una mujer de cuarenta años, pequeña, gruesa, morena y basta; solo es prima segunda de mi madre, y criada en una aldea de donde era mi padre, no ha tenido ninguna educacion; se casó con un escribiente de un Ministerio, y mi tio sigue aún, al cabo de veinte años, con sus cinco mil reales de sueldo, á causa de su ineptitud.

Pero el pobre es muy bueno, y en su casa sufre con la mayor paciencia todo lo que á su mujer y á sus hijos les place hacerle sufrir.

Él va á la compra por las mañanas, se arregla y cepilla su ropa, se hace el chocolate y se lleva en el bolsillo una peque-

na provisión para almorzar; generalmente es una tortilla que come fría; y sin embargo, no se queja nunca, ni jamás exige nada.

Mi tía le trata mal; parece que le considera como inferior en todo; le llama necio, imbécil, ente inútil, estúpido, y todo cuanto se le ocurre, mil veces cada día; esto me duele profundamente, y quisiera poder aliviar á mi tío de tan penosa tiranía; pero ¿de qué modo lograrlo? ¿quién soy yo, pobre criatura aislada, de quien nadie hace caso tampoco, y á quien todos culparían si manifestase sus sentimientos?

Sin embargo, indirectamente hago cuanto puedo; los ratos que me quedan libres del arreglo de la casa, me voy al lado de mi tío y me pongo á coser, le hablo, y procuro despertar alguna idea en esa alma débil y pusilánime. ¡Pobre tío! Por conquistar la paz doméstica abdicó de todos sus derechos; poco á poco ha dejado á su mujer invadir su sitio, y ahora no tiene ninguno. Jamás debe degenerar en debili-

dad la bondad del hombre; jamás debe consentir en dejar el sitio que de derecho le corresponde en el interior de su familia, porque el equilibrio de ésta desaparece, y los papeles se cambian, habiendo siempre en pie un elemento de desórden y malestar.

En esta casa todo está sujeto á los caprichos de mi tía, que carece casi en absoluto de criterio y de reflexion; su carácter es colérico y arrebatado; ya deja que sus hijos satisfagan hasta sus más raros antojos, ya les riñe duramente y sin motivo; así es que no la respetan ni la obedecen.

Más quieren á su padre, y si no le respetan más, le demuestran una ternura en la que hay mucha verdad algunas veces.

Joaquina le halla siempre pronto para acompañarla á dar un paseo, en las horas que le deja libre la oficina. César le abraza y le besa cuando llega; pero aparte estos raptos del niño, involuntarios, por decirlo así, en todo el día se acuerdan de su padre, ni el egoísmo de la hija ni las turbulencias del hijo.

El pobre señor me agradece como un gran favor el que le acompañe algunos ratos; conmigo habla de su juventud, de sus excursiones de caza y pesca, de sus perros, á los que tanto amaba y á los que ha tenido que renunciar porque mi tía los aborrece.

Hace dos días amaneció un sol hermoso que corrió todas las nieblas; era domingo, y dije á mi pobre tío lo siguiente:

—Son las dos, y todos han salido de casa; ¿quiere usted, mi querido tío, que salgamos nosotros también?

—¡Salir nosotros! ¿Y qué dirá tu tía?

—Nada... se alegrará.

—No lo creas: si dejamos la casa sola, se pondrá furiosa.

—Juana se quedará: ¿verdad que sí? Si lo haces, podré salir un rato con mi tío.

—¿Y á dónde vamos?—preguntó éste.

—Al campo; á pasearnos por el sol, pues está usted como entumido.

—¡Ah, hija mía! ¡Es que no sabes tú lo que son diez horas diarias de oficina! ¡Mas

tú me compadeces, pobre niña; y hace dos meses que estás como en una prision! ¡Ah! ¿de qué te sirven tu linda figura y tu rostro encantador, si nadie los ve? Cuando miro tu cabecita rubia, tus rasgados y dulces ojos, tus dientes de perlas y tu elegante y esbelta estatura, me dan ganas de llorar... ¡Pobre niña! ¡Tú merecias mejor suerte! A los diez y siete años, la vida que llevas es mortífera, pues trabajas sobre tus fuerzas.

—No lo crea usted, mi querido tío...; yo soy robusta.

—Pero si sigue usted en esta vida, señorita, dejará usted de serlo, observó Juana; y luego, montando en cólera poco á poco, añadió:

—¡Si esto clama al cielo! ¡hacer todas las haciendas en una casa en que son siete de familia!

—Pero tú siempre me ayudas, mi buena Juana.

—¿Y qué hago yo? Lavar la vajilla, barrer el comedor y la cocina; pero ¿y la comida? ¿y el lavado y aplanchado para to-

dos? ¿y el aseo de la casa? ¿y coser toda la ropa? ¿quién lo hace?

—Yo; pero en algo me había de emplear; soy pobre, mi querida Juana, y los pobres tenemos que trabajar.

—No era rica su madre de usted, y trabajaba de otro modo.

—Yo no he podido elegir, y me resigno á la voluntad del cielo.

—Y se va usted quedando flaca como una sombra; ¡ay, pobre hija mia! ¡mi corazón llora, al verla así, lágrimas de sangre! ¡tan bonita, tan delicada! ¡tan adorada por su madre! ¡y ahora trabajando como una esclava!

—Calla—le dije en voz baja,—que estamos delante de mi tío, y esta conversación puede ofenderle; yo no me quejo, sino que me resigno á la voluntad de Dios; si te quedas en casa, Juana, daré un paseo al sol, y esto me hará mucho bien.

—¡Sí, hija mia! Salga usted un rato á tomar el aire libre, y yo cuidaré de la casa.

Me puse el único vestido que tengo: un

vestido de indiana negro; un manto de lana largo y de luto riguroso, es todo el abrigo que poseo y me sirve á la vez de mantilla; y por cierto que tengo mucho frio; pero ¿qué hacer? ¿cómo comprar un chal negro, un abrigo, si no tengo una sola moneda? ¿Cómo pedirlo á mi tia, cuando sabe que de lo que sobró de nuestros pequeños recursos despues del entierro de mi pobre mamá, solo quedaron cinco duros, que empleé en el vestido más barato que pude hallar y en esa mantilla de lanilla basta, y sin embargo, nada me ofrece? ¡La pobre Juana no lleva más luto por la que amaba como á una hija, por la que alimentó á su seno, que un pañuelo de lana negra pequeño y muy malo, que yo la compré en vez de comprarme guantes.

¡Aun no tengo guantes negros, ni sé cuándo los tendré, yo que al lado de mi madre jamás salí sin ellos, y que los llevaba tan bonitos!

¡Paciencia; mi madre verá mi resignación desde el cielo donde debe estar! Pa-

seando por el sol, no he tenido frío; los árboles están aún desnudos y como secos, pero los pajarillos saltaban de rama en rama, reanimados por el dulce calor del sol, y cantaban al cielo cubierto de su manto azul y espléndido; mi pobre tío estaba contento y satisfecho de sí mismo y de mí; hablaba, se reía, fumaba; y habiéndonos sentado á la orilla de un caminito, vimos pasar á una naranjera.

—Aquí tengo un real que me ha dado tu tía para tabaco, Elisa — me ha dicho: — quiero comprate naranjas con él.

No pude disuadirle de su deseo, y los dos comimos naranjas, volviendo luego á casa con el corazón alegre y tranquilo.

¡Bendito sea Dios, que da á todos el bien inefable de un dulce sol, de un cielo brillante, del canto de los pajaritos, y á mí la satisfacción de una conciencia pura y tranquila; estos son los primeros bienes de la tierra!

III

NOVIEMBRE DE 1875.

El ser más insoportable de la casa es mi primita Teresa, que se halla cerca de cumplir nueve años.

Habladora, inquieta, preguntona, holgazana, ahora está todo el día dando vueltas en derredor mio; pues aunque antes iba al colegio cercano, su madre, desde el día 15 de este mes, ha determinado que la enseñe yo todo lo que se la enseñaba en el colegio y ella no quería aprender.

Sobre mis muchos quehaceres tengo, pues, que cuidar de la educación de esta niña y enseñarle el solfeo, á escribir, á coser y los primeros rudimentos de la aritmética.

¡Dios mio! ¡La carga va ya siendo supe-

rior á mis fuerzas, y tengo que suplicaros que la hagais más ligera ó que me deis más valor!

Mi vida es trabajosa y fatigante hasta el extremo; me levanto dos horas antes del día, y despues de elevar mi corazón á Dios y á mi madre en una fervorosa oración, lo primero que hago es lavarme y peinarme; de lo contrario, ya no podría hacerlo en todo el día, pues no hallaría media hora para ello, y me acuerdo de las palabras que mi madre me repetía con su dulce voz:

—Hija mía, nunca deseuides tu persona, y así todos te respetarán; el que deja de estimarse á sí mismo, pierde muy pronto la estimación ajena; además, yo adoro tus cabellos, y quiero que para mí los cuides muy bien.

Acordándome de estas dulces palabras de mi madre, me peino y arreglo mi persona lo mejor que puedo... el traje de percal negro que tengo para salir, le llevo también para casa, pues no he querido consentir en no llevar luto por mi madre; pero

cuando se ponga deteriorado y roto, ¿qué haré? ¡Dios mio! ¿cómo podré hacerme otro?

No quiero pensar en esto...

A las nueve hay que poner la mesa para almorzar todos, y el almuerzo hecho en ella. Juana sirve y me ayuda á todo; despues de arreglar cocina y comedor, tengo que peinar á mi tía y á mis dos primas; luego tengo que coser, ó lavar, ó aplanchar, y á las cinco debe estar la comida en la mesa; durante la velada son las lecciones de Teresa, que se impacienta ó se rie de mí, pero que no quiere estudiar en todo el día; en tanto que corrijo su plana y sus cuentas, coso sin cesar; y cuando á las once y media se acuesta mi tía, aun tengo que darle, despues de habérsela preparado, su sopa en vino bien caliente; cuando me acuesto, estoy rendida de fatiga, y hasta las dos no me puedo dormir, para levantarme á las cinco y media.

¡Qué frío paso por las mañanas! ¡qué fatiga durante todo el día! ¡Dios mio, dadme fuerzas! ¡Madre mía, pedid por mí!

.....

Juana carece ya de calzado, y el mío se va rompiendo también... ¿qué haré? ¿cómo proveer á estas necesidades tan urgentes? ¡Ay! ¡en la vida no solo es el pan de cada día lo que se necesita! ¡son tantas otras cosas las que hacen falta!

Yo empiezo á entrever luces vagas que antes nunca habia visto; creo que más pronto ó más tarde habré de tomar un partido; pero ¿cuál será? ¡lo ignoro! no tengo ningún dinero, ni espero recibirlo de ninguna parte... estoy sola en la tierra... sola con mi pobre Juana, de la que tengo que cuidar, á la que amo tiernamente; esta anciana es como una herencia que me ha legado mi pobre madre, y cuidándola y atendiéndola me parece que cumplo el más sagrado de mis deberes.

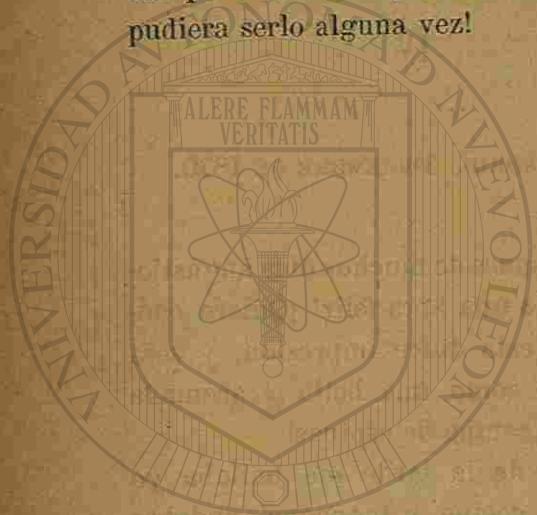
Mi pobre Juana está llevando á cabo por mí un acto de heroicidad; viendo que no tengo abrigo y que paso mucho frío, ha buscado labor en una tienda y cose camisas ordinarias que le pagan á real y medio; ya ha reunido algunas pesetas, y así

que tenga lo necesario, quiere comprarme una manteleta de paño, aunque sea de poco precio; al saber lo que hacía por Juana, fui donde estaba y la abracé sin poder contener las lágrimas.

—¿Hay algo más natural, hija mia?—me dijo;—yo debo á usted el pan que como, y lo adquiere al precio de su vida y de su salud, trabajando en esta casa más de lo que puede; yo con mi reuma estoy casi baldada; pero ya que no puedo moverme, puedo coser sentada, y pese á quien pese, coseré á fin de ganar algo, mi querida señorita.

En efecto, la pobre anciana está casi baldada de dolores reumáticos y apenas puede ayudarme á nada; así es que el trabajo excede á mis fuerzas: además, una gran melancolía se va apoderando de mí. Mi madre, mi excelente y tierna madre, me habia habituado á una existencia elegante, y aunque ella trabajaba y yo también á su lado, era nuestro trabajo muy dulce, porque lo hacíamos juntas y porque

estaba acorde con nuestras aficiones artísticas; pero ahora, ¡qué trabajo tan rudo, tan penoso, tan degradante, si el trabajo pudiera serlo alguna vez!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

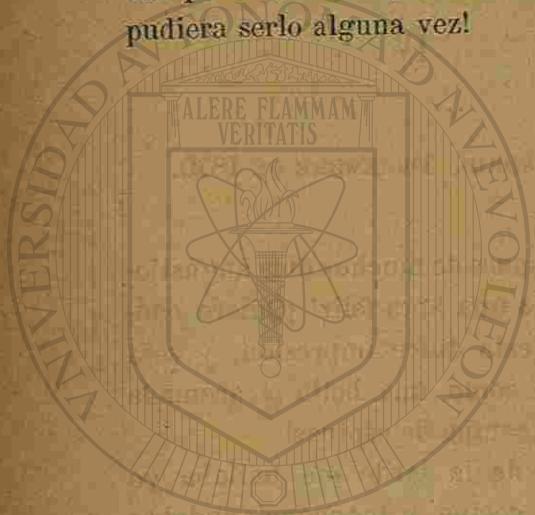
MADRID, DICIEMBRE DE 1875.

¡Hoy, despues de muchos dias angustiosos, he tenido una hora feliz! ¡Quiero consignar aquí esta dulce impresion, y será en este libro como una bella y aromada flor entre un campo de espinas!

A las dos de la tarde me hallaba yo arreglando la cocina, y Juana me ayudaba: me siento mal hace algunos dias; me asaltan de cuando en cuando debilidades y desfallecimientos repentinos, y la cabeza me duele constantemente. Juana llora, me abraza, me besa, me toma sobre sus rodillas como si fuera una niña, y dice estrechándome contra su corazon:

—¡Pobre ángel mio! Es la fatiga, es el

estaba acorde con nuestras aficiones artísticas; pero ahora, ¡qué trabajo tan rudo, tan penoso, tan degradante, si el trabajo pudiera serlo alguna vez!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

MADRID, DICIEMBRE DE 1875.

¡Hoy, despues de muchos dias angustiosos, he tenido una hora feliz! ¡Quiero consignar aquí esta dulce impresion, y será en este libro como una bella y aromada flor entre un campo de espinas!

A las dos de la tarde me hallaba yo arreglando la cocina, y Juana me ayudaba: me siento mal hace algunos dias; me asaltan de cuando en cuando debilidades y desfallecimientos repentinos, y la cabeza me duele constantemente. Juana llora, me abraza, me besa, me toma sobre sus rodillas como si fuera una niña, y dice estrechándome contra su corazon:

—¡Pobre ángel mio! Es la fatiga, es el

exceso del trabajo lo que la mata... ¡Esta espantosa familia acabará con ella!

Desde que he perdido á mi madre estoy rogando á Juana que me llame de tú; porque ¿no es ella la que ocupa el sitio de la dulce madre que perdí? ¿Hay en el mundo quien me ame como esta pobre anciana?

Sería para mí un consuelo el oír que me llamaba con el confiado *tú*, tan simpático á mi corazón; pero ella, que lo empleaba con mi madre, á la que alimentó en su seno, se resiste á usarlo conmigo y me habla en impersonal.

Pero volvamos á mi narración.

Me hallaba en la cocina cuando Teresa vino corriendo y me dijo:

—Ven á la sala. Mamá te llama, porque está allí una señora que te busca.

—¿A mí?

—A tí, sí; ha preguntado por la señorita Elisa Cisneros... ¿no es ese tu apellido?

—Sí.

—Es una señora vieja ya, con el pelo blanco, pequeñita y vestida de negro; dice

que ha llegado de fuera y que su primer cuidado ha sido buscarte; vamos—añadió la niña,—quítate pronto ese horrible delantal azul de la cocina y ven. Mamá te llama.

Me quité, en efecto, el delantal, y fui á la alcoba que divido con Joaquina y con Teresa, y me puse una corbata de crespon negro; hecho lo cual, entré en la sala, donde en efecto, sentada al lado de mi tía, había una señora anciana que se adelantó hácia mí y me tomó ambas manos.

—¿Es á la señorita Elisa Cisneros á quien tengo el honor de hablar?—me preguntó.

—Sí, señora—respondí, sintiendo ya en mi corazón una impresión dulce al ver que á alguien se cuidaba de mí en el mundo.

—Pues bien, hija mía, ¡permítame usted que la abrace!—me dijo la señora echándome ambos brazos al cuello;—he debido á su padre de usted la vida de mi hijo, la mía, y á su madre, que era un ángel, el cuidado de una larga enfermedad; yo era viuda ya y vivía con mi hijo en una habitación al lado de la de sus padres: tenía usted algu-

nos meses: una noche, por la imprudencia de una criada, se prendió fuego á una cortina de mi lecho, estando yo enferma y dormida; cuando desperté, solo pude lanzar algunos gemidos inarticulados; el humo me ahogaba; pero mi hijo, que me adoraba y estaba muy inquieto por mi enfermedad, velaba en un gabinete inmediato; me oyó, entró precipitadamente, y ya las llamas invadian mi alcoba; envuelta en las ropas del lecho, me tomó en sus brazos y me sacó de allí; su madre de usted y su padre estaban á la puerta de su habitacion asustados y sin saber de dónde provenia el fuego; mi hijo me dejó en los brazos de Cisneros y volvió al cuarto incendiado para salvar nuestro dinero, nuestras alhajas y los papeles importantes; pero el fuego ganaba terreno... su padre de usted, querida Elisa, me depositó en un lecho en su misma casa, dijo á su esposa que cuidase de mí, y á pesar de los gritos y de las súplicas de ésta, volvió á mi habitacion...

Ya era tiempo; mi hijo, rodeado de llamas, tenía bajo el brazo un cofrecito que contenia todos nuestros valores; pero ya no podia salir: con valor heroico Cisneros se arrojó entre las llamas que rodeaban á mi desgraciado hijo, le asió por en medio del cuerpo y le dijo:

—Deme usted el cofrecito, y apóyese bien en mí.

Y con una fuerza de que no se le hubiera creído capaz, é inspirado por la caridad más ardiente, cruzó la habitacion que ardia y la sala, sobre un pavimento que le abrasaba los piés y llegó á la antesala, donde ya empezaban á llegar los bomberos y los vecinos para prestar auxilio al siniestro.

Aquí se detuvo la señora, embargada por la emocion, y yo llevé el pañuelo á los ojos, pues corrian por mis mejillas abundantes lágrimas.

—¡Su padre de usted, hija mia— prosiguió,—salia con los cabellos abrasados; su frente y sus manos se habian quemado de

un modo horrible; más ileso salió mi hijo; cuando los ví, me arrojé á los piés de su padre de usted y abracé sus rodillas... le debía la vida de mi hijo, mi propia vida y toda mi modesta fortuna!

Mi morada quedó imposible de habitar; se habían salvado algunos muebles, pero otros muchos se quemaron; sus caritativos padres pusieron su casa á mi disposicion y á la de mi hijo; y habiéndose agravado mi enfermedad con las terribles angustias morales de aquella noche, toda la pasé en la casa benéfica que nos habia acogido, cuidada por los dos, pero sobre todo por su madre de usted, que no se separaba un momento de mi lado,

Poco tiempo despues de mi restablecimiento, mi hijo terminó su carrera de Estado Mayor, y salió con una comision del servicio para Alemania; se trataba de unos estudios militares, acerca de los cuales debia escribir una Memoria y presentarla despues al Gobierno; su estancia en Berlin debia durar seis meses, y se empeñó en que

le acompañara, pues nunca se habia separado de mí.

No tengo que decir á usted, mi querida niña, que mi hijo y yo seguíamos una correspondencia frecuente y afectuosa con sus padres de usted; de repente, y al cabo de algun tiempo, vino á entristecernos la noticia de la enfermedad de su padre, y luego, por informes que mi hijo hizo tomar, supimos que habia muerto... su madre de usted, agobiada de dolor, no pensó siquiera en escribirnos.

Cuando mi hijo terminó su comision, no volvimos directamente á Madrid, sino á Barcelona, donde mi hermano mayor, padrino de mi hijo, se hallaba próximo á perder la vista; yo me quedé á su lado, y Máximo, despues de algunos dias, tuvo que venirse á Madrid; su primer cuidado fué preguntar por la señora de Cisneros, y al fin la encontré en una casa muy modesta; la pobre jóven llevaba su pobreza y su soledad noble y valerosamente, y habiendo perdido á su esposo tan pronto, que

no pudo dejarla ningún recurso, vivía con su Elisa del producto de sus lecciones de piano y de algunas piececitas de música que escribía, y que le pagaban los almancenistas á un precio regular; además bordaba para uno de los mejores comercios. En vano Máximo, por mil medios ingeniosos, trató de hacer llegar á manos de Carolina, su madre de usted, una cantidad regular. Carolina rehusó toda dádiva, todo socorro, todo pretexto, hasta el más delicado y aceptable; lo único que Máximo pudo hacer, fué dejar al despedirse, sobre la almohadita en que reposaba su infantil cabeceita de usted, unos pendientes de diamantes pequeños, diciendo á su amiga:

—Carolina, mi madre me ha dado este estuchito para Elisa; desea que lleve estos pendientes en su nombre.

—¡Son los que tengo!—exclamé;—mamá me los puso, y los he llevado siempre, pues su trabajo daba lo bastante para vivir, aunque con modestia, y nunca quiso venderlos ni privarme de ellos.

—Desde la vuelta de Máximo á mi lado—continuó la señora,—comprendí que Carolina había hecho en su alma una profunda impresion; aquella jóven de veinticuatro años, bonita, delicada, gran artista, de una virtud límpida y pura, no podía verse impunemente.

Un mes despues de hallarse en Barcelona, mi hijo escribió á Carolina su amor, y yo puse al pié de la carta una posdata rogándola que fuese la esposa de Máximo y mi hija, proporcionando así á la suya un amparo seguro. Carolina contestó dándonos gracias con ternura, pero rehusando positivamente y diciéndonos que solo quería vivir para su Elisa.

Los años pasaron; mi hijo fué destinado á la capital de Andalucía, y yo quedé al lado de mi hermano; al cumplir treinta años Máximo, se casó con una jóven que tenía algunos bienes de fortuna y fijó su residencia en Cádiz; yo permanecí al lado de mi hermano, haciendo algunos viajes á ver á mi hijo; hace un mes supe por

Máximo, que jamás ha perdido de vista á su madre de usted, que ésta habia muerto, y que su hija, nuestra querida Elisa, quedaba sola en el mundo; mi hermano, que ya es de mucha edad, quedaba bien cuidado con una sobrina nuestra que acaba de llegar de las islas Baleares á Barcelona; entonces me puse en camino con el solo objeto de buscar á usted, hija mia, y despues de algunas indagaciones la he hallado; yo soy pobre, pues mi escasa fortuna la he gastado en dar carrera á mi hijo y en casar á mi hija Eulalia, que lleva á Máximo cuatro años; vivo de una modesta pension de viudedad; pero todo lo que poseo, mi querida Elisa, lo partiré con usted, y llenaré en lo posible el lugar de su buena madre.

Al llegar aquí la buena señora, mi tía la interrumpió de la manera más brusca y agresiva.

—Mi sobrina—dijo,—tiene mi casa; en ella se la ha recogido con cariño, y no la dejará hasta que la casemos como conviene.

—A lo ménos, señora—repuso la dama

con dulce cortesía, — me ha de permitir usted que hoy me la lleve á comer conmigo; me llamo Eugenia Bernaldez, viuda de Campuzano, y vivo por ahora en la calle del Príncipe, en casa de una familia amiga mia, número 42, piso segundo.

—Lo que es por hoy, Elisa me hace falta á mí—objetó Joaquina;—tiene que componerme un vestido.

—Y á mí aplancharme camisas—añadió César, que sentado nos lejos de mí, mecía las piernas con esa grosería de los muchachos ya crecidos, mal educados y que no han tenido trato ninguno.

—Y tiene tambien que barrer el cuarto de coser—añadió Teresita.

—Ya que Elisa tiene que acudir á tantas cosas hoy, habré de remitir á mañana el placer de tenerla conmigo—dijo levantándose la señora de Campuzano;—pero mañana á las once de la misma vendré yo á buscarla para que almuere conmigo. ¿Querrá usted, hija mia?

—¡Oh, señora, con todo mi corazón—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

exclamé estrechando la mano que me tendía;—y si usted no quiere molestarse, con el permiso de mi tía, Juana me acompañará.

—¿Cómo! ¿aun vive Juana?

—Está aquí conmigo.

—Oh, mi señora Doña Eugenia!—exclamó apareciendo la vieja nodriza;—¿conque se acuerda usted de mí?

—¿Y cómo olvidar, mi buena Juana, á la que amaba tan tiernamente á Carolina, á la que la ayudó á cuidarme durante toda mi enfermedad? Venga usted mañana también á comer con Elisa.

—Lo que es las dos, es imposible,—dijo mi tía.

—No, no, señora Doña Eugenia; que vaya la niña, y yo haré los quehaceres de la casa; así descansará un día, que bien lo necesita.

Mi buena y anciana amiga salió, abrazándome tiernamente.

¡Dios mio! ¡gracias os doy mil veces!
¡ya no estoy sola en el mundo! ¡alguien me

ama! hay en la inmensidad de la tierra quien piensa en mí con afecto y simpatía. ¡Benditos sean mis padres, que sembraron las bellas flores de la caridad para que yo recoja su sabroso fruto! Mi alma está sedienta de afectos... ¡Cómo voy á querer á esta noble y agradecida anciana! ¡Ah, no! ¡la humanidad no es mala, como dice mi tía! ¡esta señora se acuerda de las buenas acciones de mis padres!

V

MADRID, DICIEMBRE DE 1875.

A las once de la mañana estaba yo vestida, y Juana también; yo llevaba mi pobre vestido de indiana negra y mi mantilla de lana; Juana un vestido oscuro y el pañuelo negro, que es su único luto; ambas hemos salido para ir á casa de la señora de Campuzano, no sin que mi tía haya regañado mucho, quejándose de mi prisa por irme á *divertir*. Juana iba á contestar con acritud, pero yo la he recomendado la paciencia y el silencio.

Doña Eugenia vive en casa de una familia amiga suya, bien acomodada, y que le ha cedido una linda salita con chimenea y alcoba; este aposento, gracioso y elegante, me ha recordado el de mi madre; un pia-

no, flores frescas sobre las mesas, libros y algunos cuadros en las paredes, hablan de gustos delicados é inteligentes; parece como que se respira un perfume de decencia, de gracia y de bienestar.

Mi tierna y excelente amiga me ha recibido de una manera completamente maternal; me esperaba, y al verme, me ha abrazado con efusion, y despues ha estrechado la mano de Juana.

—Señora — ha dicho ésta, —dejo á mi niña en muy buenas manos y me voy tranquila y consolada; al menos respirará por algunos instantes lejos de esa familia que la tiene como una esclava. ¡Ah, señora! ¡piense usted de qué modo podremos libertarla de ese martirio! ¡Mi pobre Elisa va perdiendo la salud y las fuerzas bajo el peso del trabajo y de las privaciones! En fin, ¿qué más puedo decir á usted, sino que se está pasando el invierno sin abrigo y sin otro traje que el puesto?

—Elisa me dejará que yo haga lo que su madre haria si viviera—respondió Doña

Eugenia;—y en cuanto á cambiar su suerte y la de usted, mi querida Juana, lo haremos tambien con la ayuda de Dios; no se moleste usted en venir á buscarla, que yo misma la acompañaré á su casa.

Quando Juana hubo salido, la señora de Campuzano me despojó de la mantilla, se sentó á mi lado y me tomó las manos.

—Vamos á lo más urgente, hija mia— me dijo;—y permíteme que te hable de tú, como tu madre hacía, para que tengas más confianza en mí.

—¡Oh, señora! ¡esa dulce franqueza es la mayor prueba de cariño que puede darme!—exclamé.

—Lo creo, y vamos á hablar con toda sinceridad: yo quiero sacarte de casa de tus tíos.

—Eso sería inconveniente, señora, porque no tengo otros parientes.

—No importa; su parentesco contigo es muy lejano; y además, yo tengo mis proyectos... Escúchame bien: si te trajera á mi lado, sería quizá dar pábulo á la criti-

ca, porque yo no puedo tampoco hacer nada por tí, dada mi modestísima posición; pero lo que yo quiero hacer es buscarte una colocación que te dé los medios de subsistir decorosamente, no á mi lado, que soy una extraña para tí, aunque te quiera con todo mi corazón; no en la casa de tus tíos, donde te tratan con inhumanidad, no; lo que yo he de buscar para tí es una colocación en una casa opulenta, en cuya colocación éntre hospedaje, alimento y una retribución regular; ¿no quisieras tú eso?

—Yo quiero lo que usted quiera—le respondí, besando con gratitud su mano.

—Esa gente, hija mia—prosiguió Doña Eugenia,— es casi extraña para tí; nunca te ha conocido ni amado; te ha llevado á su casa para explotarte, para hacerte trabajar sobre tus fuerzas en las haciendas más duras y más groseras de la casa; es, pues, cuestión de dignidad en tí el sustraerte á tan odiosa tiranía y el conservarte en el rango que tenían tus padres, en el rango en que has nacido; créeme, porque

mi conciencia es bastante estrecha, y nunca te aconsejaré una ingratitud ni una indignidad; antes por el contrario, si la familia que te hospeda ahora tuviera algún apuro grave, te diría que la ayudarás en la medida de tus fuerzas; pero de esto á constituirte en víctima suya, hay un abismo que la desgracia y el aislamiento te han obligado á franquear; felizmente yo te he encontrado, y ya no estás sola; poniendo en juego mis relaciones, yo hallaré para tí una plaza de aya en una casa digna y honrada; yo, hija mia, no te diré jamás que no trabajes, sino todo lo contrario; el trabajo honra y enaltece, el trabajo es el reposo, es la satisfacción de sí mismo, es el más fiel amigo, es muchas veces el origen de la fortuna; para tu juventud y tu belleza será un noble defensor. ¿Me crees, mi amada Elisa? ¿quieres dejar tu suerte en mis manos?

—¡Oh, señora! ¡oh bienhechora mia!— exclamé arrojándome en sus brazos;—yo confío á usted mi destino como se lo con-

fiaría á mi madre! Pero ¿y Juana? Yo no puedo abandonarla... es un legado de mi madre...

—El abandonar á esa pobre anciana sería una inhumanidad imposible para toda alma buena; lejos de eso, debes tener la satisfacción de que te lo deba todo á ti; pero ya hablaremos de eso; almorzaremos, que despues hemos de salir á dar un paseo.

Yo miré con rubor mi pobre traje; mi respetable amiga me comprendió, se sonrió, y volvió á abrazarme con ternura.

Despues de almorzar las dos solas, salimos á visitar algunas tiendas; la señora de Campuzano ha elegido un corte de merino negro para mí; un elegante paletot de paño y un traje completo de lana para Juana, inclusa mantilla, y ha mandado que lo lleven todo á su casa: despues me ha llevado á la de una excelente modista de sombreros, y ha elegido para mí uno de luto, muy sencillo, pero muy bonito y de una forma modesta: ¿yo no sé de qué modo agradecer á esta generosa dama

tantos beneficios! ¡Dios, que es el padre de los huérfanos, el soberano compensador de todas las buenas acciones, pagará mi deuda!...

Al volver á casa, hemos comido las dos solas, y luego hemos conversado un largo rato.

¡Qué encanto hay en esta señora; qué trato tan dulce; qué atrayente naturaleza la suya! ¡La bondad y la inteligencia son irresistibles en todas las edades!— Se me ha hecho el tiempo á su lado, breve como nunca; á las diez de la noche, un coche de plaza nos ha llevado á casa de mis tios; el cochero, llevando nuestras compras, me ha acompañado hasta la puerta de la habitación; la señora de Campuzano ha vuelto á su casa en el mismo carruaje.

VI

MADRID, DICIEMBRE DE 1875.

Quando he llegado á casa, no he visto á nadie, pues todos se hallaban acostados. Juana sola me esperaba; ha tomado una luz y me ha conducido al dormitorio que ocupo en compañía de Joaquina y de Teresita.

Mi lecho es el más malo de los tres; y esto que digo, bien sabe Dios que no encierra una queja: tal como es, yo agradezco á mis tios con toda mi alma este humilde lecho; pero apenas descanso en él despues de las fatigas de todo el dia.

Mi prima se despertó y se volvió hácia la pared con muy mal humor.

—No era bastante para tí— me dijo—el haber pasado todo el dia divirtiéndote, que

ahora vienes á quitarnos el sueño; hazme el favor de apagar cuanto antes la luz.

Nada he podido hablar con Juana acerca de lo sucedido hoy y del vestido que la traigo. ¡Dios mio, qué desgracia tan grande es la pobreza! ¡Hasta la paz moral se compra por medio de un poco de oro!

Sin embargo, yo no quiero otro dinero que el que pueda ganar con mi trabajo, y aceptaré la mayor pobreza, y hasta la más grande miseria, antes que mejorar mi suerte por ningún medio que sea contrario á la paz de mi conciencia. Recuerdo la calma celeste de mi madre en medio de la trabajosa vida que llevaba, su constante y dulce tranquilidad, á pesar de la escasez de sus medios de fortuna.

Cuando se ha levantado mi tia, he ido á enseñarle los regalos de mi respetable amiga.

—¡Cómo! ¡un sombrero!—ha exclamado:—pues ahora va á serte del todo inútil.

—¿Y por qué, señora?—he preguntado yo.

—Porque mañana van á llegar dos hués-

pedes que he tomado, á los que tendrás tú que servir.

—¡Cómo! ha tomado usted dos huéspedes, tia mia!—repetí asombrada.

—Sí, dos guapos muchachos cubanos que vienen á visitar la Península. Doña Tomasa, mi amiga, tiene la casa llena de huéspedes, y me los envía á mí para que saque partido: conque ya sabes, desde mañana irás tú á la compra, porque tu tio no entiende una jota; y cuidado con lo que traes: á ver si te esmeras en la comida y en servirles con todo primor: si quieres ponerte el sombrero para ir á la plaza á buscar las provisiones, eres dueña de hacerlo; á mí poco me importa.

Y mi tia se ha echado á reir con una expresion malvada, haciendo el duo mi prima.

La indignacion ha enrojecido mi frente: esta cruel venganza por el inesperado apoyo que la Providencia me envía, esta envidia baja y cruel, de un solo dia de sol que he tenido, me han parecido de una villanía sin ejemplo.

—Señora—he dicho,—yo haré dentro de casa cuanto usted tenga á bien ordenarme; pero no haré nada para servir á esos caballeros, ni aun me verán, si puedo evitarlo; y en cuanto á ir á comprar las provisiones para la comida, debe usted pensar también en encargarlo á otra persona, pues yo soy para eso muy incompetente, no habiéndolo hecho nunca.

—Ahora aprenderás, y á la vez lucirás el palmito con los cubanos, que son galantes.

Ahogada por el llanto y por la indignación, he salido de la habitación: no, no conseguirán de mí que me humille hasta el punto de renunciar á mi decoro. Mi madre me amparará desde el cielo, y mi buena amiga, la señora de Campuzano, me dará su auxilio: si mi tía insiste, le enviaré una carta con mi fiel Juana, noticiándole lo que sucede: aunque mi tía y mi prima se encargasen por completo del servicio de esos jóvenes, la más vulgar idea de decencia y de pudor se opone á que yo habi-

te bajo tu mismo techo; á los ojos de Dios nada se oculta, y él sabe que dentro de la casa he sufrido todas las vejaciones, todas las crueldades que han querido imponerme... pero valerse de mi estancia aquí para traer bajo nuestro techo á dos personas extrañas; obligarme á servir yo misma á esos dos jóvenes; exponerme á sus galanterías atrevidas, es decir, á sus insultos; descender yo por mi voluntad, por una indigna cobardía, del sitio que mi educación y mi dignidad me tienen asignado, del sitio que mis padres ocupaban y que me han legado... lo que es eso, jamás. ¡Todo esfuerzo es noble, si se dirige á evitar esa mengua!»

VII

«MADRID, DICIEMBRE DE 1875.

Al amanecer de hoy me ha llamado mi tía.

—Vas á hacer las compras del día—me ha dicho;—entra á buscar dinero.

—Es inútil—la he contestado—repito á usted lo que dije ayer: nada entiendo de esos asuntos.

—¡Habrás visto la insolente!...

—Repito que es inútil que usted se enoje, tía mía; no haré lo que usted desea: me es imposible.

—¿Y qué remedio tendrás? Los huéspedes llegan hoy mismo y han de comer aquí.

—Nada tengo que ver con eso.

—¿Pues quién tiene que ver?

—Usted y Joaquina.

—¿De qué modo me desobedeces?

—No puedo hacer otra cosa.

—¡Sal al instante de mi casa, ingrata criatura! ¡Te despido, te arrojé de ella!

Al decir estas palabras, los ojos de mi tía arrojaban fuego: yo estaba sobrecogida de miedo, y me eché á llorar.

—¡Al momento, fuera de mi casa! —gritó de nuevo mi tía, cuyas mejillas estaban rojas y cuyos labios temblaban de ira.

—Sí, señora; me iré —dije con voz trémula; —pero deje usted que sepa adónde... Ahora no sé qué hacer...

En aquel instante, y atraídos por las voces, llegaban mi tío y Juana.

—Y ya que no sabes qué hacer, ya que no tienes dónde refugiarte, ¿por qué no me obedeces, insolente?

Y mi tía descargó sobre mi mejilla un bofetón tan fuerte, que me hizo retroceder algunos pasos.

Juana se arrojó ciega de ira á su vez hácia la iracunda señora, y la hubiera golpeado también, á no haberse interpuesto

mi prima, que, fuerte y robusta, empujó á la anciana y la separó de su madre.

Entonces Juana se acercó á mí, me abrazó llorando, y cubrió de besos mi frente y mis cabellos.

—¡Lo que has hecho es indigno, es innoble! —exclamó mi tío dirigiéndose á su mujer; —¿cómo has podido olvidar que es una criatura huérfana y desvalida?

—Y á tí, imbécil, ¿quién te manda meterte en nada? —dijo mi tía; —me ha desobedecido, y la he castigado! ¡Ahora hará lo que la mando, ó saldrá de casa en el instante con esa vieja bruja!

—Nos hubiéramos marchado esta tarde —dijo Juana; —pero nos marchamos ahora. ven, hija mía, ven conmigo... No quiero dejarte sola ni un instante al lado de esa furia: ven, recogeremos nuestras cosas, y saldremos al instante de esta casa donde tanto has sufrido.

Mi tía volvió la espalda y salió, dando un tremendo portazo.

—¿Dónde iremos? —exclamé llorando y

arrojándome en los brazos de Juana apenas nos hallamos en el cuarto donde yo dormía.

—A donde únicamente podemos ir... á buscar á Doña Eugenia; no te aflijas.

— ¡Dios mio! Apenas la hemos conocido, y ya vamos á pesar sobre ella.

—No importa; la conozco mejor que tú: es toda corazon, y no olvidará jamás lo que tus padres hicieron por ella.

Juana y yo hemos recogido nuestros pocos efectos; y en tanto que aquélla iba á buscar un coche para conducirlos, yo he entrado á despedirme de la familia.

—Mi querido tío—le dije abrazándole,—reciba usted la expresion de mi gratitud más viva por todo lo que ha hecho por mí... Nunca olvidaré sus beneficios en el mes y medio que he pasado en su casa.

— ¡Beneficios! ¡Pobre niña!—murmuró el buen señor;—bastante harás con olvidar lo que has sufrido aquí; tu tía ha salido á preparar las cosas para esos dichosos huéspedes... ¡Ocurrencia como ella! Yo me voy á

la oficina antes de que llegue, porque traerá un humor endiablado...

El pobre señor salió enjugándose los ojos.

Entonces fui á abrazar á Joaquina, que se retiró dos pasos.

—Anda con Dios, me dijo secamente: eres una ingrata; llegará día en que te pese el haber abandonado esta casa.

Los dos niños no esperaron á que yo fuera á abrazarlos, sino que se abrazaron ellos á mí.

Juana volvió y me dijo que el coche esperaba, empezando á bajar nuestros escasos efectos.

—¿Con qué vas á pagar el coche?—me preguntó burlonamente Joaquina.

—Con el dinero que yo he cobrado de mis costuras, ha respondido Juana con muy mal modo.—¿Creen ustedes que esta niña está ya abandonada de todos? Pues sin contar otras personas, aun le quedo yo: vamos, Elisa, ya está todo abajo; marchemos.

Me he puesto mi pobre manto de lana y me he dirigido á la escalera con los ojos llenos de lágrimas... mi corazón se ha oprimido al dejar esta casa, primer asilo que he tenido despues de haber perdido á mi madre... ¡Estoy tan sola sobre la tierra!

El coche ha partido, y en vano Juana ha procurado infundirme ánimo en el camino. Nada sabía Doña Eugenia de la determinación que me he visto obligada á tomar: ¿si pensará que no he querido sufrir nada, para acogerme completamente á su amparo, para que me pague á mí con usura lo que en otro tiempo debió á mis padres? Pobre y desvalida como soy, todo lo temo, porque la desgracia y el dolor son susceptibles hasta lo sumo: en fin, al llegar me esperaba algo que me reanimó y disipó mis dolorosas aprensiones: la señora de Campuzano me recibió con la efusión de una madre, y subidos al instante nuestros efectos, Juana le contó, no bien pagó y despidió el carruaje, todo lo sucedido.

—¡Déjame que te abrace, hija mia!—ex-

clamó la buena señora;— lo que has hecho es digno y bueno, y te honra de todos modos: tú no podías permanecer un instante más en esa casa, si estimabas en algo tu decoro: al llevar bajo el mismo techo que tú á dos jóvenes, á dos hombres desconocidos, esa mujer atentaba á tu dignidad y te arrojaba de su casa por este solo hecho: sosiégate; almorzaremos, y despues te quedarás aquí con Juana, y yo saldré para hacer por tí lo que debo y quiero hacer: no te aflijas, no llores, que Dios no desampara al que le implora con fervor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

VIII

«MADRID, DICIEMBRE DE 1875.

Mi respetable amiga ha salido; y yo, que en los dos meses que he pasado en casa de mi tía solo tres veces he podido ir á misa, la he pedido permiso para ir con Juana á la iglesia del Cármen.

Allí he permanecido más de dos horas, elevado mi corazón á Dios, orando y hablando con mi madre.

Siete días faltan para acabar el año... ¡Dios mío, cómo será para mí el de 1876! ¡qué suerte me tendrá reservada el cielo! ¡Dios mío, yo no os pido otra cosa que salud y trabajo! ¡soy pobre; pero no me quejo de no tener bienes de fortuna, no! ¡con asegurar el pan diario para mi vieja Juana y para mí, seré muy dichosa!

.....

Poco despues de haber vuelto nosotras á casa, ha llegado Doña Eugenia.

Traía el semblante triste, y me ha dicho con voz conmovida:

—Mi amada Elisa, la colocacion que por ahora he hallado para tí, es bien humilde, bien modesta!... Yo creía hallar otra cosa, y quizá la encontraré con el tiempo... ¡pero hoy no es posible!

—Mi querida señora, cualquiera medio de ganar mi pan y el de Juana son buenos para mí, y cualquiera que halle, lo agradeceré á usted como un inmenso beneficio.

—¡Ay, hija mia! ¡Cuando sepas de lo que se trata, acaso no dirás eso!

—Diré lo mismo, señora.

—Tu conformidad me infunde valor...

Oye, pues; he ido á casa de mi amiga la condesa D...; pero una de sus hermanas se halla enferma de gravedad en París, y anoche ha marchado á verla: desde allí me fuí á casa de una familia muy rica, aunque sin saber qué sitio podria pedir para tí, pues las dos niñas que hay tienen aya ex-

tranjera; la madre de estas niñas, jóven aún y bella, se halla imposibilitada en un sillón, y no puede hacer nada: el marido es agente de Bolsa, rico y enteramente absorto en sus negocios; hay bastantes criados, y para dirigir la casa hay un ama de gobierno: es más que probable que esta casa se monte bajo un pié de elegancia y de opulencia aun mayor, pues he oído que van á conferir un título al esposo; animada por estas circunstancias, he ido allí y he planteado la cuestion en estos términos á la pobre enferma:

—Mi querida Luisa, conozco una jovencita muy linda, muy bien educada y muy desvalida; es huérfana, y á los diez y siete años tiene que ganarse el pan de cada día: ¿habria en su casa de usted algo en que ocuparla? Si yo tuviera aquí casa, de ella no saldria; pero ya sabe usted que vivo en la de unos amigos; así que deje á Elisa colocada, me volveré á marchar, pues solo he venido para saber cuál era su suerte y ayudarle en todo lo posible; si no puedo

dejarla en su casa de usted, me la llevaré conmigo á Barcelona y estará en la de mi hermano.

—Mi buena amiga—ha contestado Luisa;—en esta casa hay un sitio; pero si esa señorita es persona bien educada, acaso no le convenga.

—Veamos cuál es.

—Se necesita una costurera, que coma y duerma aquí; se le da cama, mesa y seis duros al mes: ¿le convendrá esto?

—Acepto por ella; pero sepa usted, mi querida Luisa, que puede ser institutriz ó señorita de compañía.

—Por eso quizá no querrá desempeñar el humilde cargo que es hoy el solo vacante en esta casa.

—Lo aceptará con gratitud y lo desempeñará con el más grande celo.

—Aquí hay mucha costura, pero vulgar, comun y sin lucimiento; siento mucho ocupar en cosa que tan poco vale á una jóven de buena educacion; pero, ¡qué remedio! nada más puedo ofrecerla.

—¿Y desde cuándo puede venir?

—Desde hoy, si quiere.

—No, mi querida Luisa; los pocos dias que restan de este mes los pasará conmigo, y el dia primero de año vendrá.

—Quedamos en eso.

Me despedí de Luisa—continuó la señora de Campuzano,—y he venido corriendo á darte estas noticias, mi amada Elisa; ya sé que no son buenas, pero...

—¿Y Juana?—pregunté llena de angustia al ver que para nada se hacía mención de la pobre vieja.

—Juana no puede estar en tu compañía respondió la señora; mas en esta misma casa hay una piececita aboardillada, donde tiene un asilo humilde, pero seguro, que podrá partir contigo el dia que te sea necesario; yo le daré tres duros cada mes; ella hará algunos mandados, le darán camisas en la tienda para donde ahora cose, y como el cuartito no le costará nada, pues se lo darán de balde, podrá ir pasando; irá á verte, y tú vendrás á visitarla; si llega

para tí de nuevo el día de la desgracia, si no puedes seguir en la situación en que vas á quedar colocada, ya no te verás sin abrigo donde cobijar tu cabeza, ni Juana tampoco; una humilde boardilla es, cuando no hay otro, un asilo precioso; perdónadme las dos si no he podido hacer más...

El pan de hoy está seguro; mañana veremos algo mejor.

Juana y yo dimos mil gracias á nuestra bienhechora; por mi parte, el trabajo más humilde, el más penoso, me parecerá un beneficio del cielo. A Juana le parece preciosa la independencía en que va á estar colocada, porque le permitirá mirar por mí.

En fin, dentro de siete días voy á empezar á comer el pan de la servidumbre... Pero ¿hay algun estado en la vida que la inteligencia y la honradez no puedan ennoblecer? El espíritu de mi madre me dará valor y celo para cumplir con mis deberes.

CONTINUACION DEL DIARIO DE UNA JOVEN POBRE

I

«MADRID, ENERO DE 1876.

A las siete de la mañana de hoy, primero de año, mi excelente amiga la señora de Campuzano me ha traído á casa del Conde de la Roca, que así se llama mi nuevo señor; porque ¿soy otra cosa yo que una costurera, es decir, la servidora humilde de todos los de la casa, incluso las dos petulantés doncellas?

Mas perdonadme, ¡Dios mio! mi orgullo gime y se revuelve contra los golpes del destino; mi corazón llora sangre. Sin embargo, yo quiero tener conformidad, y la tendré; no he de ser cobarde ni débil, rebelándome contra lo que tú, mi Dios, dispones.

La Condesa dormía, y toda la familia

dormía también; solo una de las doncellas se hallaba levantada y limpiaba el lavabo de las niñas.

—Rosa—dijo Doña Eugenia,—aquí está la señorita Elisa, que va á desempeñar una plaza en esta casa; yo me voy, y ella puede empezar á cumplir con su obligación.

—¿Es la costurera de que nos ha hablado la señora Condesa? Falta nos está haciendo.

—No olviden ustedes, Rosa, usted y sus compañeras, que mi protegida es una señorita á la que la desgracia obliga á aceptar un sitio tan modesto.

—No lo olvidaré por mi parte, señora Doña Eugenia.

—Ahora, adiós, ¡hija mía!—exclamó la buena señora;—esta misma noche me voy á Barcelona; escribiré así que llegue, y tú escríbeme también,

La abracé con lágrimas; me pareció que me quedaba sola en el mundo. Rosa esperó algunos instantes á que me tranquilizara, y luego me dijo:

—¡Pobre jóven! ¡Nada se remedia con llorar! Venga usted y le enseñaré su cuartito, que es bien malo; pero no hay otro en casa que darle.

Tal era el aflictivo estado de mi ánimo, que ni siquiera ví cuando salió mi amiga, la que á su vez me dejó precipitadamente para ahorrarme y evitarse la amargura de la despedida.

Rosa, como he dicho, esperó á que me serenase un poco, y luego me acompañó á un cuartito pequeño y situado dentro del comedor y al lado del de la plancha.

Es una habitacion muy pequeña, que contiene una camita de hierro sin cortinas, una cómoda vieja, una mesita con un espejo cuadrado colgado de un clavo, y dos sillas, con otra baja además para la costura.

La ropa de la cama es basta y lisa; la cómoda, de desecho, no tiene llave en ninguno de los cajones; la mesita está despintada; el espejo no ha costado ni seis reales... Una opresion terrible se ha apoderado de mi ánimo.

mo; me he acordado de mi gabinete en la casa de mi madre, de aquel nido tan lindo, y que ella arreglaba para mí; de su amor, de sus cuidados; y tanta soledad ha helado mi triste corazón.

Sin poderme contener, me he dejado caer en una silla y me he echado á llorar amargamente. Rosa ha salido y ha mandado al criado de la casa que entrase mi baúl y mis paquetes; despues la misma Rosa ha puesto agua en una jofaina sostenida en un aguamanil de hierro, y me ha dejado sola, acaso cansada de verme llorar, y acaso sin saber qué decir para consolarme.

Durante largo tiempo he estado llorando; pero Dios ha dejado oír su voz paternal en el fondo de mi alma.

—Consuélate—me ha dicho.—Por miserable que te parezca el sitio que ahora tienes, no hay ninguno que no ennoblezcan el trabajo y la honradez: ayúdate, y yo te ayudaré. Yo soy el Dios Todopoderoso que tiene en sus manos los destinos de toda la humanidad y los corazones de todos sus

hijos; yo soy el que ha dicho:—«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»—Tén valor y trabaja, esperando en mí; tu madre está á mi lado y me ruega por tu dicha; tras de los dias aciagos vienen los serenos; yo soy el sol de eterna justicia y el origen de toda dicha; en último caso, aunque sufras ahí, yo te guardo al lado mio, al lado de tu madre, la celestial compensacion.»

Esta voz augusta me reanimó. Me levanté, me quité la mantilla, abrí mi baúl, y sacando mi pobre ajuar, lo fui colocando en la cómoda; una hora despues salí y pedi á Rosa, que se hallaba en el comedor, la labor que debia desempeñar.

—¡Jesús!—exclamó ésta;—hay una cantidad enorme de ropa blanca que reparar: como que ni Pepa ni yo tenemos tiempo de hacer nada, con vestir á las niñas, salir con ellas, vestir y peinar á la señora Condesa: ahora mismo voy á llevarle á usted un cesto lleno de ropa que arreglar, y una caja de hilos de todas clases.

Un instante despues, sentada yo en la silla baja, tenía delante de mí una cesta enorme de ropa destrozada y maltraída; aunque fina y de gran precio; se conoce que toda la lencería de la casa está en un estado de completo abandono.

A las once han entrado en mi cuarto la institutriz y el ama de gobierno; yo me he levantado para saludarlas. La institutriz es una jóven francesa, de bonita figura, y al parecer muy coqueta; el ama de gobierno es anciana, alta, flaca, de rostro severo y anguloso; la costumbre de luchar con los criados y de regañarles ha dado una expresion dura á su fisonomía.

—Vamos, hija mía—me ha dicho con una voz que procuraba hacer suave sin poderlo lograr;—basta de costura por ahora; almorzará usted con nosotras en este comedor pequeño, y luego entrará usted á ver á la señora Condesa, que está impedida y sin poder dejar su sillón jamás; es bien triste, porque aun es jóven y bella.

Hemos almorzado solas el ama de llaves

Doña Agustina, Mlle. de Melval y yo; pero apenas he podido tomar una taza de té con unas gotas de leche.

He advertido que la institutriz me mira con alguna prevencion; apenas me ha dirigido la palabra; al terminar nuestro almuerzo, Doña Agustina me ha invitado á seguirla al salón donde habitualmente se halla la señora Condesa; en el camino, y con mucha reserva, me ha dicho que esté muy en guardia con la institutriz, porque es muy envidiosa y me tiene ya aversion.

—¿Por qué causa?—he preguntado admirada.

—Porque es usted más bonita que ella; sí, es usted verdaderamente bonita; ¡qué hermosos cabellos rubios! ¡qué linda y atractiva figura!

—Me favorece usted mucho, señora—le he dicho toda ruborizada;—solo anhelo parecer bien en lo que toca á cumplir con mi obligación, y si tengo algun mérito, es el de desear complacer.

—Pues á la francesa maldito lo que le

importa el cumplir con la suya, y además ha engañado á la señora; le dijo que podría enseñar á las niñas el francés, el inglés y el italiano; y si sabe la primera de estas lenguas, porque es la suya, de las otras dos sabe tan poco, que las niñas se eternizan con las lecciones.

—Yo se las repasaré, si lo permite la señora Condesa.

—¿Qué! ¿sabe usted el inglés y el italiano?

—Sé ambos idiomas regularmente.

—Entonces, ¿por qué se pone usted á costurera?

—No conozco á nadie para poder buscar lecciones, y además estoy sola en el mundo.

Llegamos en esto al salon.

La Condesa, que tendrá unos treinta y cuatro años, es aún muy bella y tiene una fisonomía muy dulce y atrayente; sentada á sus piés, en una banqueta, estaba una niña de diez años, y otra de ocho se hallaba jugando con una muñeca.

—Señora Condesa, esta es la jóven cos-

turera que ha llegado esta mañana—ha dicho el ama de gobierno.

—Bien llegada, señorita—ha dicho con afabilidad la dulce voz de la Condesa.—

¿Cómo es su nombre de usted?

—Elisa Cisneros, señora Condesa.

—¿Y mi buena amiga Doña Eugenia?

—Me acompañó hasta aquí y se marchó.

—¿La han instalado á usted en su cuarto?

—Sí, señora.

—Ya hace tres horas que está cosiendo en él—añadió Doña Agustina.

—Me ha dicho nuestra amiga que ha recibido usted una educacion excelente—dijo la Condesa.

—En efecto, señora—respondí,—debo á mi tierna madre el beneficio inestimable de saber algo, aunque poco; la señora Condesa me atribuye acaso en su bondad méritos que no tengo.

—¿Sabe usted música?

—Un poco.

—¿Querrá usted dejarse oír de mí en el piano?

—Cuando la señora Condesa lo ordene.

—Ahora mismo: ¿sabe usted alguna pieza de Donizzetti? Es mi autor favorito.

—Y el mio tambien; ¿le agradará á la señora Condesa la romanza de barítono de *Don Sebastian?*

—¡Oh, sí! Tóquela usted en el piano.

Me senté y ejecuté la cavatina *¡Oh mia Lisbonne!* lo mejor que me fué posible; la Condesa parecia arrobada de entusiasmo.

—Mi pobre Elisa—me dijo tomándome la mano;—en mi casa ocupa usted un sitio muy inferior á su mérito... Yo la colocaré en la de alguna de mis amigas de una manera más ventajosa...

—¡Oh no, no, señora Condesa! —exclamé;— aquí me ha colocado mi bienhecho-
ra, y yo estoy contenta aquí; ¿por qué he de cambiar por otra, una situacion que me agrada tanto?

—Inés, véte á estudiar á tu cuarto—dijo enojada la Condesa, al ver que su hija mayor ni aun miraba al libro, distraída con la conversacion;—hace que estás con esa lec-

cion ocho dias, y hoy, como ayer, vas á quedarte sin comer.

La niña se levantó llorando y se dirigió á la puerta.

—Si la señorita Inés quiere—la dije,— puede venir conmigo, y yo la ayudaré á comprender su leccion.

—¿Sabe usted el inglés?

—No muy bien; pero sí lo bastante para evitar á la niña un castigo y á la señora Condesa un mal rato.

Inesita se asió de mi mano y me dijo en voz baja:

—Vamos, vamos antes de que venga la señorita Melval, que se queja á mamá de que no estudio.

Cuando despues de saludar á la Condesa me he retirado con Inés, ésta me ha dicho:

—La señorita Melval no nos enseña nada ni nos saca de ninguna duda; yo tengo ya diez años y la conozco muy bien. La pobre Anita, que solo cuenta ocho, tampoco adelanta nada en sus lecciones, y mamá se disgusta y nos castiga todos los dias.

—Y dígame usted, mi querida niña, ¿qué aprende Anita, que solo cuenta ocho años?

—Aprende á la vez el solfeo y á escribir; pero hace unas planas muy malas, y cada dia está más torpe para leer las notas.

—Si ustedes quieren, yo les repasaré todos los dias sus lecciones; solo temo una cosa.

—¿Qué es?

—Que se dé por resentida Mlle. Melval; yo desearía repasar á ustedes sus lecciones y aydarles á estudiarlas sin que ella supiera nada.

—Pues es muy fácil en cuanto á mí; me levanto temprano, y antes de que despierete la institutriz repasaré el inglés con usted. Quizá Anita no se despertará; pero de mí aseguro á usted que sí.

—Repasará Anita el dia que se levante, y usted lo mismo.

En mi pobre cuartito he ayudado á Inesita á comprender su leccion; es una niña

encantadora y de una comprension algo tarda, pero segura y profunda para su edad.

—Cuando ha dado la leccion en presencia de su madre, la institutriz ha quedado llena de asombro; pero no ha hecho ninguna observacion ni ha preguntado nada.

—De modo, señorita, que el no aprender usted es porque no quiere estudiar—ha dicho muy seria;—eso ya lo sabía yo; pero hoy me he convencido más de lo que lo estaba.

II

MADRID, ENERO DE 1876.

Doña Agustina está asombrada de la gran cantidad de ropa que cada día arreglo; y á pesar de esto, he hallado tiempo para cortar y coser el vestido que me regaló la señora de Campuzano; mi respetable amiga me ha escrito enviándome una letrita de doscientos reales, sesenta para Juana y ciento cuarenta para mí; me dice que los emplee en mis gastos hasta que cobre el sueldo del primer mes; pero yo no quiero hacer uso de este dinero; no, me he propuesto que todo cuanto tenga, cuanto gaste, sea ganado por mí; me he propuesto que mi trabajo baste á todas mis necesidades.

Juana viene á verme todos los días por

la mañana; me dice que le va muy bien en su cuartito, que hace algunos mandados, medias para las tiendas y algunas camisas; ¡pero la pobre viejecita se entristece sola, y yo no puedo remediar su soledad! Esta es una de mis penas mayores: ¿y qué hacer, Dios mío? No hay otro remedio que tener resignación, y yo la tengo más que Juana...

He estado á verla dos tardes, acompañada de Doña Agustina, y cuando he salido de su boardilla se ha echado á llorar; la verdad es que Juana estaba acostumbrada desde su juventud á no separarse del lado de mi madre, y antes de la casa de mis abuelos; á su edad la soledad es muy triste... y sin embargo, yo no puedo remediar este mal. ¡Dios nos dé conformidad á las dos!

He preguntado á la Condesa si quiere que me encargue yo de vestir y peinar á las niñas por las mañanas, y me ha concedido permiso para hacerlo; á la verdad, estas criaturas tienen el cabello muy descuidado, y sus vestidos, aunque de gran precio, están rotos, descosidos y maltrata-

dos; la doncella destinada al servicio de Inés y de Anita no cose, ni lo hace nadie en todo el día; veremos á ver si yo puedo poner un poco de orden, aunque lo considero muy difícil, si no me he de conquistar enemistades conforme vaya descubriendo las faltas del servicio, tan numerosas en esta casa.

III

ENERO DE 1876.

Son las doce de la noche, y la casa va quedando en silencio; hoy ha sido el santo del Conde, y hemos tenido muchos convidados; entre ellos un amigo suyo, capitán de inválidos, y al que le falta el brazo derecho; la vista de este pobre jóven me ha conmovido profundamente; su mirada es triste, y aun más que triste, amarga y desolada; apenas cuenta treinta años, y se ve mutilado, pues no solo le falta el brazo derecho, sino que tiene dos terribles cicatrices en la cara, una de las cuales le divide la mejilla, y otra le atraviesa la frente con una raya profunda de un color encendido.

Yo he comido, como todos los días, con el ama de gobierno y la institutriz, que me

demuestra cada día mayor antipatía; la Condesa ordenó que de la mesa suya nos sirvieran un plato, helados y dulces; cuando acabábamos de comer, llegó Rosa y me dijo, mirando á la institutriz con aire de desafío y de provocación:

—Señorita Elisa, vístase usted pronto y lo más elegante que pueda.

—¿Para qué?—pregunté admirada.

—Porque la van á llamar á usted al salon.

—¿A mí?—exclamé toda asustada.

—A usted, sí; la señora Condesa quiere que toque y cante acompañándose alguna pieza en el piano. Mlle. de Melval me lanzó una mirada envenenada, y luego se echó á reir.

Yo estaba tan disgustada y tan confusa, que no reparé en su enojo; antes que pudiera decir una sola palabra, entró un criado y me dijo:

—La señora Condesa suplica á usted que venga al salon.

—Diga usted á la señora Condesa que

me pondré á sus órdenes dentro de algunos instantes—contesté temblando.

Me puse á toda prisa mi vestido nuevo, regalo de Doña Eugenia y hecho por mí; una corbata, un collar y unos pendientes negros, regalo una y otra cosa de Inés y de Anita.

Cuando aparecí á la puerta del salon, ya estaban tomando el café; á la Condesa la habian conducido en su sillón desde el comedor; Inés y Anita corrieron á mí y me llevaron al lado de su madre, ante la cual me incliné como en demanda de sus órdenes.

—Querida Elisa —me dijo, — espero de usted un favor.

—Solo deseo complacer á la señora Condesa.

—Pues bien; va usted á hacernos un poco de música; cante algo acompañándose, y luego tocará alguna pieza de las que repasa por las mañanas temprano y que yo oigo alguna vez.

—Voy á obedecer á la señora Condesa —dije inclinándome con mucho temor.

Un caballero anciano y que sin duda ignoraba mi cargo de costurera, me ofreció el brazo y me condujo al piano; mientras me sentaba, oí algunas voces vagas que decían:

— ¡Qué linda muchacha! ¡qué aire tan dulce y tan modesto! ¡parece una niña! ¡tiene una cabeza angélica!

Canté primero el aria de salida de *Sonámbula*, y quedé ensordecida con los aplausos que me prodigaron; después toqué dos piezas, un capricho de Chopin, y una plegaria á la Virgen; y en tanto que estuve al piano no cesaron las muestras de aprobacion de todos los concurrentes; el Conde vino á buscarme al piano, me dió gracias, me felicitó, y me llevó al lado de su esposa.

Todos me llenaron de plácemes; solo el pobre inválido me dirigió una larga y elocuente mirada; pero nada me dijo, sin duda por una invencible timidez, hija de su estado. ¡Pobre jóven! una amarga melancolía se halla impresa en sus ojos y en la expresión general de su semblante!

IV

MADRID, ENERO DE 1876.

Hace ya seis dias que nada he escrito en mi diario. Juana ha caído enferma, y he solicitado permiso para estar á su lado y cuidarla. La Condesa me lo ha otorgado al instante; es muy buena y muy sensible, y la dulzura angelical de su carácter no ha podido ser alterada ni aun por su penosa dolencia; todos los dias envía al ama de llaves ó á Rosa, y me traen azúcar, bizcochos, chocolate y provisiones para mí.

Juana tiene un reuma articular con gran fiebre; sus padecimientos, que son graves, me afligen profundamente; sentada todo el día á la cabecera de su cama, la cuido lo mejor posible, y espío en su rostro cuando está mejor, cuando la calma bienhechora

de la conformidad cristiana descende hasta ella... ¡Dios mio! si la perdiera, si dejase este valle de dolor por las regiones celestes donde habita mi madre, ¡qué sola, qué aislada me quedaria sobre la tierra! ¡ah! viva esta pobre anciana, aunque sea sin poderse mover de un asiento, sin poderme yo separar de su lado... perderé la colocacion que hoy tengo, lo sé... pero el deber ante todo, por rudo, por penoso que sea su cumplimiento.

Este deber es á la par dulce y doloroso para mí; cuidando á esta pobre anciana, me parece que cuido de mi madre, que la queria tanto; sentada á la cabecera de la enferma, coso y arreglo toda la ropa blanca de la casa que Doña Agustina me envía con un criado; tambien escribo alguna vez á la señora de Campuzano; los 140 reales que ésta me remitió, los he gastado en el cuidado de la enferma, y además he pedido á la Condesa un adelanto de 500 reales sobre mi sueldo.

Un criado viene cada mañana y trae

caldo hecho para todo el dia; ayer Rosa vino con las dos niñas, y pasaron largo rato conmigo; esta excelente familia no me olvida, y tiene cuidado de la pobre enferma y de mí. Dios no nos abandona jamás por completo.

V

MADRID, FEBRERO DE 1876.

Esta tarde, dejando á Doña Agustina al cuidado de la enferma, he ido á ver á la Condesa; la misma ama de llaves me lo ha aconsejado, y me ha dicho que deseaba mucho verme, y que estando impedida como está, debia yo complacerla en esto; es una mujer excelente esta anciana señora, encargada de llevar el pesado cargo de gobernar esta casa.

La Condesa me ha recibido con afecto y me ha preguntado:

—La enfermedad de esa pobre mujer se prolonga; ¿qué piensa usted hacer, querida Elisa?

—Solo puedo hacer una cosa, señora Condesa—le he contestado:—cuidar á Jua-

na y permanecer á su lado hasta que recobre la salud.

—Pero usted hace aquí mucha falta y habrá que reemplazarla.

—Ya lo veo, señora Condesa —he contestado con aflicción.

En este instante ha entrado Anita asida á la mano del inválido, dando saltos y cantando.

—Mamá! mamá! aquí está Félix! —decía; —cuántos días sin venir! Regáñale mamá!

—Anita tiene razón —ha dicho amablemente la Condesa; —¿ha estado usted enfermo, querido Villena?

—Un poco, amiga mía —y añadió mirándome: —¿está enferma esta señorita también? La encuentro pálida y ojerosa.

—De eso estábamos hablando. Elisa se empeña en permanecer al lado de una anciana criada de su madre que está enferma, y pierde así, á la vez que su salud, su sitio en esta casa, sitio que podría ser mejor.

—Ya sabe la señora Condesa que esa

desgraciada anciana no tiene más que á mí en la tierra.

—Si es así —ha objetado el señor Villena con su voz grave y dulce, —yo creo que esta señorita cumple con su deber no abandonándola; el deber es algunas veces muy rudo de cumplir; pero llenándole conseguimos satisfacciones verdaderas; ¿y qué dice el médico de la dolencia de esa pobre mujer?

—Dice que es un reuma agudo, caballero.

—Yo entiendo algo de medicina casera —ha dicho sonriendo con melancolía el inválido, —y para el reuma conozco un remedio excelente; si esta señorita lo permite, se lo llevaré mañana.

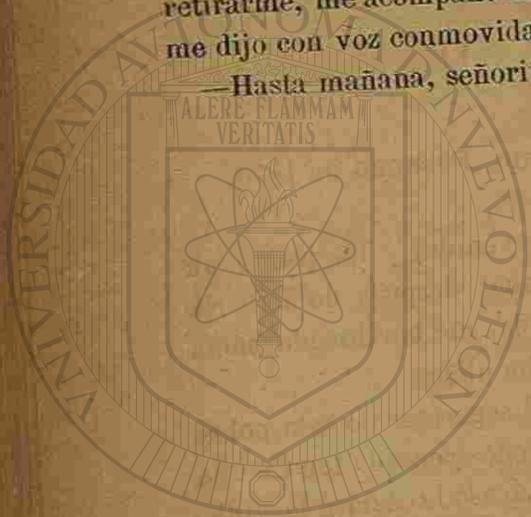
Yo me puse muy colorada, y solo pude dar las gracias balbuceando.

—Sí, querido Félix, vaya usted mañana, y en vista de lo que le parezca el estado de la enferma, decidiré yo lo que es preciso hacer.

Me pareció como que un rayo de alegría

pasaba por la fisonomía del inválido; sus ojos brillaron, y cuando yo me levanté para retirarme, me acompañó hasta la puerta y me dijo con voz conmovida y tierna:

—Hasta mañana, señorita.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

MADRID, FEBRERO DE 1876.

El capitán ha venido, y ha traído un bálsamo para Juana; despues de haberla examinado despacio, me ha llevado hácia la ventana y me ha dicho:

—No debe usted separarse de esta pobre mujer; á la hora menos pensada tendrá una crisis violenta que acaso le costará la vida.

—¿Lo cree usted así?— le he preguntado llena de espanto;—¿tan enferma se halla?

—Tengo la triste experiencia de haber visto morir á mi madre de la misma enfermedad, es decir, de un reuma inflamato-[®]rio; lo que es imposible es que usted permanezca durante largo rato sola con la enferma, pues podria usted llevar un gran susto; yo hablaré de esto á la Condesa, para

que siempre la acompañe á usted alguna persona de la casa. ¡Pobre niña, tan jóven y sometida á tan rudas pruebas!

El capitán Villena me habló de diversas cosas, y mi pobre Juana le hizo mil elogios de mí; antes de salir él, ha venido Doña Agustina y me ha dicho con gran aflicción:

—Señorita Elisa, va usted á ser reemplazada.

— ¡Dios mio, voy á perder mi sitio! — exclamé con angustia; — ¿y por qué?

—La doncella de la señora, que es una holgazana, ha dicho que ella no puede seguir con tantos quehaceres y costuras; en vano Rosa trabaja cuanto puede y defiende el sitio de usted. La otra insiste todos los días, á todas horas, y la señora dice que ya no es posible dilatar más el tomar costurera.

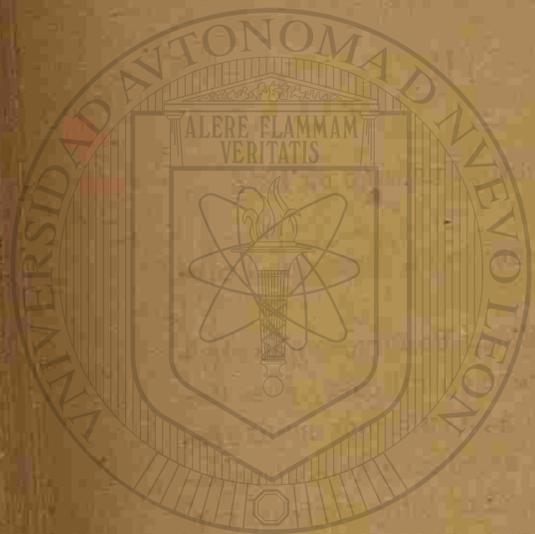
—Lo mejor, hija mia, es que me dejes, y vengas á verme cada día; y aun preferible á esto es que me vaya al hospital— dijo Juana con voz débil.

—Eso, jamás! — he respondido. — Mi corazón y mi deber me ordenan estar contigo, mi querida Juana, y no te abandonaré.

El inválido me ha dirigido una elocuente mirada y ha salido con Doña Agustina.

No, no puedo abandonar á Juana... Pero ¿de qué viviremos? ¿Cómo la cuidaré? ¡Los quinientos reales que pedí adelantados, tocan ya á su fin! ¡Es tanto lo que necesita mi pobre enferma, que, á pesar de la gran economía que procuro tener, gasto mucho más de lo que quisiera!... ¡Dios mio! ¡No me envíeis la miseria hasta que esta pobre anciana se mejore ó la llameis á vuestro seno! ¡Que no carezca de lo preciso! ¡Yo puedo sufrir más; pero ella!...

Espero hallar costura cuando se me acaben las que me traen de casa de la Condesa, y espero también que esta señora no me abandonará.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII

MADRID, FEBRERO DE 1876.

Voy á copiar aquí una carta que acaba de traerme Rosa:

«Mi querida Elisa: Es forzoso que el sitio de usted se ocupe en mi casa, pues usted no puede dejar á su enferma; cuando estos cuidados, que usted no quiere abandonar, hayan cesado, si no estoy contenta con la nueva costurera, volverá usted á su plaza.

»Mientras tanto, la enviaré alguna labor; y Rosa le entregará, con esta carta, tela para que haga vestidos para Inés y Anita; no puedo explicar mi pena al imaginármela á usted en esa boardilla pequeña y mísera al cuidado de esa anciana criada enferma; si mi estado lo permitiera,

iria á ver á usted; pero ya sabe que no puedo salir de casa.

»Reciba la expresion de mi afecto, y no dude que la quiere y la admira

La Condesa de la Roca.»

Rosa me ha dado, en efecto, un paquete con tela de lanilla para hacer trajes á las dos niñas; la pobre muchacha se compadece de mí, y me ha dicho, con los ojos llenos de lágrimas, que me halla tan pálida y tan delgada, que teme caiga enferma.

Yo tambien lo temo, y pido á Dios con toda mi alma que no sea así... ¿Quién cuidaría de Juana?

Hace cinco dias que todas las noches vienen Doña Agustina y el capitán; pasan dos horas en mi compañía, y éstas son las dos únicas horas de luz que hay en mi oscura y triste vida.

¡La pobre Juana se va apagando poco á poco! ¡Su inapetencia es completa, y está aletargada todo el dia; sus fuerzas se ex-

tinguen... la idea de una próxima desgracia me estremece!...

Ayer me ha enviado á llamar la Condesa, poco despues de haberme traído Rosa la tela para los vestidos de las niñas; el ama de llaves se ha quedado con Juana, que sigue muy mal.

—Hija mia—me ha dicho la Condesa,—mi corazon se inclina hácia usted y la ama... Dígame con toda franqueza si el suyo está ocupado... Si se inclina á algun hombre... En una palabra, dígame si tiene relaciones de amor con algun jóven...

—Nunca las he tenido, señora—he contestado.

—¿Y cómo así?

—Vivia muy retirada con mi madre, y atendiendo solo á nuestras tareas y á mis estudios; desde que la perdí, ya sabe usted mi vida, pues solo hace tres meses que me ocurrió esta desgracia.

—Pues bien, hija mia; yo sé de un hom-

bre que la ama á usted, y que se casaría para unir al de usted su destino.

—¿Y quién puede ser, si á nadie conozco?

—Nuestro amigo D. Félix Villena; me ha confesado su amor, rogándome encarecidamente que nada le diga á usted, pues teme, y con razon, que la falta de su brazo y lo desfigurado de su semblante sean motivos poderosos de repulsion en una muchacha tan bonita como usted.

—Mi querida señora—he contestado despues de algunos instantes de silenciosa confusion;—por ahora no puedo pensar en el amor de nadie; tengo muy pocos años, quiero trabajar algunos más y hacer algo por mí misma; en el estado de pobreza en que me hallo, y á mi edad, sería una gran locura el pensar en nada de eso; hace tres meses que he perdido á mi madre, y aun no tengo más que diez y siete años.

La Condesa me ha tomado la mano y me ha preguntado sonriendo:

—¿No entra por algo en esta decision la falta del brazo de mi pobre amigo?

—No, señora Condesa—he contestado;—esa sería una razon para que le aceptase al instante; hay en mi alma una necesidad irresistible de abnegacion, de afectos y de sacrificio; prefiero amar y proteger, á que me amen y protejan.

La Condesa me ha atraído hácia sí y me ha dicho con voz conmovida y con acento lleno de ternura:

—¡Abrácame usted, hija mia! Esos sentimientos son muy nobles, y Villena los conocerá por mí; el pobre capitán puede esperar, pues no creo que tenga usted muchos rivales que le arrebatan su corazón.

—Yo no deseo en manera alguna que me espere, señora Condesa—he dicho toda confusa.

—Esperará, si no me equivoco, hasta que usted quiera, y puedo responderle de que será un excelente esposo, porque es un cumplido caballero.

He vuelto á mi pobre boardilla dulcemente impresionada; ¡hay alguno en el mundo cuyo pensamiento se ocupa de mí!

¡alguno que me ama y que desea acompañarme en el camino de la vida! ¡hay algo de consolador para mi orfandad en estos pensamientos! ¡hay algo que penetra de gratitud en mi corazón!

Preferiría casarme con el pobre inválido, que me ha amado en mi pobreza y aislamiento, á casarme con un hombre de gran fortuna cuando mi situación sea otra, si es que alcanzo alguna mejor... ¡Pero ay! ¡Yo no puedo casarme ahora! No quiero enlazar á otro mi destino, en tanto que tenga que cuidar de Juana y hasta que haya comprado para mi madre un modesto sepulcro de mármol blanco, al que vaya á sembrar flores; sí, este monumento que mi amor quiere levantar á sus virtudes, lo ha de pagar mi trabajo, y solo á éste lo he de deber; mi buena madre le rindió culto toda su vida, y él fué su égida y su puerto de salvación.

VIII

MADRID, MARZO DE 1876.

¡Ya estoy sola en el mundo!... ¡Juana ha ido ya á reunirse con mi madre! Su agonía ha sido larga, pero no dolorosa; su vida había sido pura y dedicada al trabajo y al cariño de los suyos; se casó joven con un honrado menestral; quedó viuda algunos años después y á los pocos días de haber dado á luz una niña; otros tres hijos se le habían muerto antes; mis abuelos la buscaron para nodriza de mi madre, por los buenos informes de su médico, y se la llevaron con su hija, á la que tuvieron en su casa hasta la edad de siete años en que murió. Entonces Juana, sola ya en la tierra, miró como á su familia á la que la tenía en su casa, y ya no vivió más que para

ella... ¿No era justo que yo la amase, que yo la acompañase hasta el sepulcro, y no he hecho bien en obedecer á mi madre?

Mi conciencia satisfecha me dice que sí.

Doña Agustina y Rosa han venido para velar el cadáver de Juana; pero yo no he querido separarme de esta pobre boardilla y la he velado también; mañana rogaré al ama de llaves que me acompañe al cementerio, y solo abandonaré á esta virtuosa anciana cuando la haya dejado acostada en su tumba.

En seguida, y según el deseo de la Condesa, volveré á su casa; pero ¿cuál será mi sitio en ella? Lo ignoro; cualquiera que me designen será bueno para mí, pues tengo por toda esta familia profundas simpatías.

IX

MADRID, MARZO DE 1876.

Son las doce de la noche.

Estoy sola en un lindo gabinete alfombrado y adornado con elegante sencillez.

En la chimenea arde aún lentamente un buen fuego, y sobre una mesita hay un servicio de porcelana para té, y éste humea delante de mí; dentro de este gabinete hay otro algo mayor, en el que duermen Inés y Anita en dos camas doradas y adornadas con cortinas de muselina blanca; soy la institutriz de estas amables niñas, cuya educación estaba tan descuidada; al saber Mlle. Melval que yo iba á volver á la casa, se ha despedido, y la Condesa me ha encargado de reemplazarla.

Yo le he dicho tímidamente que acaso

no serviría para tan difícil cargo; pero la Condesa, cerrándome la boca con su linda mano, me ha dicho:

—No la permito á usted ni una palabra acerca de su idoneidad para el cargo que le confiero; pero en cambio, quiero que me responda con toda franqueza á lo que la voy á preguntar: ¿siente usted simpatía hácia mis hijas, hácia mí?

—Simpatía verdadera, afecto profundo, señora Condesa.

—¿Acepta usted de buen grado el encargo de educarlas?

—Seré muy dichosa consagrándoles todos mis desvelos y todo mi interés.

—Me basta con eso; estoy tan segura de su aptitud de usted. mi querida Elisa, que sin titubear le hubiera dado una carta de recomendación para otra casa, si no tuviera puesto en la mía. La Providencia, justa siempre, la ha traído á usted al sitio que debe ocupar, y que ya no dejará más que para casarse.

—No lo dejaré, mi querida señora, hasta

que la educación de la señorita Inés esté terminada; pues si algo queda que saber á su hermana, ella podrá enseñárselo.

—Mis pobres hijas están muy atrasadas, querida Elisa—ha dicho tristemente la Condesa;— mirelas usted como si fueran sus hermanas.

—Pronto verá usted sus adelantos.

He advertido con dolor que la Condesa tiene una gran predilección por su hija mayor, y que esta preferencia estaba explotada por Mlle. Melval, en vez de procurar extinguirla y conquistar el cariño maternal para la pobre Anita; ésta es la causa inocente de la enfermedad de su madre, que desde que la dió á luz ha estado doliente; pero la pobre niña no tiene la culpa de esta desgracia, y á mí me llena de pena la diferencia que existe entre las dos hermanas respecto al cariño maternal; esta diferencia está justificada, en parte, por la extraordinaria belleza de Inés y la excepcional fealdad de Anita; esta infeliz criatura tiene, además, en sus facciones una expresión amar-

ga, y, si yo no me engaño mucho, la envidia ha hecho en ella su presa; yo procuraré dulcificar esta alma infantil, ulcerada ya por las injusticias del destino.

Mi vida se presenta ya á mis ojos bajo un aspecto menos sombrío; la pobreza no abate el alma, y aun si está bien templada, si abriga sólidos principios religiosos, la eleva y la engrandece; pero el ambiente de la grosería y de la inercia, la falta total de educación que tenía que soportar en casa de mi tía, sumerge el ánimo en una tristeza mortal; en una situación así, la negra nube del dolor oculta al alma atribulada las verdes praderas de la esperanza, y un abatimiento sombrío se apodera del ánimo.

Hoy me parece que respiro por la primera vez, desde que he perdido á mi madre; un trabajo honroso y bien retribuido me ha vuelto al sitio, en que me había colocado el cielo desde que nací, porque la clase de mis padres, y por consiguiente la mía, es la honrosa clase media que vive de la ocupación continua, de un trabajo así-

duo y regularizado, y lo mismo hemos vivido mi madre y yo; quiera el cielo conservarme mi sitio y pueda llenar en él mi deber, para complacer á las personas en cuya casa he hallado tan noble y digno asilo.

IX

MADRID, ABRIL DE 1876.

Son los primeros días del mes de las flores; las mañanas son frescas todavía; pero á las nueve salgo con las niñas y nos encaminamos al Retiro con los libros, no para estudiar, sino para leer y conversar acerca de lo que leemos. Anita siente como yo las bellezas del campo, y su semblante, habitualmente contraído, se dilata y toma una radiosa expresión de dicha; sus ojos brillan, su corazón palpita, y parece que un raudal de sensibilidad se abre paso en su alma ante la vista del cielo espléndido y puro, de los grandes árboles á cuya sombra nos sentamos, y de las muchas flores que por todas partes exhalan sus primeros aromas.

Esta niña, á la que el aislamiento del alma y el dolor han dado una madurez

precoz, tiene una comprension más rápida y un modo de razonar más sólido que el de su hermana; es decir, tiene el verdadero talento, pues la reunion difícilísima de estas dos cualidades es la que constituye aquél. Leemos francés, inglés é italiano, y Anita razona y discute acerca de lo que lee, con una lucidez asombrosa de entendimiento.

Cuando regresamos á casa, damos leccion de música, y despues almorzamos, dedicando la tarde á alguna labor de aguja y á estudiar las lecciones; estudio que continuamos despues de la comida otras dos horas; á las nueve las dos niñas se acuestan, y despues de dejarlas en el lecho y de rezar con ellas las oraciones de la noche, hago compañía á la Condesa, á la que leo en voz alta, en tanto que ella borda un poco en su tapicería, pues tiene las manos buenas y expeditas.

Escribo además su correspondencia, y desde que estoy al lado suyo ha reanudado amistades de infancia, que tenía, no ol-

vidadas, sino abandonadas, á causa de la gran tristeza que preocupaba su espíritu; creo que la hago una buena y sana compañía y que me ama sinceramente.

¡Dios mio! ¡qué bueno, qué grato es al corazon el hacer algun bien! ¡Qué contento de sí misma halla en su interior la mujer que puede aliviar alguna pena, consolar algun dolor, proporcionar una alegría á un desgraciado!

Yo hago algun bien sobre la tierra, si... El pobre inválido confia en mí y espera que cumpliré mi palabra cuando termine la tarea que me he impuesto, cuando deje terminada la educacion de Inés, que á su vez terminará la de su hermana; todas las noches viene, de las nueve á las once, á pasar ese rato á nuestro lado: cuando yo me fatigo de leer, toma él el libro y me reemplaza: la ultima media hora hablamos: es un corazon fiel, valeroso y honrado, que me servirá de apoyo en el áspero camino de la vida: es verdad que es un hombre inválido y que yo hago un mal casamiento,

segun el punto de vista de la mayor parte de las gentes; pero ¿quién me amará como él, y dónde hallaría yo el santo placer de cuidar á un sér desvalido, si me casara con otro hombre, que me ofreciera mayores ventajas?

Hay en mí una inmensa, una imprescindible necesidad de abnegacion y de sacrificio; el dolor me atrae mucho más que la dicha: además, un ilustre escritor francés lo ha dicho:

«En el corazon de toda mujer hay algo de maternal.»

Estoy segura de la belleza de alma de Villena, de la bondad de sus sentimientos, de la rectitud y altivez de su carácter; sé que es un hombre que rinde un fervoroso culto al deber, y sobre todo, sé que el negarme á unir mi suerte á la suya le causaría un profundo dolor, pues me ama con todo su corazon: ¿por qué, pues, despreciar tantas probabilidades de ventura, por una sola condicion, y más cuando esta condicion es la de ser desgraciado?

X

BARCELONA, MAYO DE 1878.

Dos años hace que nada he escrito en mi diario, en el confidente de todos mis pensamientos.

Mi vida se ha deslizado apacible y tranquila; mis horas se han repartido entre el trabajo, los goces de la inteligencia y los del corazon.

Hace ocho dias que se ha fijado el de mi casamiento con Villena, este tierno amigo de mi alma, cuyo amor no se ha desmentido un solo dia desde que me ha conocido.

La señora de Campuzano, cuya salud es muy delicada de algun tiempo á esta parte, me escribió hace algunos dias diciéndome que ya que no podía venir á servirme de madrina, viniese yo aquí para

acompañarme en esta imponente ceremonia. Yo enseñé la carta á Félix, el cual me dijo que á su parecer debia acceder á los deseos de esta excelente señora.

La Condesa, que ha recobrado por completo la salud, añadió:

—Soy del mismo parecer que Villena, mi querida Elisa, y por mi parte me ofrezco á acompañarla á usted.

—¡Cómo! — exclamé; — señora Condesa, ¿seria usted tan buena que se tomase la molestia de este viaje?

—¡Cuántas molestias se ha tomado usted por mí! — murmuró, estrechando mi mano con ternura; — ¿á quién debo el haber recobrado la salud, sino á usted? La celeste tranquilidad de espíritu de que disfruto desde que usted llegó en buen hora á mi lado, me ha traído la salud, pues en las dolencias nerviosas nada es tan preciso como la tranquilidad.

—¡Oh, señora! — dije toda ruborizada, — ¿qué he hecho yo para que usted me elogie con tanta bondad?

—¿Qué ha hecho usted, querida Elisa! Cuidar de la educacion de mis hijas, de su educacion moral, á la par que de su extensa instruccion intelectual; formar sus corazones para el bien; vigilar el gobierno de la casa, que estaba completamente abandonado; acompañarme constantemente, distraerme, cuidarme; acercarme el corazon de mi hija menor, que se iba separando por completo de mí; cerrar en el mio una llaga cruel, y abrirlo, sano ya, al amor maternal para mi pobre Anita; ha hecho usted, en fin, todo lo que puede hacer á la vez la hermana más amante y la amiga más tierna; justo es, pues, que yo acompañe al altar á usted, á quien miro como á mi hija mayor, y al mejor amigo de mi esposo, ya que éste no puede hacerlo por no dejar solas á nuestras niñas.

Hace tres dias hemos llegado aquí, y Doña Eugenia nos ha recibido con extraordinaria alegría; aun vive en la compañía de su anciano hermano ciego, del que no quiere separarse nunca.

—Solo tú, hija mía—me dijo,—solo el deseo de volar en tu socorro me hizo dejar este triste hogar, en el que, vieja y todo, hago tan grande falta. Cuando volvi, estaba muy triste al pensar en la humildísima situacion en que te habia dejado; y cuando con tan heróica resolucion te retiraste á la boardilla de Juana para cuidarla, exponiéndote á perder tu sitio y el pan de cada día, iba á volar á tu lado, dejando ya orilladas todas las dificultades que se me oponian, cuando supe por la Condesa, que me escribió, la libertad eterna de la pobre anciana, que habia ido á reunirse en el cielo con su adorada Carolina. Dios ha sido justo contigo, hija mía; desde tu humilde sitio has sabido conquistar otro más alto y más digno de tu educacion y talento, y al fin te ha deparado un compañero bueno y que sabrá estimarte y quererte toda la vida.

El pobre anciano ciego se asocia tambien á la alegría general; mañana por la mañana iré al altar, y despues de pasar el

día con estos dos respetable hermanos, saldremos para Madrid con la Condesa; allí habitaremos un modesto piso que hay en su misma casa, y cuidaré de la educacion de Inés y Anita como si aun viviera con ellas.

Amo á estas niñas con todo mi corazon; ¡es tanto lo que el alma se adhiere á estas almas inocentes, que se van formando segun el impulso que les damos!

El cargo de institutriz es el más noble de todos los cargos, el que lleva consigo, cuando se llena dignamente, más satisfacciones.

La educacion de Inés puede decirse que está casi terminada, y solo cuenta doce años. Anita, que tiene diez, se halla tan avanzada en conocimientos como su hermana, y hay en su corazon una ternura indecible, una exquisita sensibilidad.

Félix me ha dicho alguna vez afectuosamente que yo he nacido para esta sagrada mision, y que tambien habia hecho, sin saberlo, su educacion moral.—Sí—aña-

dió,—yo estaba amargado, profundamente herido y quejoso de mi destino sobre la tierra; pero al verte tan resignada, tan dulce, tan contenta con la existencia de servidumbre que te había dado el cielo, me avergoncé de mí mismo; me avergoncé de que tú, niña débil y delicada, tuvieses más valor que yo, hombre fuerte; empecé admirándote; te estimé despues, y he llegado á amar-te con esa pasion profunda que dura tanto como la vida, porque es razonada, y está, por lo mismo, exenta de toda ceguedad y de toda decepcion.

FIN DEL DIARIO DE UNA JÓVEN POBRE.

PEDRO Y CAMILA

FOR MAURICIO BARR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1025 MONTERREY, MEXICO

dió,—yo estaba amargado, profundamente herido y quejoso de mi destino sobre la tierra; pero al verte tan resignada, tan dulce, tan contenta con la existencia de servidumbre que te había dado el cielo, me avergoncé de mí mismo; me avergoncé de que tú, niña débil y delicada, tuvieses más valor que yo, hombre fuerte; empecé admirándote; te estimé despues, y he llegado á amarte con esa pasion profunda que dura tanto como la vida, porque es razonada, y está, por lo mismo, exenta de toda ceguedad y de toda decepcion.

FIN DEL DIARIO DE UNA JÓVEN POBRE.

PEDRO Y CAMILA

FOR MAURICIO BARR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1025 MONTERREY, MEXICO

I

El caballero de Arcis, oficial de caballería, se había retirado del servicio en 1760. Aunque era joven todavía, y aunque su fortuna le permitía presentarse ventajosamente en la corte, se había cansado ya de la vida de soltero y de los placeres de París. Compró, pues, cerca de Mans una bonita casa de campo, y se instaló en ella; pero al cabo de poco tiempo, la soledad, que había hallado al pronto agradable, se le hizo penosa; sentía que le era difícil romper de repente con los hábitos de su juventud. No se arrepentía de haberse retirado del mundo; mas no pudiendo resolverse á vivir solo, tomó el partido de casarse, y de encontrar, si esto era posible, una mujer que compartiese su gusto por el reposo y por la vida sedentaria que estaba decidi-

do á llevar. No deseaba que su esposa fuese bella, pero tampoco la queria fea; daba la preferencia á un exterior simpático y agradable, y queria que tuviese instruccion é inteligencia con el menor ingenio posible; lo que deseaba, sobre todo, era que fuese de carácter alegre é igual, y esto lo miraba en una mujer como las primeras cualidades.

La hija de un negociante retirado que habitaba en la vecindad le agradó; como Mr. de Arcis no dependía de nadie, no reparó en la distancia que habia entre un caballero noble y la hija de un mercader; dirigió á la familia una peticion que fué acogida con apresuramiento; visitó la casa de su novia durante algunos meses, y el matrimonio se verificó.

Jamás alianza alguna fué formada bajo mejores y más dichosos auspicios; á medida que conocia mejor á su mujer, el caballero descubria en ella nuevas cualidades y una dulzura de carácter inalterable; ella por su parte manifestaba hácia su marido un amor

extremado; no vivia más que para él, no soñaba más que en complacerle, y muy lejos de echar de menos los placeres de su edad y que le habia sacrificado, deseaba que su existencia entera pasase en una soledad que de dia en dia le era más querida.

Esta soledad no era, sin embargo, completa; algunos viajes á la ciudad, la visita periódica de algunos amigos, prestaban variedad de tiempo en tiempo. El caballero no rehusaba el ver frecuentemente á los parientes de su mujer, de suerte que ésta podia creer que no habia salido de la casa paterna; salia muchas veces de lado de su marido, para encontrarse de nuevo en brazos de su madre y disfrutar así de un favor que la Providencia concede á muy pocos, porque es raro que una dicha nueva no destruya la antigua.

Mr. de Arcis no estaba dotado de menor dulzura y bondad que su mujer; pero las pasiones de su juventud y la experiencia que tenia de las cosas de este mundo, le

causaban algunas veces melancolía. Cecilia, así se llamaba Mme. de Arcis, respetaba religiosamente estos momentos de tristeza: aunque no poseyera un talento superior, su corazón le advertía fácilmente que no debía quejarse de esas ligeras nubes que destruyen la dicha cuando se las mira, y que no son nada cuando se las deja pasar.

La familia de Cecilia se componía de buenas gentes, mercaderes enriquecidos por el trabajo, y cuya vejez era, por decirlo así, una perpétua fiesta; el caballero gustaba de esta alegría del reposo, comprada á costa de penalidades, y tomaba parte en ella de buen grado; fatigado de las tumultuosas fiestas de Versalles, de las cenas de Mlle. Quinault, se recreaba con estas maneras un poco ruidosas, pero francas y nuevas para él.

Cecilia tenía un tío, excelente hombre y mejor gastrónomo aún, que se llamaba Giraud; había sido maestro de obras en su juventud, y después había llegado poco á poco á arquitecto; á costa de su trabajo

había ganado unas veinte mil libras de renta; la casa del caballero era muy de su gusto, y era siempre bien recibido en ella, aunque iba muchas veces cubierto de yeso y de polvo, porque á despecho de los años y de sus veinte mil libras, no podía menos de trepar sobre los tejados, y de manejar la paleta. Cuando había bebido algunas copas de Champagne, era inevitable que perorase en los postres.

—Por cierto sois muy dichoso, sobrino mio—decía frecuentemente al caballero;—sois rico aún, teneis una buena mujercita, una casa no del todo mal edificada; no os falta nada; tanto peor para el vecino si lo siente; yo os digo y repito que sois dichoso.

Un día Cecilia, oyendo estas palabras é inclinándose hácia su marido,

—¿No es cierto—dijo—que es preciso que en esto haya algo de verdad, para que te lo dejes decir tantas veces?

—Sí, Cecilia mia—repuso el caballero besándola en la frente;—soy completamente feliz.

Habia detrás de la casa una pequeña colina, desde la cual se descubría todo el valle, y los dos esposos se paseaban siempre juntos en aquel ameno sitio; una tarde que estaban sentados sobre la yerba.

—Tú no has contradicho á mi tío el otro día—dijo Cecilia;—¿piensas, sin embargo, que tuvo enteramente razon? ¿eres perfectamente dichoso?

—Tanto como un hombre puede serlo—respondió el caballero, —y no veo nada que pueda aumentar mi dicha.

—Yo soy entonces más ambiciosa que tú—replicó Cecilia,—porque me sería fácil citarte alguna cosa que nos falta aquí y que nos es absolutamente necesaria.

El caballero creyó que se trataba de adquirir algún mueble elegante y que su esposa quería tomar un rodeo para confiarle un capricho de mujer: hizo chanceándose mil conjeturas, y á cada cuestion las risas de Cecilia se redoblaban; se levantaron y descendieron de la colina: Mr. de Arcis apresuró el paso, y animado por la rápida

pendiente de la colina, quería que Cecilia le siguiese; pero ella se detuvo, y apoyándose sobre la espalda del caballero,

—Ten cuidado, amigo mio—le dijo,—y no me hagas andar precipitadamente; tú buscabas muy lejos el objeto que nos es preciso, y Dios nos lo dará muy pronto en nuestro hijo.

A contar de este dia, todas sus conversaciones no tuvieron más que un motivo; no hablaban más que de su hijo, de los cuidados que iban á prodigarle, de la manera como lo educarian, de los proyectos que formaban ya para su porvenir; el caballero quiso que su mujer tomase todas las precauciones posibles para conservar el tesoro que guardaba; redobló sus atenciones y su amor, y todo el tiempo que duró el embarazo de Cecilia no fué más que una larga y deliciosa embriaguez, llena de las más dulces esperanzas.

El término fijado por la naturaleza llegó; una niña vino al mundo, bella como el día; en la pila del bautismo se la llamó Ca-

mila; á pesar del uso general, y contra la opinion misma de los médicos, Cecilia quiso criarla ella misma; su orgullo maternal estaba tan lisonjeado con la belleza de su hija, que fué imposible separarla de su lado; es verdad que su belleza, tratándose de una criatura recién nacida, era extraordinaria; sus ojos, sobre todo, así que se abrieron á la luz, brillaron con un resplandor deslumbrante.

Cecilia, que se habia educado en un convento, era extremadamente piadosa, y sus primeros pasos, así que ella pudo salir, fueron para ir á la iglesia á dar gracias á Dios.

Pasó un año: la niña comenzaba á tomar fuerzas y á desarrollarse. A medida que crecía, extrañaba verla guardar inmovilidad completa; ningun ruido parecia impresionarla; era insensible á esas mil dulces palabras que las madres dirigen á sus hijos; mientras que cantaba meciéndola, tenía ella los ojos fijos y abiertos, mirando ávidamente la claridad de la lámpara, y al parecer sin oír nada.

Un dia que se hallaba dormida en su cuna, una criada derribó un mueble; Cecilio acudió al instante, y vió con asombro que la niña no se habia despertado.

El caballero se espantó con estos indicios, demasiado claros para que pudieran equivocarse; la observó con atencion desde este dia, y comprendió cuál era la desgracia á que estaba condenada su hija; la madre quiso en vano engañarse, y por todos los medios imaginables disipar los temores de su marido; se llamó á los más famosos médicos, y el examen no fué ni largo ni difícil, declarando unánimes que la pobre Camila estaba privada del oído y de la palabra.

Habia nacido muda.

II

El primer pensamiento de la madre había sido el preguntar si el mal no tenía remedio, y le respondieron que había ejemplos de curación. Durante un año, á pesar de la evidencia, conservó algunas esperanzas; pero todos los recursos del arte fracasaron, después de haberlos agotado todos.

Desgraciadamente, en aquella época en que tantas preocupaciones fueron destruidas y reemplazadas por otras, existía una despiadada contra esas pobres criaturas que se llaman sordo-mudos: algunos sabios distinguidos, y aun algunos hombres solamente impulsados por un sentimiento caritativo, habían desde largo tiempo protestado contra esta barbarie. Un monje español fué el primero que en el décimo si-

glo adivinó y ensayó la tarea, creída entonces imposible, de enseñar á los mudos á hablar sin palabra; su ejemplo habia sido seguido en Italia, en Inglaterra y en Francia diferentes veces. Bonnet, Wallis, Bulwer, Van-Helmont, habian dado á luz obras importantes; mas la intencion habia sido mejor que el efecto; algun bien se habia hecho acá y allá, sin que el mundo lo supiera, casi al azar y sin ningun fruto. Por todas partes, en París mismo, en el seno de la civilizacion más avanzada, los sordo-mudos eran mirados como una especie de seres aparte, marcada con el sello de la cólera celeste. Privados de la palabra, se les negaba el pensamiento; el cláustro para los que nacian ricos, el abandono para los pobres, tal era su suerte; los infelices inspiraban más horror que piedad.

Mr. de Arcis cayó poco á poco en el más profundo pesar; pasaba la mayor parte del dia solo, encerrado en su gabinete ó paseándose en el bosque. Se esforzaba, cuando veía á su mujer, en mostrar un semblante tran-

quilo, y trataba de consolarla, pero en vano. Mme. de Arcis, por su lado, no estaba menos triste; una desgracia merecida puede hacer verter lágrimas casi siempre tardías é inútiles; mas una desgracia sin motivo abruma la razon y desalienta la fe.

Estos dos recién casados, nacidos para amarse, y que se amaban, empezaron á verse con pena y á evitar su encuentro en las mismas calles de árboles donde pocos meses antes venian á hablarse de una esperanza próxima, tranquila y pura.

Mr. de Arcis, al desterrarse voluntariamente en su casa de campo, no habia aspirado más que al reposo: la felicidad parecia haberle sorprendido allí; Cecilia, su esposa, tampoco habia hecho más que un casamiento de razon; pero el amor habia llegado y era reciproco; y sin embargo, un obstáculo terrible se habia colocado de repente entre ellos, y este obstáculo era precisamente el objeto mismo que hubiera debido ser un lazo más sagrado y más tierno.

Lo que causaba esta separacion repenti-

na y tácita, más afrentosa que un divorcio y más cruel que una muerte lenta, era que la madre, á pesar de la desgracia de su hija, la amaba con pasion, en tanto que el caballero, á pesar de sus propósitos, á pesar de su paciencia y de su bondad, no podia vencer el horror que le inspiraba esta maldicion de Dios que pesaba sobre la pobre niña.

—¿Será verdad que yo aborrezco á mi hija?—se preguntaba él con frecuencia en sus paseos solitarios;—¿es acaso su culpa si la cólera del cielo la ha herido? ¿No deberia más bien compadecerla, tratando de dulcificar el dolor de mi esposa, ocultar lo que yo sufro, y velar sobre esa criatura? ¿A qué triste existencia está destinada, si yo, su padre, la abandono? ¿que será de ella? Dios me la envia así; yo debo resignarme. ¿Quién la cuidará? ¿quién la educará? ¿quién la protegerá? Ella no tiene en el mundo más que su madre y yo; no encontrará un esposo; no tendrá jamás ni hermano ni hermana; basta con una desgraciada más en el mun-

do! á no tener corazon, yo debo consagrar mi vida á hacerla soportar la suya.

Así pensaba el caballero; despues corria á su casa con la firme intencion de llenar sus deberes de padre y de esposo.

Encontraba á su hija en los brazos de su mujer, y se arrodillaba delante de ellas, tomando las manos de Cecilia entre las suyas; le habian hablado, decia él, de un médico célebre que haria venir; aun habia esperanzas; se le atribuían curas maravillosas; hablando así, tomaba á su hija entre sus brazos y la paseaba por la habitacion; pero terribles pensamientos le asediaban á pesar suyo; la idea del porvenir, la vista de aquel sér silencioso é incompleto, cuyos sentidos estaban cerrados, la idea de la reprobacion, de la repugnancia, de la compasion, del menosprecio del mundo, le abrumaban; su semblante palidecia, sus manos temblaban; devolvia la niña á su madre y se alejaba para ocultar sus lágrimas.

En estos momentos era cuando Mme. de Arcis estrechaba á su hija contra su co-

razon con una especie de ternura desesperada, y con esa mirada profunda del amor maternal, el más violento y el más activo de todos: nunca dejaba oír una queja; se retiraba á su cuarto; colocaba á Camila en su cuna y se pasaba horas enteras, muda como ella, mirándola con desolada expresion.

Esta especie de exaltacion sombría y apasionada llegó á ser tan fuerte, que no era raro ver á Mme. de Arcis guardar el más absoluto silencio durante dias enteros; en vano se le dirigia la palabra; parecia que queria saber por ella misma lo que era aquella noche del espíritu, en la cual debia vivir su hija.

Hablaba por señas á la niña, y era la única que sabía hacerse comprender de ella; las otras personas de la casa, el caballero mismo, eran extraños para Camila; la madre de Mme. de Arcis, mujer de un talento vulgar, no iba nunca á Chardonneux (así se llamaba la tierra del caballero) más que para deplorar la desgracia que abru-

maba á su yerno y su querida Cecilia; creyendo dar pruebas de sensibilidad, se compadecia sin cesar de la triste suerte de esta pobre niña, y se le escapó decir un dia:

—¡Más valiera para ella no haber nacido!

—¿Qué hubiérais, pues, hecho, si yo hubiera nacido así?—exclamó Cecilia casi con el acento de la cólera.

Y sin esperar la respuesta de su madre, salió de la estancia.

El tío Giraud, maestro de obras, no encontraba gran mal en que su pequeña sobrina fuese muda.

—He tenido—decía él—una mujer tan hachillera, que miro cualquiera cosa del mundo como preferible; esta niña está segura anticipadamente de no emplear jamás malas palabras ni de oirlas; de no incomodar toda una casa cantando sentimentales aires de ópera, que son todos parecidos; no será quejumbrosa, no dirá injurias á las criadas, como mi mujer lo hacía siempre; no se despertará nunca si su marido tose,

ó si se levanta antes que ella para vigilar sus obreros; no soñará en voz alta; será discreta; verá claro, porque los sordos tienen buenos ojos; arreglará una cuenta por los dedos, y pagará si tiene dinero, pero sin discurrir trampas como los propietarios á propósito de la menor edificación; ella sabrá por sí misma una cosa muy buena que no se aprende de ordinario sino con dificultad, y es, que vale más hacer que decir. Si tiene el corazón en su lugar, ya se conocerá sin que tenga necesidad de ponerse miel en la punta de la lengua; es verdad que no reirá en sociedad, mas tampoco oirá durante la comida á los aguafiestas que hablan por períodos; será bonita, tendrá ingenio, no hará ruido; á fe que si fuera jóven, no tendría reparo en casarme con ella cuando fuese grande; y hoy que soy viejo y sin hijos, no tendría dificultad en llevarla á mi casa, como á mi hija, si por acaso os fastidiaba.

Mientras el tío Giraud tenía semejantes discursos, un poco de alegría cercaba por

algunos instantes á Mr. de Arcis y á su esposa; no podían dejar de sonreír ambos ante esta ingenuidad un poco brusca, pero respetable, y sobre todo, bienhechora, que no queria ver el mal en ninguna parte.

Pero el mal estaba allí; todo el resto de la familia miraba con ojos asustados y curiosos esta desgracia poco comun; los criados de la casa formaban círculo cada dia antes de comer, razonando acerca del estado de la pequeña Gamila.

Cecilia se sentaba algunas veces cerca de ellos, teniendo á su hija sobre sus rodillas. Si Rafael hubiera vivido entonces, *la Virgen de la Silla* hubiera podido tener una hermana; tal era la belleza de la madre y de la niña.

III

Camila crecía rápidamente; la naturaleza llenaba triste pero fielmente su tarea; la pobre criatura no tenía más que sus ojos al servicio de su alma; sus primeros gestos fueron, como lo habían sido sus primeras miradas, dirigidos hacia la luz; el más pálido rayo del sol le causaba trasportes de alegría.

— Cuando empezaba á tenerse en pié y á andar, una curiosidad extrema le hacía examinar y tocar todos los objetos que la rodeaban, con una delicadeza mezclada de temor y de placer que tenía algo de la vivacidad de la infancia, y ya del pudor de la mujer. Su primer movimiento era el de correr hacia todo lo que le parecía nuevo, como para asirlo y apoderarse de ello; pero

se volvía siempre desde la mitad del camino á mirar á su madre, como para consultarla. Asemejábase entonces al armiño, que es detiene y renuncia á la senda que quería seguir, si ve que un poco de fango ó arena puede manchar su blancura.

Algunos niños de la vecindad venían á jugar con Camila en el jardín; mirábase ella hablar con una atención constante y sostenida; estos niños, poco más ó menos de su misma edad, ensayaban hacer repetir á Camila las palabras de sus ayas, é intentaban, alzando la voz todo lo posible, enseñarlas á su compañera, que no percibía otra cosa que el movimiento de sus labios; algunas veces, para probar que ella había comprendido, extendía las manos hácia sus pequeñas amigas, quienes por su parte retrocedían asustadas delante de esta expresión del mudo pensamiento de Camila.

Mme. de Arcis no se separaba de su hija; observaba con ansiedad las menores acciones, las mayores señales de inteligencia de Camila; si ella hubiera podido adivi-

nar que el abate L'Epée debía llevar tan pronto la luz á ese mundo de tinieblas, ¡cuánta hubiera sido su alegría! Mas aquel bienhechor de la humanidad aun no había llegado, y Cecilia se hallaba sin fuerzas contra esta crueldad de la suerte, que el valor y la piedad de un hombre tenían que destruir: un sacerdote debía ver más lejos que una madre, y estaba reservado al espíritu que discierne el encontrar el consuelo del corazón que tanto sufría.

Cuando las pequeñas amigas de Camila estuvieron en edad de recibir las primeras instrucciones de una aya, la pobre niña empezó á manifestar una gran tristeza porque no se hacía por ella lo que por las otras; había en casa de un vecino una vieja institutriz inglesa que hacía deletrear con gran trabajo á un niño y le trataba severamente; Camila asistía á la lección, miraba con asombro á su pequeño camarada, y seguía con los ojos sus esfuerzos; deseaba ayudarlo, y lloraba con él cuando le reñían.

Las lecciones de música que se daban á

sus amigas, fueron para ella motivo de una pena mucho más viva; de pié al lado del piano, extendía y revolvía sus pequeños dedos, mirando á la maestra con sus grandes ojos, que eran muy negros y muy hermosos; parecía preguntar lo que era aquello, y golpeaba las teclas de una manera al mismo tiempo dulce é irritada.

La impresión que los seres ó los objetos exteriores producian sobre los otros niños, no parecía sorprenderla; pero cuando ella les veía mostrar con el dedo estos mismos objetos y cambiar entre ellos ese movimiento de los labios que para ella era inteligible, entonces volvía á empezar su tristeza; se iba á un rincón del jardín y con una piedra ó un pedazo de madera trazaba casi maquinalmente sobre la arena algunas letras mayúsculas que habia visto señalar á los otros, y que ella consideraba atentamente.

El rezo de la noche era para Camila un enigma que se parecía á un misterio; se arrodillaba como los demás y juntaba las

manos sin saber por qué; el caballero veía en aquello una profanación.

—Quitad de aquí á esta niña—exclamaba;—evitad esta impía ridiculez.

—Yo tomo sobre mí el pedir perdón á Dios—respondió un día la madre con el acento de la desesperación.

No solamente los otros niños se aproximaban á ella con cierto temor, sino que evitaban encontrarla con aire de desprecio. Acontecía alguna vez que uno de ellos, con esa falta de compasión de que habla La Fontaine, le hablaba largo tiempo y la miraba cara á cara, riéndose y pidiéndole respuesta.

Camila contaba ya cerca de doce años, y aun miraba á los niños bailar bulliciosamente formando rueda; sola y retirada, apoyada sobre un banco, llevaba el compás meciedo su linda cabeza, sin pensar mezclarse en el grupo, pero llena de tristeza.

La coquetería se muestra desde temprano en las mujeres, pero Camila no daba ningún indicio de ella.

—No gusta de galas; y sin embargo, ¡qué bella es!—decía Cecilia á su marido; y al mismo tiempo hacia señas á su hija para hacerla andar delante del caballero, á fin de que éste viese mejor su talle que se empezaba á formar, y su aire aun infantil, que era encantador.

A medida que adelantaba en edad Camila, se apasionaba, no por la religion, que no conocía, sino por los templos; tal vez tenía ella en el alma ese instinto invencible que hace que una niña de doce años conciba el proyecto de tomar el hábito, de buscar lo que es pobre y lo que sufre.

Camila se sumergia cada vez más en una tristeza profunda; la imagen de la Virgen; el niño de coro, cuya vieja sobrepe-lliz cubria la sotana, y que pedía para el culto; el grave bedel, excitaban en ella una melancólica atencion, y era en la iglesia donde hallaba la paz y el bienestar.

IV

—¡Mi hija es muy bella!—repetía el caballero con profunda tristeza; y Camila lo era en efecto.

En el perfecto óvalo de un rostro regular, en los rasgos de una pureza y de una frescura admirables, brillaba, por decirlo así, la claridad de un buen corazón; Camila era de regular estatura, algo pálida, pero muy blanca, con largos cabellos negros; cariñosa, activa, tenía el más bello natural; era triste con dulzura y casi con negligencia; llena de gracia en todos sus movimientos, de ingenio, y algunas veces de energía en su pequeña pantomima, singularmente industriosa para hacerse entender, viva para comprender, y siempre obediente cuando comprendía; el caballero se quedaba algu-

—No gusta de galas; y sin embargo, ¡qué bella es!—decía Cecilia á su marido; y al mismo tiempo hacia señas á su hija para hacerla andar delante del caballero, á fin de que éste viese mejor su talle que se empezaba á formar, y su aire aun infantil, que era encantador.

A medida que adelantaba en edad Camila, se apasionaba, no por la religion, que no conocía, sino por los templos; tal vez tenía ella en el alma ese instinto invencible que hace que una niña de doce años conciba el proyecto de tomar el hábito, de buscar lo que es pobre y lo que sufre.

Camila se sumergia cada vez más en una tristeza profunda; la imagen de la Virgen; el niño de coro, cuya vieja sobrepe-lliz cubria la sotana, y que pedía para el culto; el grave bedel, excitaban en ella una melancólica atencion, y era en la iglesia donde hallaba la paz y el bienestar.

IV

—¡Mi hija es muy bella!—repetía el caballero con profunda tristeza; y Camila lo era en efecto.

En el perfecto óvalo de un rostro regular, en los rasgos de una pureza y de una frescura admirables, brillaba, por decirlo así, la claridad de un buen corazón; Camila era de regular estatura, algo pálida, pero muy blanca, con largos cabellos negros; cariñosa, activa, tenía el más bello natural; era triste con dulzura y casi con negligencia; llena de gracia en todos sus movimientos, de ingenio, y algunas veces de energía en su pequeña pantomima, singularmente industriosa para hacerse entender, viva para comprender, y siempre obediente cuando comprendía; el caballero se quedaba algu-

na vez mirando á su hija, mudo de admiracion; tanta gracia y hermosura junto á tanta desgracia estaban á punto de perturbar su espíritu. Se le veía abrazar con frecuencia á Camila con una especie de transporte, y alejarse despues de ella murmurando:

— ¡Soy un hombre malvado!

Habia una calle en el fondo del jardin, donde el caballero tenia la costumbre de pasearse despues de almorzar; desde la ventana de su cuarto, Mme. de Arcis veía á su marido ir y venir entre los árboles; pocas veces iba ella á encontrarle; miraba con una tristeza llena de amargura á aquel hombre que habia sido para ella más bien un amante que un esposo, del que jamás habia tenido un reproche, á quien ella no habia nunca tenido uno solo que hacer, y que no tenia ya valor de amarla porque era madre desgraciada.

Una mañana fué á su encuentro; se trataba de un baile de niños que debia tener lugar en un castillo vecino; Mme. de Arcis

quería llevar á Camila; deseaba ver el efecto que producía sobre el mundo y sobre su marido la belleza de su hija; habia pasado algunas noches sin sueño pensando en el traje que le pondria. Cecilia habia formado sobre su proyecto las más dulces esperanzas —Será preciso— se decia— que se enorgullezca al verla tan linda, al ver que todos los padres y madres nos la envidian; porque ella será la más bella de todas las niñas allí reunidas.

Así que el caballero vió á su mujer, se adelantó hácia ella y le tomó la mano, que besó con una ternura y una galantería que habia conservado de su estancia en la corte, y de la que no se olvidaba nunca á pesar de su ingenuidad natural; los dos esposos continuaron juntos su paseo.

Mme. de Arcis buscaba de qué manera pondria á su marido que le permitiese llevar á su hija al baile, rompiendo así la determinacion que habia anunciado despues del nacimiento de Camila, de no ver más el mundo. El solo pensamiento de exponer su

desgracia á los ojos de los indiferentes ó de los maldicientes, ponía casi fuera de sí á Mr. de Arcis, y habia anunciado formalmente su voluntad sobre este punto. Era, pues, preciso que Mme. de Arcis encontrase un pretexto cualquiera para hablar de su designio.

El caballero parecia reflexionar tambien; él fué el primero en romper el silencio; un negocio sobrevenido á uno de sus parientes—dijo él á su mujer—venía á ocasionar grandes desórdenes de fortuna en su familia; era importante para él vigilar á las gentes encargadas de las medidas que se debian tomar; sus intereses, y por consecuencia los de Mme. de Arcis, corrian el riesgo de comprometerse por falta de cuidado; en una palabra, anunció que estaba obligado á hacer un corto viaje á Holanda, donde debia entenderse con su banquero; añadió que el negocio era extremadamente urgente y que pensaba partir en la siguiente mañana.

Mme. de Arcis quedó aterrada; el caba-

llero estaba bien lejos de imaginar el abandonar á su esposa; pero á pesar suyo, experimentaba una necesidad irresistible de aislarse durante algun tiempo, hasta que pudiese volver más tranquilo. Todo verdadero dolor ocasiona al hombre este deseo de soledad.

Mme. de Arcis fué tan dolorosamente sorprendida, que no respondió más que por esas frases indiferentes que siempre suben á los labios cuando no se puede decir lo que se piensa; sin embargo, á costa de una violencia espantosa, pudo manifestar tranquilidad, aconsejada por su altivez; pero en tanto que hablaba, el dolor le oprimia el corazon, y alegando cansancio se sentó sobre un banco; allí quedó por largo rato sumergida en un letargo profundo, con las miradas fijas, las manos caídas. Mme. de Arcis no habia conocido hasta entonces ni grande alegría ni grandes placeres; sin ser una mujer de un talento elevado, sentia con vehemencia; su matrimonio habia sido para ella una dicha del todo imprevis-

ta y nueva; una hermosa luz había brillado ante sus ojos en medio de largos y helados días, y ahora la noche la rodeaba.

Los dos esposos permanecieron en un silencio violento; Cecilia quedó por algún tiempo pensativa; el caballero se mostraba impaciente por volver á casa; Mme. de Arcis se levantó al fin, tomó el brazo de su marido y se volvieron juntos.

Llegada la hora de comer, Mme. de Arcis envió á decir que se encontraba indispuesta y que no la esperasen; arrodillóse ante su reclinatorio y permaneció allí hasta la noche. Su doncella entró muchas veces, pues había recibido de Mr. de Arcis la orden secreta de velar sobre ella; pero Cecilia no respondía á lo que le decía; hacía las ocho de la noche llamó, pidió el traje mandado hacer para su hija, mandó que engancharsen el caballo al carruaje, é hizo advertir al mismo tiempo á su marido que iba á salir y que le suplicaba que la acompañase.

Camila tenía el talle de una sílfide; un vestido de muselina blanca bordada, zapa-

titos de saten blanco, un collar de perlas, una corona de acianos, componian el traje de Camila, que se miraba con orgullo y saltaba de alegría; su madre, vestida con un traje de terciopelo negro, tenía á su hija en la falda cuando su marido se presentó.

Mme. de Arcis, sin ninguna emocion aparente, preguntó á su marido si la acompañaba al baile de niños; por toda respuesta le presentó éste el brazo y dió la mano á Camila, bajando para tomar el carruaje.

Esta era la primera vez que se veía á Camila desde hacía mucho tiempo; se había oído hablar mucho de ella, y la curiosidad dirigió todas las miradas hácia la niña desde que apareció; Mme. de Arcis no demostró ni embarazo ni inquietud; despues de los cumplimientos de costumbre, se sentó con el aire de la mayor calma, y mientras cada una seguía con los ojos á su hija con una especie de asombro ó un aire de interés afectado, ella la dejó en libertad en el salon sin parecer pensar en ella.

Camila volvió á encontrar allí á sus pe-

queñas compañeras; corrió ya hacia una, ya hacia otra, como si hubiese estado en el jardín; todas, sin embargo, la recibieron con reserva y con frialdad; el caballero, de pie á un lado, sufría visiblemente. Sus amigos se llegaron á él alabando la belleza de su hija; personas extrañas y aun desconocidas le hacían cumplimientos; él comprendió que se le consolaba, y apenas podía dominar su disgusto; sin embargo, á la vista de las simpatías que su hija conquistaba, se tranquilizó algun tanto, y hasta sintió alguna alegría; despues de haber hablado por gestos casi á todos, Camila se habia quedado de pié al lado de su madre, y todos las miraban con benevolencia y con cariño. La niña habia saludado con graciosas reverencias; habia enviado besos á las madres de sus pequeñas amigas en la punta de sus rosados dedos, y al volver á su sitio empezaron á admirarla. Nada, en efecto, era más hermoso que aquella criatura: su talle, sus facciones, sus largos cabellos rizados, sus ojos, de un brillo in-

comparable, sorprendieron á la concurrencia. Al mismo tiempo que sus miradas ensayaban adivinarlo todo, y sus gestos decirlo todo, su aire reflexivo y melancólico prestaba á sus menores movimientos, á sus maneras de niña y á sus actitudes, cierto aspecto de triste grandeza; se aproximaron á Mme. de Arcis, la rodearon, se propusieron mil cuestiones por gestos á Camila; al asombro y á la repugnancia habian sucedido una benevolencia sincera, una franca simpatía. La exageracion llegó detrás de la injusticia; todos aseguraban que no se habia visto jamás tan encantadora niña; nada habia semejante, nada tan hermoso como ella; Camila alcanzaba, en fin, un triunfo completo que estaba lejos de comprender.

Mme. de Arcis le comprendió; siempre tranquila en la apariencia, su corazón palpataba de júbilo y de felicidad; aquellas horas fueron las más dichosas de su vida, y hubo un instante en que cambió con su marido una sonrisa que valia muchas lágrimas.

Una jóven se puso al piano y tocó una contradanza. Los niños se asieron de las manos y se pusieron en su sitio, ejercitando los pasos que el maestro de baile del lugar les había enseñado. Los parientes comenzaron á cumplimentarse recíprocamente, á encontrar encantadora esta pequeña fiesta, y hacer notar los unos á los otros la gentileza de sus hijos.

El caballero no separaba los ojos de su hija, la cual, como se supone, no estaba en la contradanza. Camila miraba la fiesta con una atención melancólica; un niño vino á invitarla; ella sacudió la cabeza por toda respuesta.

Mme. de Arcis recompensó con un beso la atención del pequeño caballero, y á continuación buscó á su marido, pero en vano; no se hallaba ya en la sala. Hizo preguntar si se había marchado y si había tomado el carruaje, y le contestaron que había vuelto á su casa á pié.

V

Mr. de Arcis había resuelto partir sin decir adiós á su mujer; temía y huía toda explicación penosa; y como por otra parte su designio era volver dentro de poco tiempo, creyó obrar con más acierto dejando solo una carta; no era verdad que sus negocios le llamasen á Holanda; pero sin embargo, su viaje podía serle ventajoso; no bien llegó á su casa, hizo arreglar su equipaje y le envió á la ciudad, montó á caballo y partió.

Una incertidumbre cruel y un grande arrepentimiento se apoderaron, sin embargo, de él luego que pasó el umbral de su puerta; temía haber obedecido demasiado pronto á una idea que podía hacer verter á su mujer lágrimas amargas, y no hallar él

en otra parte el reposo que robaba á Cecilia.

—Pero ¡quién sabe—se decía—si hago, por el contrario, una cosa útil y razonable! ¡quién sabe si la tristeza pasajera que podrá causar mi ausencia nos volverá días más dichosos! ¡Yo estoy herido de una desgracia, en la que Dios solo puede poner remedio! Me alejo por algunos días del sitio donde sufro; la mudanza, el viaje, la fatiga misma, calmarán quizá mi espíritu; voy á ocuparme de cosas materiales, importantes, necesarias; volveré con el corazón más tranquilo, más contento; habré reflexionado y sabré mejor lo que debo hacer.

Mme. de Arcis salió del baile con su hija; eran las once, y Camila se durmió en breve sobre las rodillas de su madre, que aunque ignoraba que el caballero hubiera ejecutado tan pronto su proyecto de viaje, no sufría menos por haberse quedado sola en la fiesta; lo que no es á los ojos del mundo más que una falta de atención, se convierte en un cruel dolor para el que supo-

ne el motivo de ella. Mr. de Arcis no había podido soportar el espectáculo público de su desgracia; su esposa había querido mostrar esta desgracia para vencer la antipatía que inspiraba; hubiera perdonado á su marido la tristeza ó el mal humor; pero dejarla sola con Camila en medio de una sociedad curiosa y mordaz, era una cosa cruel y de la que debía hablarse durante largo tiempo.

En tanto que el carruaje se arrastraba lentamente sobre los guijarros del camino, Mme. de Arcis, mirando á su hija dormida, se entregaba á los más tristes presentimientos. Sostenía á Camila de manera que los vaivenes no la pudiesen despertar, y meditaba con esa fuerza que la noche transmite al pensamiento, en la fatalidad que venía á amargar hasta la alegría que había experimentado en el baile; una extraña disposición de espíritu la hacía trasportarse al porvenir de su hija.

—¿Qué va á ser de nosotras?— se decía.—
¡Mi marido va á partir para siempre! Todos

mis esfuerzos, todos mis ruegos para disuadirle, solo servirán para importunarle; su amor está muerto; me tiene lástima, pero sufre, y quiere buscar la tranquilidad lejos de mí. ¡Qué haré, Dios mío! Si yo me adhiero á esta pobre niña, como debo, como lo hago, es casi renunciar á mi marido. ¡Huye de ella, le causa horror! ¡Si yo intento acercarme á él; si me atreviese á despertar su antiguo amor, me exigiria quizá que me separase de mi hija! ¡Podria ser que él quisiera confiar á Camila á manos extrañas y librarse así de un espectáculo que le aflige!

Hablándose así, Mme. de Arcis abrazaba á Camila.

— ¡Pobre niña! — continuó; — ¡yo abandonoarte! ¡yo comprar al precio de tu reposo, de tu vida quizá, la apariencia de una dicha que se aleja de mí! ¡Cesar de ser madre para ser esposa! ¡quiero mejor morir que pensarlo!

A alguna distancia de Chardonneux habia un anecho arroyo; las lluvias le habian

acrecido durante los últimos dias, y sus aguas, que se desbordaron mientras Mme. de Arcis se hallaba en el baile, cubrian los prados de las inmediaciones. El barquero rehusó desde luego meter el carruaje en su barca, y dijo que era preciso desenganchar y que él se encargaba de atravesar el agua con las gentes y el caballo, pero no con el carruaje. Mme. de Arcis deseaba volver á ver á su marido; no quiso bajar, y dijo al cochero que entrase en la barca; era un trayecto de algunos minutos, que ella habia hecho cien veces.

En medio del vado, el batel comenzó á desviarse, empujado por la corriente. Habia á dos ó trescientos pasos más abajo un molino con una esclusa, hecha de vigas y tablas, pero ya gastadas por el agua y convertidas en una especie de cascada, ó mejor dicho, de precipicio; era evidente que si se dejaban arrastrar hasta allí, se exponian á un accidente terrible.

El cochero habia bajado de su asiento, deseando servir de ayuda; pero ¿cómo? no

había más que un remo en el barco; el barquero por su lado hacía desesperados esfuerzos; mas la noche estaba oscura; una lluvia menuda y fina cegaba á estos dos hombres, que se reemplazaban para cortar el agua y ganar la ribera.

A medida que el ruido de la esclusa se aproximaba, el peligro se volvía más espantoso; el batel, cargado pesadamente, iba de costado y se volvió sobre sí mismo; Mme. de Arcis, que se había quedado en el carruaje con la niña, abrió el cristal con un terror espantoso.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.

En este momento el remo se rompió y los dos hombres cayeron en el barco, agotadas sus fuerzas.

El barquero sabía nadar, pero el cochero no, y no era posible perder tiempo.

—Señor Georgeote—dijo Mme. de Arcis al barquero, —¿nos podeis salvar á mi hija y á mí?

El tío Georgeot echó una mirada sobre el agua, y despues sobre la ribera.

Ciertamente—respondió, alzando las espaldas con un aire casi ofendido.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Mme. de Arcis.

—Vos poneros sobre mis espaldas—replicó el barquero;—vuestro vestido os sostendrá; agarraos á mi cuello con los dos brazos, y no tengáis miedo ni os canseis, porque nos anegáramos; no griteis, porque esto os ahogaría. En cuanto á la niña, yo la tomaré con una mano por la cintura, remaré con la otra á lo marinero, y la pasaré en el aire sin mojarla; no hay veinticinco brazas de aquí á la orilla.

—¿Y Juan?—dijo Mme. de Arcis, designando al cochero.

—Juan tragará un poco de agua y nada más; que vaya á la esclusa y que espere, que yo le encontraré.

Georgeot se lanzó al agua cargado de su doble fardo; pero había confiado demasiado en sus fuerzas; era, si bien de gran vigor, ya anciano. La ribera estaba más lejos de lo que decía, y la corriente era más fuer-

te de lo que pensaba; hizo, sin embargo, todo lo que pudo por llegar á tierra, pero fué bien pronto arrastrado por la corriente; el tronco de un sauce cubierto por el agua, y que él no podía ver en las tinieblas, le detuvo de repente; hirióse con violencia en la frente, brotó la sangre y su vista se oscureció.

—Tomad vuestra hija, señora, y ponedla sobre mi cuello también —exclamó; ¡pronto! ¡yo no puedo más!

—¿Podriais salvarla si no llevarais más que á ella? —preguntó la madre.

—No lo sé; pero creo que sí —dijo el barquero.

Mme. de Arcis, por toda respuesta, abrió los brazos dejando libre el cuello del barquero y se dejó caer al fondo del agua murmurando el nombre de Dios.

Cuando el barquero hubo depositado en tierra á Camila, sana y salva, el cochero, que habia sido sacado del río por un aldeano, le ayudó á buscar el cuerpo de la heroica madre.

No se le encontró hasta la mañana siguiente junto á la orilla. Cecilia estaba más hermosa que nunca, y en su rostro brillaba la sonrisa de los mártires.

VI

Un año despues de este suceso, en una habitacion de un hotel amueblado, situado en la calle Bouboy, de París, en el cuartel de las diligencias, una jóven de luto estaba sentada al lado de una mesa y frente á un buen fuego.

Sobre esta mesa habia una botella de vino ordinario, á mitad de beber, y un vaso. Un hombre encorvado por la edad, pero de una fisonomía noble y franca, vestido como un obrero, se paseaba á grandes pasos por la habitacion; de tiempo en tiempo se aproximaba á la jóven, se detenía delante de ella y la miraba con un aire paternal. La jóven entonces extendía el brazo, tomaba la botella con un apresuramiento mezclado de cierta repugnancia involunta-

VI

Un año despues de este suceso, en una habitacion de un hotel amueblado, situado en la calle Bouboy, de París, en el cuartel de las diligencias, una jóven de luto estaba sentada al lado de una mesa y frente á un buen fuego.

Sobre esta mesa habia una botella de vino ordinario, á mitad de beber, y un vaso. Un hombre encorvado por la edad, pero de una fisonomía noble y franca, vestido como un obrero, se paseaba á grandes pasos por la habitacion; de tiempo en tiempo se aproximaba á la jóven, se detenía delante de ella y la miraba con un aire paternal. La jóven entonces extendía el brazo, tomaba la botella con un apresuramiento mezclado de cierta repugnancia involunta-

ria, y llenaba el vaso. El viejo bebía un trago, y despues volvia á pasearse, gesticulando de un modo singular y casi ridículo, mientras la jóven sonreía con un aire triste, siguiendo sus movimientos con atencion.

Difícil le hubiera sido al que se hubiera hallado allí, adivinar quiénes eran estas dos personas; la una inmóvil, silenciosa, pero llena de gracia y distincion, ostentaba en sus facciones y en sus menores gestos algo más que lo que ordinariamente se llama la belleza; la otra, de una apariencia del todo vulgar, los vestidos en desórden, el sombrero puesto, bebiendo del grosero vino de la taberna y haciendo resonar sobre el suelo de madera los clavos de sus zapatos, formaban un extraño contraste.

Estas dos personas estaban, con todo, ligadas por una afeccion muy viva y muy tierna. Eran Camila y el tío Giraud. El digno hombre habia venido á Chardonneux cuando Mme. de Arcis habia sido trasportada á su última morada. Muerta su madre,

y su padre ausente, la pobre niña se encontraba entonces absolutamente sola en este mundo. El caballero, habiendo dejado una vez su casa distraído por su viaje, llamado por sus negocios, y obligado á recorrer muchas villas de Holanda, no habia sabido, sino despues de algunos meses, la muerte de su mujer: durante todo este tiempo, Camila estuvo, por decirlo así, huérfana; habia en la casa un ama de llaves que se habia encargado de velar por la jóven; pero Cecilia era la que cuidaba á su hija, y el ama de gobierno conocia apenas á Camila, no pudiendo darle ningun consuelo en aquellas circunstancias.

El dolor de la jóven á la muerte de su madre fué tan violento, que se habia temido largo tiempo por sus dias. Cuando el cuerpo de Mme de Arcis habia sido retirado del agua y llevado á casa, Camila acompañó este cortejo fúnebre dando gritos de desesperacion tan desgarradores, que las gentes del país tenian casi miedo. Habia, en efecto, algo de espantoso en este sér que

estaban habituados á ver mudo, dulce y tranquilo, y que salia de repente de su silencio en presencia de la muerte. Los sonidos inarticulados que se escapaban de sus labios, y que ella únicamente no oía, eran casi salvajes; no eran ni palabras ni sollozos, sino una especie de lenguaje horrible que parecia inventado por el dolor; durante un dia y una noche estos gritos espantosos no cesaron de llenar la casa; Camila corria á todos lados, se arrancaba los cabellos y golpeaba las paredes; en vano procuraron consolarla; la fuerza misma fué inútil; el cansancio la hizo al fin caer al pié del lecho donde el cuerpo de su madre estaba depositado.

De repente pareció recobrar su tranquilidad acostumbrada, y por decirlo así, olvidarlo todo: quedóse algún tiempo en una calma aparente, andando todo el dia al acaso, con un paso lento y distraído, sin rehusar ninguno de los cuidados que se tomaban por ella; creyeron que se habia consolado, y el médico, á quien se habia llama-

do, se engañó con todos los demás: una fiebre nerviosa se declaró bien presto con los más graves síntomas, y fué necesario velar constantemente por la enferma.

Escribió el ama de llaves al tío Giraud, y éste tomó la resolución de ir al instante al socorro de su sobrina.

—Ya que Camila no tiene padre ni madre en este momento — dijo á sus amigos, —yo me declaro uno y otro y me encargo de ella. Esta me ha gustado siempre; he pedido con frecuencia á su padre que me la diese, y aunque no es justo que ahora le prive de su hija, por el pronto, yo la ampararé; á su vuelta, veremos.

El tío Giraud no tenía gran fe en la medicina por una razón: era ésta que apenas creía en las enfermedades, porque no habia estado nunca enfermo.

Una fiebre nerviosa le parecia una quimera ó á lo sumo un desarreglo de ideas, que un poco de distracción debia curar; decidió, pues, llevar á Camila á París.

—¡Vosotros veis—dijo á los criados—qué

triste está la niña; no hace más que llorar, y tiene razon, porque solo una madre nos da Dios! Pero aquí no se trata de que la hija se vaya porque la otra se haya marchado; es preciso procurar que piense en otra cosa, y dicen que París es muy bueno para esto; yo no conozco á París, ni ella tampoco. Así, pues, me voy y la llevo; esto nos divertirá á los dos. Por otra parte, aunque solo sea la fatiga del camino, ha de serle provechosa; yo he tenido penas como los demás, y siempre que he visto saltar delante de mí el látigo de un postillon, me he sentido remozado.

Camila y su tío fueron, pues, á París; Mr. de Arcis, instruído de este viaje por una carta del tío Giraud, lo aprobó; á la vuelta de su excursion á Holanda habia traído á Chardonneux una melancolía tan profunda, que le hubiera sido casi imposible ver á nadie, sin exceptuar á su misma hija. Parecía querer huir de todo sér viviente y buscar donde huir de sí mismo. Casi siempre solo, á caballo en los bosques, fatigaba

su cuerpo con exceso, para dar algun reposo á su alma. Una tristeza oculta, incurable, le devoraba; reprochábase en el fondo de su corazon el haber hecho á su mujer desgraciada durante su vida, y el haberla abandonado en la noche fatal del baile.

—Si yo hubiera estado allí—se decia,—ella viviria y aun podríamos ser dichosos.

Este pensamiento, que no le dejaba nunca, emponzoñaba su vida.

Su deseo más ardiente era ver á Camila dichosa, y estaba pronto á hacer para esto los más grandes sacrificios. Su primera idea, al volver á Chardonneux, habia sido la de reemplazar cerca de su hija á su esposa, y pagar á la niña esta deuda de corazon que habia contraído; pero el recuerdo de la semejanza de la madre y de la hija le causaba de antemano un dolor intolerable; era en vano que buscase engañarse sobre su dolor mismo, y que quisiera persuadirse de que sería más bien á sus ojos un consuelo, un medio de dulcificar su pena, el encontrar en un semblante amado, los

rasgos de aquella que lloraba sin cesar. Camila, á pesar de todo, era para él una reconvenccion viviente, una prueba de su falta y de su desgracia, que él no se sentia con fuerzas para soportar.

El tio Giraud no deseaba más que alegrar á su sobrina y hacerle la vida agradable. Desgraciadamente esto no era fácil. Camila se habia dejado llevar á París sin resistencia, pero no queria tomar parte en ninguno de los placeres que el buen hombre trataba de proporcionarle; por toda respuesta le enseñaba su modesto vestido negro.

El viejo maestro de obras era obstinado; habia alquilado, como se ha visto, una habitacion amueblada en un hotel de las Mensajerías, el primero que un *comissionaire* de la calle le habia indicado, no pensando estar más que un mes ó dos. Pero ya estaba allí con Camila hacía cerca de un año. Durante este tiempo, Camila habia rehusado todas sus proposiciones de partidas de placer, y como él era al mismo tiempo tan

bueno y tan paciente como terco, esperaba aún convencerla y alegrarla.

Amaba á esta pobre jóven con toda su alma, por uno de esos encantos inexplicables que ligan la bondad á la desgracia.

—Pero en fin, yo no sé—dijo apurando del todo su botella—lo que te puede impedir venir á la Opera conmigo; aquello cuesta muy caro, ya tengo los billetes en mi bolsillo; tu luto acabó ayer; tienes dos trajes nuevos; ponte uno, el más lindo, encima el capuchon y...

El buen hombre se interrumpió al llegar aquí.

—¡Diablo! —añadió;—tú no entiendes nada de cuanto digo y no habia pensado en ello: ¿Pero qué importa? Tienes buena vista, y para ir allí, basta: tú no oyes, pero yo escucharé; además, ambos veremos bailar.

Así hablaba el buen tio, que no podia nunca persuadirse cuando habia alguna cosa interesante que decir de que su sobrina no podia ni entenderle ni responderle; hablaba con ella á pesar suyo. Por otra parte,

cuando ensayaba explicarse por señas, Camila lo entendía menos; el tío Giraud había, pues, adoptado la costumbre de hablarle como á todo el mundo, si bien gesticulando con todas sus fuerzas; Camila estaba hecha á esta pantomima y encontraba modo de responderle también por señas.

El luto de Camila había terminado en efecto, como le decía el anciano; éste había comprado dos lindos trajes á su sobrina, y al ver que la jóven no hacía ningún signo de asentimiento para ir á la Opera, fué á buscarlos y se los presentó con aire á la vez tan tierno y tan suplicante, que Camila le abrazó como para darle gracias: despues se sentó, de nuevo con la triste calma en que se la veía siempre sumergida.

—Pero no es esto lo que yo quiero—dijo el tío;—es preciso que te vistas; he comprado ese vestido de raso azul para que le luzcas esta noche; la modista me ha llevado una suma enorme por él; vamos, hija mia, animate.

Y hablando así, se paseaba por la ha-

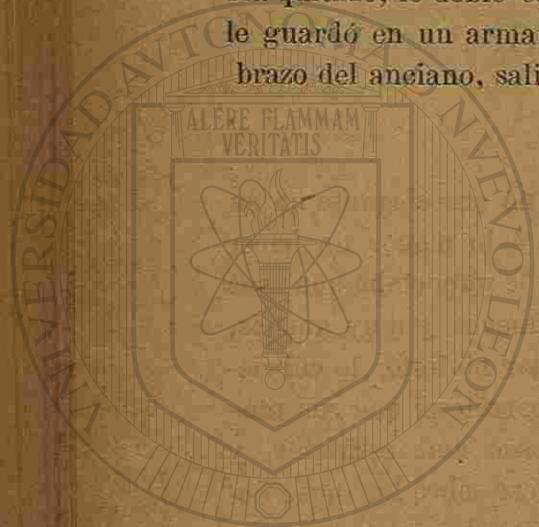
bitacion, haciendo bailar los trajes en sus manos como si fuesen dos muñecos.

Camila había llorado bastante para que no desease algunos momentos de alegría. Por la primera vez, desde la muerte de su madre, se levantó, se puso delante de su espejo, tomó uno de los dos trajes que su tío le mostraba, le miró tiernamente, le tendió la mano, é hizo una pequeña señal con la cabeza que queria decir: ¡Sí!

A esta señal, el tío Giraud se puso á saltar como un niño, haciendo resonar sus gruesos zapatos. ¡Triunfaba! ¡era al fin llegada la hora en que él cumplia sus deseos! ¡Camila queria adornarse, salir con él, ir á la Opera, ver el mundo! A este pensamiento, la alegría le puso fuera de sí, y abrazó á su sobrina, y corrió á llamar á todas las criadas de la casa.

Empezó el tocador de Camila, y al terminarlo, estaba tan bella, que le pareció reconocerse á si misma y sonrió á su propia imágen. El tío Giraud salió en busca de un carruaje, y al volver presentó el bra-

zo á su sobrina; Camila hizo señal de que esperase, tomó el vestido de luto que se habia quitado, le dobló con cuidado, le besó, le guardó en un armario, y aceptando el brazo del anciano, salieron los dos.



VII

Si el tío Giraud no era elegante en su persona, se jactaba á lo menos de hacer bien las cosas; poco le importaba que sus vestidos, siempre nuevos y muy anchos, porque no queria estar molesto, le cubriesen como bien les pareciese; que sus medias negras estuviesen mal estiradas, y que su peluca le cayese sobre los ojos. Pero cuando se proponia obsequiar, buscaba siempre lo más caro y lo mejor; habia tomado aquella noche, para él y para Camila, un hermoso palco muy en evidencia, á fin de que su sobrina pudiese ser vista de todo el mundo.

A las primeras miradas que Camila dirigió sobre el teatro y á la sala, quedó deslumbrada; no podia menos de suceder esto;

una joven apenas de edad de diez y seis años, educada en el campo, y que se encontraba de repente trasportada en medio de la mansion del lujo, de las artes y de los placeres, debía creer que soñaba.

Se representaba un baile; Camila seguía con curiosidad la actitudes, los gestos y los pasos de los actores; comprendía que aquello era una pantomima, y ella deseaba entenderla, sin conseguirlo; á cada instante se volvía hácia su tío con aire estupefacto, como para consultarle; pero éste estaba más pasmado que ella. Camila veía pastores con medias de seda, ofreciendo flores á sus pastoras, amores volteando en los aires, dioses sentados sobre nubes. Las decoraciones, las luces, la araña, sobre todo, cuya luz la encantaba, los adornos de las mujeres, los bordados, las plumas, toda esta pompa de un espectáculo desconocido para ella, la sumergía en un dulce asombro.

Camila llegó á ser muy pronto el objeto de una curiosidad casi general; su atavío era sencillo, pero del mejor gusto; sola

en un gran palco al lado de un hombre tan toscó como era el tío Giraud, bella como un astro, fresea como una rosa, con sus grandes ojos negros y su aire ingénuo, debía necesariamente atraer las miradas. Los hombres empezaron á enseñársela, las mujeres á observarla.

Algunos jóvenes se aproixmaron, y los cumplimientos más lisonjeros, hechos en alta voz, á la moda de la época, fueron dirigidos á la recién venida; por desgracia, era el tío Giraud quien recibía estos homenajes y quien los saboreaba con una risita maligna.

Camila recobró su aire tranquilo; pero poco despues un sentimiento de tristeza la asaltó; sentía cuánto había de cruel en estar aislada en medio de aquella multitud; las gentes que hablaban en los otros palcos; los músicos, cuyos instrumentos marcaban la medida del paso de los actores; el vasto cambio de pensamientos entre el teatro y los espectadores, todo esto la hacía meditar tristemente; nosotros hablamos y tú no ha-

blas, parecía decirle todo el mundo; nosotros escuchamos, reímos, cantamos, nos amamos, gozamos de todo; tú sola no gozas de nada, tú sola no oyes nada, tú sola eres aquí una estatua, el simulacro de un ser que no hace más que asistir á la vida.

Camila cerró los ojos, para librarse del espectáculo; se acordaba del baile de niños, donde habia visto bailar á sus compañeras y donde habia estado al lado de su madre; volvió con el pensamiento á la casa natal, á su infancia tan desgraciada, á sus largos sufrimientos, á sus lágrimas secretas, á la muerte de su madre, en fin, al luto que acababa de quitarse, y que resolvió volver á ponerse. Puesto que estaba desahuciada, le parecía que sería mejor para ella huir para siempre de la sociedad; dominada por este pensamiento, no pudo reprimir algunas lágrimas que el tío Giraud vió correr; miró afligido á su sobrina y ésta le hizo seña de que quería partir; el buen hombre, sorprendido é inquieto, quedó inmóvil y sin saber qué hacer. Camila se levantó y le mostró

la puerta del palco, pidiéndole su capa.

En este momento apercibió debajo del palco y en la galería á un jóven de bella figura y ricamente vestido, que tenía en la mano un pedazo de pizarra, sobre el que trazaba letras y figuras con un lápiz blanco; mostraba en seguida esta pizarra á su vecino, que era un caballero de edad madura; éste parecía comprenderle al instante, y le respondía del mismo modo, con admirable prontitud; los dos cambiaban al mismo tiempo, abriendo y cerrando los dedos, ciertos signos que parecían servirles para comunicarse sus ideas.

Camila no comprendia nada, ni de los dibujos que distinguia apenas, ni de los signos que no conocia; pero habia notado á la primera mirada que este jóven no movia los labios; estaba de pié para salir, pero se detuvo; veía que hablaban un lenguaje que no era el de la voz, y que encontraban modo de explicarse sin esos sonidos tan incomprendibles para ella, y que formaban la tortura de su pensamiento; cualquiera

que fuese este lenguaje extraño, una sorpresa extrema, un deseo invencible de ver más, le hicieron volver al sitio que habia dejado; se inclinó hácia la barandilla del palco, y observó atentamente lo que hacía el desconocido. Le vió de nuevo escribir sobre la pizarra y presentarla á su vecino, y ella hizo un movimiento involuntario como para asirla.

A este movimiento, el jóven alzó la cabeza y vió á Camila á su vez. Apenas sus ojos se encontraron, se quedaron los dos inmóviles é indecisos, como si quisieran reconocerse; despues, en un instante se adivinaron y se dijeron en una mirada:

—Somos mudos los dos.

El tio Giraud trajo la capa á su sobrina, pero ésta no pensaba ya en irse; habia vuelto á ocupar su silla y estaba apoyada sobre la balaustrada del palco.

Entonces era cuando el abate de L' Epée empezaba á ser conocido. Lleno de lástima hacía dos sordo-mudas que habia visto por casualidad ocupadas en una labor de aguja,

la caridad que llenaba su alma se despertó de repente. En la pantomima informe de estos séres desgraciados, él habia encontrado los gérmenes de una lengua fecunda, que creía poder hacer universal. Como la mayor parte de los hombres de genio, habia quizá hallado el éxito demasiado pequeño para lo que él deseaba; empezó enseñando á las dos sordo-mudas á leer y á escribir, y las volvió á colocar en el número de los vivientes; solo y sin ayuda, tomó á su cargo el hacer una familia de estos desgraciados, y se preparaba á emplear en este proyecto su fortuna y su vida mientras que el Gobierno les tendia una mano protectora.

El jóven sentado cerca del palco de Camila era uno de los discípulos formados por el abate; noble y de una antigua casa, dotado de una viva inteligencia, pero herido de la *demi-mort*, como se decia entonces, habia recibido uno de los primeros la misma educacion, poco más ó menos, que el célebre Conde de Solar, con la única diferencia de que él era rico y no corria el ries-

go de morir de hambre por el olvido del Duque Penthièvre.

Independientemente de las lecciones del abate, se le había dado un ayo, que siendo un seglar, podía acompañarle á todas partes, velar sobre sus acciones y dirigir sus pensamientos; este era el caballero que se hallaba á su lado y que leía sobre la pizarra.

El jóven aprovechaba con gran cuidado y no menos aplicacion estos estudios diarios que ejercitaban su ingenio sobre todas las cosas, en la lectura como en la equitacion, en la ópera como en la iglesia; sin embargo, un poco de orgullo nativo y una independencia de carácter muy pronunciada luchaban en él con su aplicacion; nada sabía de los males que hubieran podido alcanzarle si hubiese nacido en una clase inferior, ó solamente como Camila, en otro lugar que en París. Una de las primeras cosas que se le habían enseñado, luego que había empezado á deletrear, había sido el nombre de su padre el Marqués de Maubray; sabía,

pues, que era á la vez diferente de los otros hombres por el privilegio del nacimiento y por una desgracia de la naturaleza. El orgullo y la humillacion se disputaban aquel claro talento, al que iba unida una gran generosidad.

El jóven marqués sordo-mudo, observando y comprendiendo á sus iguales, iba tambien á Versalles, y en aquellos espléndidos salones, llenos de cortesanos, era mirado con interés por más de una linda marquesita.

El espectáculo acabó; Camila tomó el brazo de su tío y se marchó pensativa.

VIII

Inútil será decir que Camila y el tío Giraud ignoraban absolutamente el nombre del abate de L'Épée, y que no sospechaban siquiera el descubrimiento de una ciencia nueva que hacía hablar á los mudos. Madame de Arcis, le hubiera conocido al instante si hubiera vivido, pero Chardonneux está lejos de París. El caballero no leía los periódicos, abstraído en su dolor; de este modo ignoraba por completo lo que podía aliviar de un modo tan poderoso la desgracia de su hija.

Al volver á su casa, Camila no tenía más que una idea: lo que sus gestos y sus miradas podían decir, lo empleó para explicar á su tío que necesitaba ante todo una pizarra y un lápiz. El buen hombre se vió

VIII

Inútil será decir que Camila y el tío Giraud ignoraban absolutamente el nombre del abate de L'Epée, y que no sospechaban siquiera el descubrimiento de una ciencia nueva que hacía hablar á los mudos. Madame de Arcis, le hubiera conocido al instante si hubiera vivido, pero Chardonneux está lejos de París. El caballero no leía los periódicos, abstraído en su dolor; de este modo ignoraba por completo lo que podía aliviar de un modo tan poderoso la desgracia de su hija.

Al volver á su casa, Camila no tenía más que una idea: lo que sus gestos y sus miradas podían decir, lo empleó para explicar á su tío que necesitaba ante todo una pizarra y un lápiz. El buen hombre se vió

muy embarazado con esta petición, pues era la hora de cenar, y él sentía gran apetito; corrió á su cuarto, y persuadido de que había comprendido bien, trajo en triunfo á su sobrina una pequeña tabla y un pedazo de yeso, reliquias de su antiguo amor por la edificación y la carpintería.

Camila no se quejó de ver su deseo satisfecho de este modo; tomó la tabla sobre sus rodillas é hizo sentar á su tío á su lado; despues le obligó á tomar el yeso y le asió la mano como para guiarle, al mismo tiempo que sus miradas inquietas se preparaban á seguir sus menores movimientos.

El tío Giraud comprendió que Camila pedía que escribiese alguna cosa; pero ¿qué? él lo ignoraba.

—¿Es el nombre de tu madre? ¿el mio? ¿el tuyo?—le preguntó. Incliné Camila la cabeza; el buen hombre creyó que había adivinado: escribió, pues, en gruesas letras el nombre de *Camila*; despues, satisfecho de sí mismo, y estando la cena pronta, se colocó en la mesa sin esperar á su sobrina.

Camila no se retiraba nunca hasta que su tío no acababa su botella; le miró cenar, le dió las buenas noches, y se retiró á su cuarto, llevándose la tabla y el yeso.

Así que hubo corrido el cerrojo, se puso á escribir, comenzando á copiar con un cuidado y una pena infinitos la palabra que su tío acababa de trazar, y á llenar de blanco una gran mesa que estaba en medio de la habitacion.

Despues de muchos ensayos y correcciones, pudo reproducir bastante bien las letras que tenía delante de los ojos. Entonces, para asegurarse de la exactitud de su copia, contó una á una las letras que le habían servido de modelo, y se paseó alrededor de la mesa con el corazón palpitante de contento como si hubiera alcanzado una victoria.

La palabra *Camila*, que acababa de escribir, debía, á su parecer, expresar las más bellas cosas del mundo. En esta palabra sola creía ver una multitud de pensamientos, todos más dulces, más misteriosos,

más encantadores los unos que los otros, y estaba lejos de creer que no significaba más que su nombre.

Era el mes de Julio; el aire estaba puro y la noche magnífica. Camila abrió su ventana y se quedó junto á ella soñando, con los cabellos destrenzados, los brazos cruzados, los ojos brillantes, bella con esa palidez que la claridad de la noche presta á las mujeres; la pobre niña miraba una de las más tristes perspectivas que pudiera tener ante su vista. El estrecho patio de una gran casa donde estaba establecida una empresa de diligencias; en este patio frio, húmedo y malsano, jamás habia penetrado un rayo de sol; la altura de los pisos, amontonados el uno sobre el otro, defendia contra la luz esta especie de cueva.

Cuatro ó cinco enormes carruajes apretados bajo un cobertizo, presentaban sus lanzas al que queria entrar; otros dos ó tres en fila que se veían en el patio, faltos de sitio, parecian llamar á los caballos: encima de una puerta cerrada desde la me-

dia noche para los habitantes, pero siempre pronta á abrirse á todas horas al chasquido del látigo de un postillon, se elevaban enormes murallas guarnecidas de unas cincuenta ventanas, donde nunca, pasadas las diez de la noche, brillaba una bujía, á no ser en circunstancias extraordinarias.

Camila iba á separarse de la ventana, cuando de repente, en la sombra que proyectaba una pesada diligencia, le pareció ver pasar una forma humana, vestida de un modo brillante y que se paseaba á pasos lentos; el frio del miedo se apoderó de ella sin que supiese la causa, pues su tio estaba en la estancia inmediata, y la vigilancia del buen hombre se revelaba por su ruidoso sueño; ¿qué apariencia tenia, por otra parte, de ladrón ó asesino el que iba á pasearse en aquel patio con semejante traje?

El hombre estaba allí y Camila le veia; andaba por detrás del carruaje mirando á la ventana donde ella estaba. Despues de algunos instantes, Camila recobró su valor,

tomó su luz y adelantó el brazo fuera de la ventana, alumbrando súbitamente al patio; al mismo tiempo dirigió una mirada medio de espanto, medio risueña. La sombra del carruaje, que se hallaba en lo oscuro, se convirtió en el Marqués de Maubray, que estaba completamente descubierto, y que por toda respuesta puso una rodilla en tierra, juntando sus manos y mirando á Camila en la actitud del más profundo respeto.

Quedáronse así algunos instantes, Camila á la ventana sosteniendo su luz, el Marqués de rodillas delante de ella; despues se levantó, subió sobre uno de los pesados coches, y desde allí saltó con facilidad á la ventana de Camila, penetrando en seguida en el aposento.

Cuando el Marqués de Maubray se halló delante de la jóven, comenzó por hacerle un saludo tan ceremonioso como si se hubiera hallado en las Tullerías. Si hubiera sabido hablar, quizá le hubiera contado cómo se habia escapado á la vigilan-

cia de su ayo para venir á pasar la noche debajo de su ventana, habiéndola seguido cuando ella habia salido de la Ópera: cómo una mirada de Camila habia cambiado su vida entera: cómo, en fin, no amaba más que á ella en el mundo, y no ambicionaba otra dicha que ofrecerle su mano y su fortuna; todo esto estaba escrito en sus labios; pero la reverencia de Camila volviéndole su saludo le hizo comprender cuánto semejante relacion hubiera tenido de inútil, y que le importaba poco el saber cómo habia hecho para llegar hasta allí, desde el instante en que habia llegado.

Mr. de Maubray, á pesar de la especie de audacia de que habia dado pruebas para llegar hasta la que amaba, era, ya lo hemos dicho, sencillo y reservado; despues de haber saludado á Camila, buscó en vano de qué manera le preguntaria si le admitia por esposo; ella no comprendia nada de lo que trataba de explicarle: vió sobre la mesa la madera en que estaba escrito el nombre de *Camila*; tomó el pedazo de yeso, y al

lado de este nombre escribió el suyo: *Pedro*.

—¿Qué quiere decir esto?—gritó de súbito una gruesa voz de bajo;—¿qué cita es ésta? ¿por dónde os habeis introducido aquí, caballero? ¿qué venis á hacer en esta casa?

Era el tío Giraud el que hablaba, entrando de bata y con aire furioso.

—¡Magnífico!—continuó:—¿quién sois, que halláis tan sencillo el escalar las ventanas? ¿Cuál es vuestra intencion? ¡Deshonrar una familia! ¡arrojar el oprobio y la infamia sobre gentes honradas!... ¡Pero calla! ¡éste tampoco me entiende!—prosiguió Giraud en el colmo de la exasperacion.

El Marqués tomó un lápiz y un pedazo de papel y escribió esta especie de carta:

—«Amo á la señorita Camila; yo quiero casarme con ella; tengo veinte mil libras de renta; ¿quereis dármela?»

—No hay como los mudos—dijo el tío Giraud—para llevar los negocios de prisa.

—Yo solo soy su tío,—escribió el anciano despues de algunos momentos de reflexion;—es preciso pedir el permiso á papá.

IX

No era una cosa fácil de obtener del caballero el consentimiento para semejante matrimonio; no porque él no estuviese dispuesto, como se ha visto, á hacer todo lo que fuera posible para hacer á su hija menos desgraciada; pero se trataba de unir una mujer marcada de un modo terrible á un hombre herido de la misma desgracia, y si tal union debia tener frutos, era probable que no hiciera más que dar algun infortunado más al mundo.

Mr. de Arcis, retirado en su casa, siempre preso de la más grave tristeza, continuaba viviendo en la soledad. Mme. de Arcis estaba enterrada en el parque; algunos sauces llorones rodeaban su tumba y anunciaban de lejos á los paseantes el modesto sitio donde reposaba.

Hacia aquel lugar era donde el caballero dirigia todos los dias su paseo; allí pasaba largas horas devorado de pesar y de tristeza y entregándose á todos los recuerdos que podian alimentar su dolor.

Allí fué donde el tío Giraud le fué á encontrar una mañana; desde el dia siguiente al en que habia hallado á los dos jóvenes juntos, el buen hombre habia salido de París con su sobrina, habia llevado á Camila al Mans y la habia dejado en su propia casa, para atender al resultado del paso que él iba á dar.

Pedro, advertido de este viaje, habia prometido ser fiel y estar pronto á cumplir su palabra; huerfano desde largo tiempo, dueño de su fortuna, no teniendo necesidad de tomar el parecer de su tutor, su voluntad no habia tenido que temer ningun obstáculo; el buen Giraud, por su parte, deseaba servir de mediador y trataba de casar á los dos jóvenes; mas no comprendia que aquella primera entrevista, que le parecia extraña, se pudiese renovar

de otro modo que con el permiso del padre y del notario.

A las primeras palabras del tío Giraud, el caballero manifestó, como puede suponerse, el mayor asombro.

Forzado, sin embargo, á reconocer que se hablaba seriamente, se le ocurrieron mil objeciones á un tiempo.

—¿Qué quereis?—dijo á Giraud;—¿unir á dos seres igualmente desgraciados? ¿No es bastante que tengamos en la familia á esta pobre criatura de la que soy padre? ¿Es preciso todavía aumentar nuestra desgracia dándole un marido semejante? ¿Estoy destinado á verme rodeado de seres que no son más que objetos de desprecio y de lástima? ¿Debo yo pasar mi vida con los mudos, envejecer en medio de su espantoso silencio y ver cerrados mis ojos por sus manos? Mi nombre, que llevo sin vanidad, ¿Dios lo sabe! pero, en fin que es el de mi padre, ¿debo dejarlo á esos infortunados que no podrán ni escribirlo ni pronunciarlo?

—No le podrán pronunciar, dijo Giraud; pero escribirlo, es otra cosa.

—¡Escribirlo!—exclamó el caballero;—¿estais loco?

—Yo sé lo que me digo, y ese jóven sabe escribir,—replicó el tío;—te aseguro que escribe muy bien y muy correctamente, de lo que esta proposición que tengo en el bolsillo, y que es muy honesta, da fe.

El buen hombre enseñó al mismo tiempo al caballero el papel sobre el cual el Marqués de Maubray habia trazado las pocas palabras que exponian de una manera lacónica, pero clara, el objeto de su demanda.

—¿Qué significa esto? dijo el padre.—¿Desde cuándo los sordo-mudos pueden manejar la pluma? ¿Qué cuento me referís, querido tío?

—A fe mía—dijo Giraud,—yo no sé qué es esto, ni cómo se puede hacer semejante cosa; la verdad es que mi intención era distraer á Camila y ver la ópera; que ese jóven Marqués se encontraba allí, y que te-

nia una pizarra y un lápiz, de los que se servía con pasmosa habilidad. Yo habia creído siempre, como tú, que los que son mudos no podian decir nada; mas parece que hoy se ha hecho un descubrimiento, por medio del cual todos ellos se comprenden y conversan. Se dice que es un abate, del que yo no recuerdo el nombre, quien ha inventado este medio; en cuanto á mí, tú comprenderás que una pizarra no me ha parecido nunca buena más que para colocarla sobre un tejado.

—¿Es formal lo que decís?

—Muy formal; este Marqués es rico, tiene una linda figura, es noble y galante, yo respondo de él. Piensa una cosa: ¿qué harás de la pobre Camila? Ella no habla, es verdad, pero esto no es por su culpa. Hé aquí un hombre que la ama; este hombre, si se la das, no se disgustará nunca de ella, á causa del defecto que tiene; sabe lo que es por experiencia; estos niños se comprenden; el jóven Marqués sabe leer y escribir, Camila aprenderá á hacer otro tanto; esto no

le será más difícil que al otro; tú sabes bien que si yo te propusiera casar á tu hija con un ciego, tendrías el derecho de rehusar; pero te propongo un sordo-mudo, y esto es razonable; ya ves que despues de diez y seis años que tienes á esta niña, aun no has podido consolarte; ¿cómo quieres que un hombre como todo el mundo se case con ella, si tú, que eres su padre, no puedes verla con serenidad?

En tanto que el tio hablaba, el caballero echaba de vez en cuando una mirada hácia el lado de la tumba de su mujer, y parecia reflexionar profundamente.

— ¡Volver á mi hija el uso del pensamiento! — dijo despues de un largo silencio. — ¿Dios lo permitirá? ¿Es esto posible?

En este momento, el cura de la aldea vecina entró en el jardin; venía á comer al castillo; el caballero le saludó con aire distraído, y despues, saliendo de repente de su distracción:

— Abate, — le dijo, — vos sabeis algunas veces las novedades, porque recibís los pe-

riódicos; ¿habeis oído hablar de un sacerdote que ha emprendido la educacion de los sordo-mudos?

Desgraciadamente, el personaje á quien se dirigia esta pregunta era un verdadero cura del campo de aquellos tiempos, hombre sencillo y bueno, pero muy ignorante y que participaba de todas las preocupaciones de un siglo en el que habia tantas y tan funestas.

— Yo no sé lo que quereis decir — respondió, — á menos que no sea la cuestion del abate de L'Epée.

— Precisamente — dijo el tio Giraud; — ese es el nombre que se me ha dicho...

— Y bien — dijo el caballero; — ¿qué se puede creer?

— Yo no sabré — replicó el cura — sino hablar con demasiada circunspeccion de una materia sobre la cual no puedo darme aún por completamente enterado; pero me inclino á creer, despues de los indicios que me ha sido permitido recoger, que este M. de L'Epée parece ser una persona

por todos títulos venerable, pero que puede engañarse.

—¿Qué entendeis vos por eso?—dijo el tío Giraud.

—Yo entiendo—dijo el sacerdote—que la más pura intencion puede algunas veces faltar por el resultado; está fuera de duda, por lo que yo he podido comprender, que se han hecho los más laudables esfuerzos; pero tengo motivos para creer que la pretension de enseñar á leer á los sordo-mudos, como piensa el caballero, es una quimera.

—Yo lo he visto por mis ojos—dijo Giraud;—yo he visto á un sordo-mudo que escribe.

—Yo estoy muy distante—replicó el cura—de querer contradeciros de ningún modo; mas personas sábias y distinguidas, entre las cuales os puedo citar doctores de la Facultad de París, me han asegurado, de una manera convincente, que eso es imposible.

—Una cosa que se ve, no puede ser imposible—replicó el buen hombre impacien-

te.—Yo he andado cincuenta leguas con un billete en mi bolsillo para enseñárselo á mi sobrino; aquí está.

Hablándole así, el viejo maestro de obras habia sacado de nuevo su papel y le habia puesto ante los ojos del cura. Aquél, medio asombrado y medio resentido, examinó el billete, le leyó muchas veces en alta voz, y lo devolvió al tío, no sabiendo qué decir.

El caballero parecia extraño á la discusion; continuaba paseándose en silencio, y su incertidumbre crecia á cada instante.

—Si Giraud tiene razon—pensaba él,—y si yo rehuso, faltó á mi deber; es casi un crimen lo que cometo. Una ocasion se presenta en la que esta pobre hija, á la que yo no he dado más que la apariencia de la vida, encuentra una mano que busca la suya en las tinieblas donde está sumergida. Sin salir de esta noche que la envuelve para siempre, puede pensar que es dichosa. ¿Con qué derecho se lo impediré yo? ¿qué diria su madre si estuviera aquí?...

Las miradas del caballero se volvieron

de nuevo hacía el sepulcro; despues tomó el brazo del tío Giraud; dió algunos pasos alejándose con él, y le dijo en voz baja:

—Haced lo que queráis.

—En hora buena—dijo el tío;—yo la iré á buscar y te la traeré; está en mi casa, y volveremos juntos; será cosa de un instante.

—¡No!—respondió el padre; hagamos los dos que ella sea dichosa; pero volver á verla, me es imposible por ahora.

Un mes despues, Pedro y Camila se casaron en París en la iglesia de Petits-Pères: el ayo y el tío fueron los únicos testigos; cuando el sacerdote que oficiaba les dirigió las preguntas de costumbre, Pedro, que habia aprendido bastante para saber que en aquel momento era preciso inclinarse en señal de asentimiento, llenó bastante bien su papel; Camila miró á su marido é inclinó la cabeza como él.

El Marqués tenía una casa muy hermosa; Camila, despues de la misa, subió á un magnífico coche que miraba con una curiosidad infantil. La casa á la cual

se la condujo, no fué para ella objeto de menos asombro. Las habitaciones, los caballos, los criados que encontró en ella, le parecían otras tantas maravillas. El tío Giraud quiso que este matrimonio se hiciera sin ruido, y toda la fiesta consistió en una cena muy sencilla.

X

Un año había pasado, y Camila era madre.

Un día que el caballero daba su triste paseo en el fondo del parque, un criado le trajo una carta escrita de una mano que le era desconocida, y en la que se encontraba una mezcla singular de distincion y de ignorancia; era de Camila, y decia lo que sigue:

«Querido padre mio: yo hablo, no con la boca, pero sí con la mano. Mis pobres labios están siempre cerrados, y sin embargo, ¡sé hablar! Mi marido me enseña á escribiros; porque habeis de saber que él ha nacido como yo; ¡cuánto trabajo he tenido para aprender! Lo primero que aprendí, fué á hablar con los dedos, y despues, á

conocer las figuras escritas; las hay que expresan el miedo, la cólera y todo lo que se quiere; se tarda mucho en comprender, y aun más en formar las palabras; pero en fin, se consigue el objeto, como veis; el abate de L'Epée es un hombre muy bueno y muy dulce, lo mismo que el padre Vanin, de la doctrina cristiana.

»Padre, ya tengo un niño que es muy hermoso; no me atrevia á hablaros de él antes de saber si será como nosotros. Pero no puedo resistir al placer que siento al escribiros, á pesar de nuestra pena: os aseguro que mi marido y yo estamos muy inquietos, porque nosotros no podemos oírle; los demás dicen que habla, pero nosotros tenemos miedo de que se engañen; por eso esperamos con gran impaciencia ver si abre los labios y si los mueve con el ruido de los que entienden y hablan. Habeis de saber que hemos consultado á los médicos para saber si es posible que el hijo de dos personas tan desgraciadas como nosotros no sea mudo, y nos han asegurado que esto es

posible; pero no nos atrevemos á creerlo

»Juzgad con qué temor miraremos nosotros á este pobre niño, desde hace largo tiempo, y cuán embarazados nos hallaremos cuando él abra su pequeña boca, puesto que no podemos saber si hace ruido: estad seguro, padre mio, de que pienso mucho en mi madre, porque ella debia inquietarse como yo. Vos la habeis amado con extremo, pero á mí creo que no, porque yo no he sido para vos más que un objeto de tristeza; ahora que sé leer y escribir, comprendo cuánto ha debido sufrir mimadre.

»Si vos tuviérais lástima de mí, querido padre, vendriais á vernos á París; esto sería un motivo de alegría y de gratitud para vuestra hija respetuosa

CAMILA.»

Después de haber leído esta carta, el caballero quedó indeciso por largo tiempo; habia tenido trabajo en fiarse de sus ojos y en creer que era Camila misma quien le es-

cribia; mas era preciso rendirse á la evidencia. ¿Qué debería hacer? Si cedía al deseo de su hija, si iba en efecto á París, se exponía á encontrar en un dolor nuevo todos los recuerdos de un antiguo dolor. Un niño á quien no conocía, pero que era su nieto, podía renovarle las tristezas del pasado; y sin embargo, no podía negarse á participar de la inquietud de la jóven madre que esperaba una palabra de su hijo.

—Es preciso—dijo el tío Giraud cuando el caballero le consultó;—he sido yo quien ha hecho este matrimonio, y lo tengo por bueno y durable. ¿Quieres dejarles solos con su dolor? Camila te llama; partamos; yo iré contigo; no tengo más que un pesar, y es, que ella no me llama á mí.

—Tienes razon—pensó el caballero;—yo he hecho sufrir tan inútil como cruelmente á la mejor de las mujeres; la he dejado morir de un modo espantoso, cuando hubiera debido velar por ella; sí, merezco ser castigado ahora por el espectáculo de la infelicidad de mi hija, y por más penoso que me

sea, debo resolverme y condenarme á él. ¡Que la hija me castigue de haber olvidado á la madre! ¡Iré á París veré á ese niño! Yo he desamparado lo que amaba y me he alejado de la desgracia; quiero tener ahora el amargo placer de contemplarla.

En un lindo gabinete con ensambladuras, y en el entresuelo de una hermosa casa situada en el Faubourg Saint-Germain, se hallaban la jóven y su marido cuando su padre y su tío llegaron; sobre una mesa había dibujos, libros y grabados. El esposo leía, la esposa bordaba, el niño jugaba sobre la alfombra.

Al ver entrar al caballero y á su tío, el Marqués se levantó. Camila corrió á su padre, que la abrazó tiernamente, y no pudo contener algunas lágrimas; pero las miradas de Mr. de Arcis se fijaron al instante en el niño; á pesar suyo, el horror que había sentido otras veces por la desgracia de Camila recobraba el sitio en su corazón, á

la vista de aquella criatura, y retrocedió cuando se la presentaron.

—¡Será otro mudo!— exclamó.

Camila tomó á su hijo en los brazos; sin oír á su padre, le habia comprendido; levantó dulcemente al niño delante del caballero, y puso un dedo sobre sus pequeños labios, golpeándolos suavemente como para invitarle á hablar.

El niño se hizo de rogar algunos minutos; despues pronunció muy distintamente estas dos palabras que la madre no tuvo el inefable placer de oír:

—Buenos dias, papá.

—Ya veis que Dios perdona siempre— dijo el tio Giraud al caballero, que tomando á su nieto en los brazos, cayó de rodillas vertiendo llanto de alegría y dando gracias al Todopoderoso con una fervorosa oracion.

Desde aquel dia, ni Mr. de Arcis ni el viejo maestro de obras se separaron ya de los jóvenes Marqueses de Maubray; los veranos se pasaban, en familia, en Chardon-

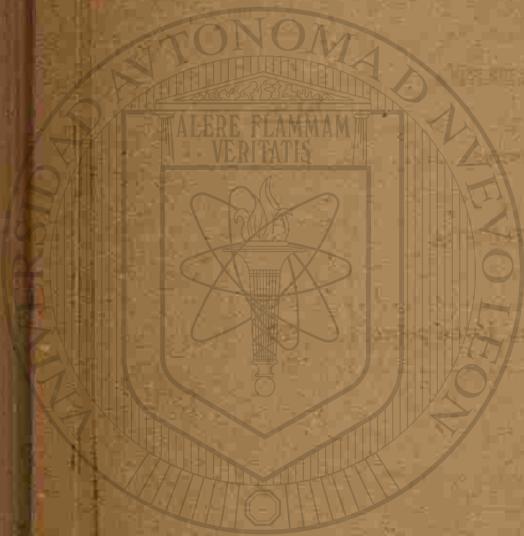
neux; los inviernos en París; el caballero se vió rodeado de una hermosa tropa de niños, que hablaban, cantaban y reían sobre sus rodillas y sobre las del tio Giraud, al que no cesaba de dar gracias por haber llevado á efecto el casamiento de Camila, con la cual y con su marido seguia por escrito largas y amenas conversaciones.

FIN

(ABREGLO DEL FRANCÉS)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

PARTE PRIMERA

	<u>Páginas.</u>
Correspondencia de dos hermanas.	13

PARTE SEGUNDA

Diario de una joven pobre	191
Continuación del diario de una joven pobre...	257
Pedro y Camila.....	317

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1978/84/85



UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1978/84/85

C